

P

4404

B.P. de Soria



61099641

D-2 19084

D-2
19084



LA SANTIDAD EN EL TRONO

Reproducción de los frescos de Lucas Jordán de la iglesia de San Antonio de los Alemanes y de cuadros de Murillo, Ferrant y Fichermans, Muñoz Degraín, Joseph Blanc, C. Verlat, J. H. Valda, F. Le Quesne y M. Devastan.
Dibujos de Almoguera.

LA SALUD EN EL TRONO

El presente libro es el resultado de un estudio detenido y exhaustivo de la vida y obra de los monarcas españoles, desde los reyes católicos hasta el último de los Borbones. El autor, con una pluma clara y precisa, nos muestra cómo la salud de los monarcas influyó en el curso de la historia de España. Desde los problemas de salud de los reyes católicos hasta la enfermedad de Alfonso XIII, el autor nos ofrece una visión detallada de la vida personal y política de estos soberanos. Este libro es una obra de gran interés para los amantes de la historia y de la medicina.

17
302

LA

nº 1253

SANTIDAD EN EL TRONO

(SEMBLANZAS DE REYES Y DE PRINCIPES)

POR

MARIANO SANCHEZ DE ENCISO



MADRID
IMPRESA DE JUAN PUEYO

Calle de la Luna, 29. Teléfono 14-30.

1925



NIHIL OBSTAT:

DR. FEDERICO SANTAMARÍA. *Censor.*

Madrid, 18 de marzo de 1925.

IMPRIMASE:

DR. J. FRANCISCO MORAN.

T. Vic. Gen.



A S. A. EL PRINCIPE DÉ ASTURIAS



ERENÍSIMO Señor: Así como Saavedra Fajardo proponía al sucesor de Felipe IV la «idea de un príncipe político cristiano», persuadido de que ningunos ejemplos mueven más al sucesor que los de sus antepasados, así yo propongo a V. A. para empresa análoga el ejemplo de antecesores vuestros que supieron escalar la fama por el camino de la santidad.

Empero nada que no sepa V. A. se os puede descubrir en este libro, pues todo lo que se os diga en el mismo y aun lo que pudieran referir a V. A. otros muchos hombres, está dilucidado y escrito en obras que son un portento del pensamiento humano. Nihil novum sub sole. Mas, no obstante el apotegma, aun con ser el astro-rey cosa bastante antigua, nos solazamos con sus confortadoras caricias, singularmente cuando el invierno de la vida entumece nuestro cuerpo.

Quiérese decir que las cosas que en estas hagiografías se consignan las podrá hallar V. A. con poquísimo esfuerzo en unos cuantos volúmenes. Pero tratándose de lo que debe ser para todo príncipe cristiano materia de frecuente lectura, a obviar el obstáculo de su disparidad se encamina, entre otros objetos, esta obra. En ella hallaréis la divulgación, en un solo libro, de magnos ejemplos de generosos príncipes, aureolados por las virtudes que obtienen como premio el culto en los altares. «¿Qué gloria—podremos interrogar

con famoso historiador—es la que resta a los reyes que han ocupado mucho lugar en la Historia si no fueron santos? Revolved los sepulcros reales, y si no hay en ellos huesos de santos, retrocederéis horrorizado ante aquel puñado de polvo hediondo.»

«Los triunfos y conquistas de Napoleón—ha dicho el gran converso Guerra Junqueiro—no valen la lágrima de un santo. El clamor de las apoteosis guerreras y sangrientas no vale el murmullo sutil de una oración volando de los labios de un justo hacia Dios.»

Podremos inquirir en dilatadas fuentes el linaje de la santidad en el trono, partiendo de edades anteriores a Jesucristo, teniendo presente que un rey, ungido del Señor, fué en tiempos bíblicos ejemplo elocuente, después de pecar, de humildad y arrepentimiento.

Trátase de aquel monarca, profeta y poeta de los más sublimes, que decía: «Cuanto más despreciable y más vil aparezca en mis ojos, más glorioso y grande seré en presencia del Señor.» En medio de la gloria que con sus virtudes había alcanzado, se extravió David bajo la tiranía de una pasión, mostrando cuánto debe el hombre temer su propia flaqueza y precaverse de sus peligros.

Pero ante las reprensiones del profeta Natán, se arrepintió de su crimen y lloró sus delitos. Y cuando la discordia entró en su familia y vagaba por el campo perseguido de sus mismos hijos, Semel, de la casa de Saúl, le arrojó piedras en el camino y le maldijo. Y cuando sus parciales quisieron ahogar en sangre aquellas maldiciones, dijoles David: «Dejadle maldecir; puede ser que el Señor mire mi aflicción y me haga algún bien por estas maldiciones que hoy recibo.»

Ejemplo insigne, Señor, de la mansedumbre de un gran rey, que ha delinquido, inspirada en el arrepentimiento.

Saliendo de las edades bíblicas, no estudiaremos el reinado de ningún rey santo que no haya sido prolífico en grandes bienes. No hubo uno solo que no fuera modelo de gobernantes. «Sin hablar de las conquistas del Derecho Canónico—dice César Cantú en su célebre discurso sobre la Edad Media—, ¡qué grandes legisladores no fueron San Luis en Francia y San Esteban en Hungría!»

En el estudio de la historia de esos santos reyes hallaremos la solución de todos los grandes problemas en el orden físico y moral.

En España es San Hermenegildo broche de unión en el aspecto religioso, y San Fernando allana con sus grandes empresas bélicas el camino de la unidad política. San Luis de Francia reanima el fervor del corazón del pueblo hacia la magna empresa de las Cruzadas, en que se condensa en actos de penitencia y sacrificio el sentimiento religioso de la Edad Media. San Esteban y San Ladislao echan con su valor y su piedad los imborrables fundamentos del pueblo húngaro. Los más perfectos reyes de Inglaterra condenan desde la mansión de la santidad la defección del corazón de Enrique VIII, corroído por la más desenfrenada lascivia. San Enrique, en Alemania, proclama el éxito de la sojuzgación de los pueblos, lograda por el ejemplo y la edificación. Tres monarcas cimentan la civilización en los países escandinavos con el derramamiento de su generosa sangre. Legión de princesas y príncipes santos ponen en sus delicadas sienes la corona de espinas del Rey de los reyes, Nuestro Señor Jesucristo...

Se observa una trabazón tan acorde y armoniosa, tan musical y divina, entre las vidas de todos esos santos reyes, que constituiría ello pasmo y maravilla de las inteligencias y las almas, si no nos tuviéramos acostumbrados la infinita Providencia de Dios a esas armonías y consonancias en las cosas más transcendentales de la vida. Porque con la sola enunciación de estas vidas áureas de reyes santos, aparecen todos los más delicados y sutiles aspectos de la historia de la Iglesia, desde el momento mismo en que se desgajan las nubes que cubren de celajes el cielo de las puras fuentes teológicas, hasta el punto culminante en que dos reyes, estrechamente emparentados, comparten la hermosa tarea de combatir el error y templar sus armas en la homérica lucha contra los enemigos de su fe.

«El espíritu de San Francisco—ha observado la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán en su portentosa historia del serafín de Asís—lo practicaron los reyes santos del siglo XIII: el conquistador de Sevilla, San Fernando, que a imitación del penitente de Umbría, se recuesta en ceniza para morir; San Luis de Francia, varón perfecto, educado por franciscanos, y que fué como un San Francisco en el trono; la langravesa de Turingia, que ciñó su delicado talle con

la nudo sa cuerda de los terciarios. Y de ese mismo espíritu aprendieron Santa Isabel y San Luis a sufrir la vista de úlceras y tejidos cancerados.»

Pasman y maravillan las insignes lecciones de sacrificio y humildad que nos ofrecen esos santos reyes. Nuestro pobre corazón no acierta a analizar debidamente tan altísimos ejemplos.

En la lectura de esos libros de oro en que se contienen estas preciosas vidas, desfilan, como en el cielo claro de noche estival rutilan las estrellas, junto al cuerpo de un rey rindiendo el alma a Dios, en lecho de ceniza, el ejemplo de un mendigo al que elevó a la cumbre de la santidad su fe ardentísima en el amor de Jesucristo y la conformidad angelical con su pobreza. Pero a la misera flaqueza del entendimiento humano, que no puede sustraerse del todo de la arcilla del materialismo, lo que representa y señala un peldaño, una jerarquía en el orden social, es de una ejemplaridad que supera a todos los estímulos del simple razonamiento.

Por eso es tan edificante el buen ejemplo de los poderosos. No habría problemas humanos de reivindicaciones utilitarias simplemente con que se percataran de esas verdades aquéllos. Por eso también se glorian tan justamente de ese buen ejemplo naciones a las que tocó en suerte un monarca del temple espiritual de Fernando III y Luis IX.

No hay cosa que más estimule a los reyes que la santidad. Un famoso duque de Cerdeña trocó el cetro real por el claustro, influido por el ejemplo de San Bernardo en Claraval; el torpísimo y disoluto Luis XV debió la edificación de sus últimos instantes al ejemplo de su hija la princesa Luisa María, monja con el nombre de Sor Teresa de San Agustín en el convento de carmelitas, junto a San Dionisio; Felipe III se conmovía hondamente en la pobrísima celda del Beato Simón de Rojas, y miraba con envidia aquellos míseros ajuares que habían de proporcionar más gloria al santo taumaturgo que al monarca sus palacios y sus riquezas...

Cuando pasen, Serenísimo Señor, los años, y los acontecimientos de la vida lleven a V. A. al solio de San Fernando, no aspira a otra cosa el autor de estas compilaciones históricas, que funde en senti-

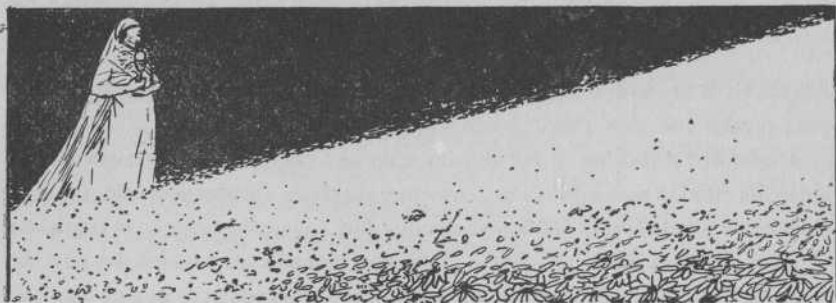
mientos paralelos el anhelo de la propia salvación espiritual y la salvación de su patria por los cauces de la moralidad y la justicia, sino a que recordéis constantemente las insignes lecciones y semblanzas que aquí se os ofrecen. Recordándolas, sabréis en vuestras determinaciones ser justo; sabréis ejercer la sencillez moral, que tanto ejemplariza a las naciones; sabréis inspiraros en fundamentos de probada religiosidad, desoyendo todo impetu que a ellos se oponga; sabréis, en fin, marcar vuestro reinado con sello de probidad, piedad y justicia, que os atraigan el cariño y admiración de vuestros pueblos, cariño y admiración que es el mejor fundamento de la estabilidad de los reyes.

«Las agujas marcadas con la impiedad, el engaño y la malicia—me atrevo a decir con D. Diego Saavedra Fajardo—hacen erradas las demarcaciones. Tóquelas siempre V. A. con la piedad, la razón y la justicia, y arrójese, animoso y confiado, a las mayores borrascas del gobierno futuro, cuando después de largos y felices años del presente pusiera Dios en él a V. A. para bien de la cristiandad.»

Así lo desea y lo pide a Dios el autor de este libro, que no atesora otro mérito que el de la fe en la vocación divina de su patria, inductora de este pensamiento atrevido de ofrecérselo.

Señor: A los Reales Pies de V. A.

MARIANO SÁNCHEZ DE ENCISO.



PROLOGO

Componitur orbis
Regis ad exemplum; nec sic inflectere sensus
humanos edicta valent, quam vita regentis.
Móhile mutatur semper cum príncipe vulgus.

CLAUDIANO.

I



NTES de nacer S. A. el Príncipe de Asturias, a quien en buen hora va dedicado y para quien principalmente ha tejido D. Mariano Sánchez de Enciso la presente obra, ya había pedido nuestro Rey Don Alfonso XIII, a la Santidad de Pío X, la gracia de que se dignase ser padrino de S. A.; a la cual petición hizo aquel santo e inmortal Pontífice el acogimiento de que era merecedora la piadosa súplica del Rey Católico.

Y pocos días antes del feliz nacimiento de S. A., quiso benignamente aquel santo Pontífice, para más alentarnos a amar a nuestros reyes, que los alumnos del Colegio Español de Roma viesan en uno de los salones del Palacio Apostó-

lico los ricos presentes que el Sumo Pontífice, como padrino, tenía apercibidos para regalar con ellos a su augusto ahijado.

Digno de tal padrino y tal ahijado eran los regalos referidos; pero como entre los citados alumnos había gente muy discreta, aconteció que lo que más celebraron los discretos fué la leyenda que Pío X mandó grabar en la riquísima caja de maderas finas en donde vinieron a España los regalos. La referida leyenda rezaba las siguientes palabras, que son las mismas con que da comienzo el magnífico Salmo LXXI, que es cabalmente el Salmo del Hijo del Rey, o, como diríamos en España, del Serenísimo Príncipe de Asturias: *Deus iudicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis.*

Palabras son éstas que quieren decir lo siguiente, según los sabios intérpretes del sagrado libro: Comunicad, Dios mío, vuestra sabiduría al Príncipe, y haced santo a este hijo que os habéis dignado darnos como heredero de la Corona.

Con tales palabras da comienzo ese magnífico Salmo LXXI, en el cual David, amén de pedir al Señor con magnificencia soberana todo linaje de dichas, venturas, felicidades y bendiciones para el joven príncipe Salomón, profetiza que será felicísimo a maravilla su reinado.

Los que tan famosa leyenda vieron grabada por mandato de Su Santidad, quedaron prendados, más todavía que de la bizarría del Papa, de la fineza de su ingenio. Pero yendo días y viniendo días (como diría nuestro Cervantes), y cuando muerto Pío X, y aun antes de morir, se percataron y nos percatamos todos de la auténtica santidad de aquel Pontífice (uno de los varones más santos que en la sagrada cátedra de San Pedro han florecido hace varios siglos), abrimos el corazón a muy lisonjeras esperanzas en nuestro amado Príncipe, considerando que no es solamente hijo espiritual y dilectísimo de un santo que tal vez muy presto veremos en los altares, sino que este santo ha orado a Dios por Su Alteza, y cabalmente con aquellas mismas palabras con que David pidió y logró copiosas dichas y venturas para el heredero de la Corona, profetizando al mismo tiempo gloriosas maravillas para su reinado.

Feliz y venturoso aquel por quien haya orado una sola vez el Papa del Catecismo, el Papa del antimodernismo, el Papa del Código Canónico, y, sobre todo y ante todas cosas, el *Pontífice de la Eucaristía*, que éste será siempre el inmortal sobrenombre de Pío X en la Historia de la Iglesia. El cual, con su decreto celestial sobre la comunión diaria ha traído al mundo un diluvio de bendiciones que no puede compararse con ningún otro de la Historia Eclesiástica; porque aunque ese decreto ya se practicaba en los primeros siglos, entonces era pequeño el redil de la Santa Iglesia, y eran, por tanto, pocos sus fieles; y

hoy la Iglesia se extiende por todo el orbe de la tierra, y los católicos se cuentan por millones.

Elegido del Señor y elegido por muy particular providencia suya, ha sido ese inmortal Pontífice cuya mano, más poderosa y excelsa que la de Moisés, ha hecho brotar en medio de la edad moderna (como la del gran Profeta en el Desierto) torrentes copiosos de aguas vivas que perennalmente hasta la vida eterna saltan.

Feliz, torno a decir, feliz y venturoso nuestro Príncipe porque ha logrado la dicha de tener por padrino a Pío X el Grande, a Pío X el Santo, a Pío X, que por los copiosos frutos de salvación y santidad, cuya rica simiente ha quedado sembrada hasta el fin del mundo en la extensa heredad del Padre de familias, y por las diarias y abundosísimas cosechas de gloria que ha dado al nombre del Señor, será siempre un acreedor privilegiado de las misericordias inefables del Corazón de Jesucristo; de las cuales misericordias serán participantes privilegiados todos los clientes de tan santo e inmortal Pontífice, entre los cuales, como ahijado suyo, campeará siempre nuestro amadísimo Príncipe de Asturias.

¿Qué mucho, pues, que todo español amante de su Religión y de su Patria guarde siempre como rico tesoro en la memoria y en el corazón el recuerdo de aquella plegaria que en pro del Príncipe hizo Pío X cuando pidió al Señor lo mismo que para el príncipe Salomón pidió David? ¿Será posible que el Señor desoiga en Pío X lo que no desoyó en David, siendo así que el santo Pontífice es tan perpetuo glorificador de Dios y tan amigo suyo dilectísimo como el inmortal monarca de Israel?

Dilatándoseme está el pecho y latiendo el corazón de gozo al recordar las venturas y bienandanzas que a la Casa Real de Saboya le vinieron con la bendición de un santo.

Aconteció, pues—dice la Historia—, aconteció allá en la Edad Media, que el príncipe Humberto de Saboya usurpó sacrilegamente derechos de la Iglesia; por lo cual, el prelado San Antelmo, obispo de Belley, se vió forzado a excomulgar al príncipe, el cual, desde aquel día, rompió bandos con el Santo, siendo piedra de escándalo para los súbditos de la Casa de Saboya el sacrilegio de su príncipe Humberto y su contumacia en no pedir perdón y reconciliarse con el legítimo representante de la Iglesia. Así pasaron muchos años, hasta que puesto en trance de muerte el príncipe, acudieron los cortesanos al santo obispo para que le levantase la excomunión que pesaba sobre el regio moribundo.

—Si no da prendas ciertas de arrepentimiento—contestó el prelado—,

la Iglesia, de quien soy ministro, no puede absolverle aunque se muera.

Diéronle nuevas al príncipe de la respuesta de San Antelmo; y el príncipe, viendo que se avecinaba el juicio de Dios (para el cual públicamente le había emplazado el santo obispo, si aquél no se arrepentía), mandó que viniese a su palacio el obispo, y llegado que hubo el Santo a la presencia de Humberto, éste, con lágrimas en los ojos, confesó su sacrilegio, devolvió a la Iglesia lo que le había usurpado, y públicamente pidió perdón, y públicamente le perdonó y le absolvió de las censuras eclesiásticas el obispo. El cual, a mayor abundamiento, dijo entonces así:

—Yo te bendigo ahora, no solamente a ti, sino también a tu hijo.

—Señor—dijo el moribundo y dijeron los cortesanos—, ¿por qué bendices a un hijo que no existe? ¿No sabes que el príncipe Humberto muere sin sucesión?

Y San Antelmo, entonces, dirigiéndose al príncipe, le dijo estas famosas palabras:

—He dicho que te bendigo a ti y a tu hijo... a ti y a tu hijo... a ti y a tu hijo.

Y aconteció, en efecto, que pocos meses después de muerto el príncipe, le nació un hijo póstumo, que con la referida bendición de San Antelmo, fué heredero legítimo de la Corona de Saboya, y del cual descienden desde entonces hasta hoy todos los reyes y príncipes de tan antigua dinastía.

Ahora bien: si la bendición de San Antelmo fué tan fecunda para la Real Casa de Saboya, ¿no hay motivos muy ciertos y consoladores para esperar que las bendiciones, las oraciones y el padrino de un santo como Pío X sean también para nuestro Príncipe heredero fecundos y copiosos en ricos y maravillosos frutos?

La cristiandad ejemplarísima del Príncipe de Asturias es ya prenda feliz y venturosa de la virtud de aquellas bendiciones. Y cabalmente se ha compuesto en buen hora el presente libro para cooperar a que persevere y siga haciendo grandes adelantamientos S. A. en el camino recto por do camina, a fin de que hoy como Príncipe y mañana como supremo imperante de España, sea modelo y espejo, ejemplar y dechado de príncipes cristianos y de reyes católicos.

II

A este blanco se han enderezado (y solamente a este blanco, y única y exclusivamente a él) los nobilísimos afanes puestos por el escritor granadino D. Mariano Sánchez de Enciso en la composición del presente libro, tan católico, tan educador, tan lozano, erudito y ameno, de tanto garbo y elocuencia española y de tanto sabor y enjundia cristiana. Hace ya muchos años que el veterano escritor católico está batallando sin cesar el buen combate de la fe, no solamente en el libro, sino principalmente en las volanderas hojas de cien periódicos católicos; y no solamente en la América española, sino en toda España, en casi todas cuyas provincias se leen hoy diariamente sus brillantes crónicas, sus contundentes artículos apologéticos merced a la dilatación que tiene en la Península la católica y bienhechora *Prensa Asociada*, de Madrid.

Pero con esmero muy particular ha querido tejer, y ha ido tejiendo con santa perseverancia, la rica tela de este libro acordándose del ejemplo que nos daban nuestros padres, mayormente en los clásicos legendarios días de nuestro Siglo de Oro. Entonces, cuando más altamente que nunca rayó el amor de nuestros mayores a la Religión y a la Monarquía, era de ver el afán y como la emulación que entre toda la gente de letras cundía para adocrinar con la médula del león a nuestros príncipes en todo linaje de humanas disciplinas, pero principalmente en el arte de las artes y en la ciencia de las ciencias, quiero decir, en el arte y en la ciencia de gobernar desde el solio real a los hombres según Dios.

Y ¡cuánta ciencia cristiana y cuánta sabiduría divina derramaron a torrentes y a raudales, a cuento de tan altísima enseñanza, nuestros sapientísimos escritores ascéticos, en cien libros peregrinos! Amén de las afamadas *Empresas políticas*, de D. Diego Saavedra Fajardo, fácilmente viene a la memoria el recuerdo de obras tan originales, tan sabias, tan pedagógicas, tan castizamente españolas y de tantos aceros y enjundia como *El gobernador cristiano*, del Padre Márquez; *El príncipe cristiano*, del Padre Rivadeneyra; la *Regalis institutio*, del clásico Beato Orozco; la *Caída de príncipes*, de Pedro López de Ayala; los *Aforismos políticos y morales*, de Figueroa; la *Luz de príncipes y de súbditos*, del venerable Palafox; la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, de D. Francisco de Quevedo, y la amplia, ubérrima, maravillosa, eruditísima *Filosofía mo-*



ral de príncipes, del jesuita Juan Torres, que jamás se solemniza ni aun siquiera se nombra en las historias y tratados de literatura. Y amén de tan hermosos libros, hay finalmente otros muchos cuya incompleta lista puede repasarse en el tomo III de la *Ciencia española*, bizarro y españolísimo libro de nuestro Menéndez y Pelayo, y espléndido programa de todas las magnas empresas a que luego se arrojó aquel polígrafo incomparable.

A todos y a ninguno de estos libros se parece el de D. Mariano Sánchez de Enciso. A todos se parece por la integridad de la doctrina católico-cristiana, por la pureza de intención, por el celo, y también por la meta y por el blanco a que tira de informar a nuestro Príncipe en el arte de gobernar sabiamente a su pueblo como Dios manda. Pero a ninguna de aquellas obras se parece; y en esto, en no parecerse a ellas, consiste cabalmente la originalidad de estas páginas. En las cuales no diserta nuestro autor (como disertaban los referidos clásicos escritores) sobre los principios o fundamentos cardinales del arte de gobernar sabiamente; ni sobre los ricos veneros de ciencia y sabiduría política que en las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento se contienen; ni trae a colación los razonamientos y discursos, los discretos escolios, los sabios advertimientos y máximas admirables cosechadas con muy erudita diligencia en la ubérrima floresta de filósofos y políticos, antiguos y modernos, católicos y aun paganos, que con la lumbre natural de entendimientos próceres, que es también luz de Dios (si hemos de estar a las enseñanzas de la Santa Sede), iluminaron también esplendorosamente los senderos por donde ha de caminar el supremo imperante sin declinar a la diestra ni a la siniestra.

Tan abundosos veneros de ciencia y sabiduría política perseveran guardados como joyas en aquellos cien libros clásicos a merced de quien quiera aprovecharse de tan riquísimo tesoro; pero a la misma meta o al mismo blanco que esos libros se endereza también el presente aunque por distintos rumbos o senderos.

Este libro presupone ya el conocimiento de alguno o algunos de los referidos; tiene más de lo práctico que de lo teórico, más de historia que de filosofía; su lectura, por tanto, es más amena y gustosa, y el libro es también más breve que casi todos los antiguos para acomodarse mejor a la condición de nuestros días, y aun a aquella sentencia de nuestro Cervantes cuando decía que no hay razonamiento gustoso si el razonamiento es largo. Este libro es cifra y compendio de las mayores hazañas y empresas que la providencia de Dios tenía guardadas para los príncipes y reyes santos. ¿Qué mayor hazaña y qué mayor empresa para España que el establecimiento de aquella *Unidad Católica* cuyas glorias, venturas y bienandanzas nadie cantó jamás con más

sublime elocuencia que nuestro Menéndez y Pelayo en el espléndido incomparable epílogo de los *Heterodoxos españoles*? Pues leed LA SANTIDAD EN EL TRONO y veréis cómo aquella empresa nació de la sangre que derramó por Cristo un príncipe santo: nuestro príncipe y mártir San Hermenegildo. ¿Qué empresas hubo en los largos siglos de la fecundísima Edad Media, qué empresas más hazañosas que la reconquista de España y la epopeya de las Cruzadas? Pues leed los capítulos dedicados a San Fernando de Castilla o a su primo hermano San Luis, hijo de la famosa princesa castellana, y veréis para quién guardaba Dios empresas de tan soberanos alientos. Si queréis saber cómo se truecan maravillosamente los pueblos de incrédulos en creyentes, de bárbaros en civilizados, leed LA SANTIDAD EN EL TRONO; leed y reeled las magníficas semblanzas de Santa Clotilde, de Clodoveo, de San Esteban, quiero decir, la conversión del reino de Francia y la conversión de Hungría. Las más remotas islas de Europa (*divisos orbe britanos*, que diría Virgilio) ¡cómo se truecan en islas de santos, hasta tal punto que no ha habido en Europa nación ninguna en donde hayan florecido tantos reyes santos como en el trono de Inglaterra! Leed otra vez y reeled en LA SANTIDAD EN EL TRONO las páginas dedicadas a aquellas islas, y saludad desde lejos con júbilo y veneración los gloriosos nombres de aquellos siete reyes y cincuenta y siete princesas santas que florecieron a la magnífica sombra del solio inglés, Y si de magnanimidad se trata y de singular devoción a la Santa Sede, y de los maravillosos frutos que esta devoción rinde (y de la cual tan espléndidas prendas nos ha dado nuestro monarca Don Alfonso XIII a la faz del mundo y al pie del trono pontificio), volved los ojos a la Alemania de la Edad Media, y enfrascaos y saboreaos en la contemplación de la semblanza del sublime emperador San Enrique. Si, a mayor abundamiento, queréis tener algún atisbo de cómo los ángeles del Cielo gobernarían personalmente las naciones del mundo, revolved en este mismo volumen las páginas dedicadas a aquella celestial heroína a quien sus amantes súbditos llamaban, muy bien llamada, *la Amada Santa Isabel*. Y luego desde Portugal, bajo cuyo solio regio floreció una reina española, que también se llama Santa Isabel, desde Portugal a Saboya (patria y reino venturoso del Beato Amadeo); desde Saboya hasta Dinamarca feliz, a quien llenó de celestiales fragancias su rey admirable San Canuto, y desde Dinamarca, finalmente, hasta Suecia y Noruega, cuya historia también da comienzo cabalmente con la mágica divina historia de sus reyes santos...

Verdadero apostolado católico, grandezas, hazañas, glorias y maravillas de monarcas santísimos son las grandezas que se contienen y atesoran en este rico volumen, cuya lectura mueve poderosamente al lector, mayormente si es

príncipe cristiano, a internarse curiosa y santamente en el estudio más amplio, más cabal, de tantas historias edificantes, y de la sólida filosofía de la historia que como fecunda semilla (rica siempre en frutos de bendición) se encierra en estos edificantes cuadros y sabrosísimas relaciones y semblanzas.

La primera de las cuales es la de la inmortal emperatriz Santa Elena, de quien tengo para mí, o mucho me engaño, que es después de la Santísima Virgen (con la cual de Dios abajo nadie puede compararse) la mujer más grande y excelsa de la historia, la gran cooperadora de Dios nuestro Señor en el vencimiento de la gentilidad, la hazañosa, la sublime, la nunca bien alabada heroína a quien después de Dios, dador de toda dádiva preciosa, se debe la victoria inmarcesible del puente Milvio, la paz de Constantino, que fué la paz de la Iglesia después de tres siglos de infandas persecuciones; la conversión del imperio romano y el público establecimiento del Cristianismo; de donde le vinieron al mundo, desde entonces hasta hoy y desde hoy hasta el fin de los siglos, todas las venturas de la civilización europea; de aquella civilización descrita, analizada y cantada en el libro inmortal de nuestro Balmes, que es, para gloria de la Iglesia, uno de los diez o doce libros que hacen raya en la universal literatura.

III

La mención o memoria de la inmortal Santa Elena, madre y maestra del emperador Constantino, trae como por la mano a las mientes el recuerdo de lo que acerca de este príncipe dice nuestro clásico Padre Nieremberg. El cual, a cuento de los príncipes cristianos, escribe famosísimas sentencias con cuyo recuerdo y mención quiero disfrutar ahora estos apuntamientos para que al fin y a la postre valgan algo; dichos y sentencias que más largamente se contienen y declaran en el libro más bueno que yo conozco entre los muchos que en España se escribieron en el Siglo de Oro para enseñanza y gobierno de príncipes cristianos; libro breve y lindísimo, manual teórico y práctico que a mi pobre juicio es el que en más pequeño volumen atesora más doctrina y enjundia que tantos otros libros en folio como se han compuesto sobre tan fecunda materia; libro, en fin, el más lindo, ameno y gustoso de todos ellos por las muchas edificantes historias de varios príncipes católicos españoles y austriacos.

cos cuyas semblanzas allí tan sabrosamente se pintan en la segunda parte.

Allí con la Historia Sagrada y con la Historia de la Iglesia en la mano; allí con muy graves y elocuentes testimonios y textos de Concilios, Santos Padres y Doctores de la Iglesia; allí, en fin, con probanzas irrefutables, se demuestra que el altísimo oficio de rey es más excelente en cierto modo que el martirio, y más eficaz para la paz común que los milagros, y más también que las mismas órdenes religiosas, y que puede traer al pueblo más conversiones y bienandanzas que los Profetas y aún más que los mismos Apóstoles de Jesucristo; proposiciones tan famosas y estupendas, que ya no cabe decir más encomios en alabanza de los privilegios otorgados por Dios a los que cumplen según su santa Ley el altísimo y singular oficio de supremo imperante.

Por lo que hace a ser más excelente que el martirio el oficio de rey (considerada la principal virtud que campea en un príncipe bueno y la que campea en un mártir de Cristo), se prueba allí con la autoridad excelsa de Santo Tomás en el artículo CXXIV de la *Secunda Secundæ* de la *Summa*.

Allí se mantiene también la sentencia de que más eficaz es el solo ejemplo de un rey virtuoso que los milagros de muchos santos y la predicación de los grandes varones apostólicos; y que el mismo rey virtuoso es ya de por sí un gran milagro. Lo cual se declara luego con lo que decía el gran San Columba-no de Escocia cuando decía que con el ejemplo de la vida del rey Convallo se había reformado la gente feroz de aquella tierra.

Allí con la autoridad del propio Santo Tomás de Aquino, en su Opúsculo *De perfectione vitæ spiritualis*, se mantiene que es tal el privilegio del oficio de un rey..., que para encaminar a sus súbditos por las vías de la verdad y la virtud puede hacer más él solo que una orden religiosa entera y aun por ventura más que todas juntas.

Allí comparando la eficacia del buen ejemplo de los reyes con la eficacia de la predicación de los profetas, saca la mejor parte, no la predicación de los profetas, sino, como graciosamente decían nuestros mayores, la predicación de Fray Ejemplo. ¡Y bien claramente campea esta gran verdad en las páginas de la Sagrada Escritura! Oigase el breve, pero muy gustoso y elocuentísimo razonamiento del P. Nieremberg:

«Cosa es bien para maravillar que no fueron buenos los hebreos cuando tuvieron grandes profetas y santos predicadores, sino cuando tuvieron grandes y buenos príncipes, siendo más poderoso el ejemplo de un rey solo que la predicación y obras maravillosas de muchos profetas. En tiempo del rey Ozias florecieron muchísimos profetas (Joel, Abdías, Amós, Miqueas, Jonás y el sublime Isaías); y con todo eso fueron tiempos viciosísimos y de costumbres

desgarradas porque no había ejemplo de buen príncipe, el cual solo puede hacer más que cien profetas...»

«Los dos grandes profetas Elías y Eliseo, ¡qué poco reformaron a Israel con el rigor de su vida, con su celo, con su santidad, con sus oraciones, con castigos del Cielo y con milagros prodigiosos! Pero el rey Josafat y el rey Josías ¡qué presto compusieron a todos sus reinos llenándolos de devoción y piedad sin hacer milagro alguno!»

Hasta aquí son palabras del P. Juan Eusebio Nieremberg. El cual, finalmente, comparando la eficacia del buen ejemplo de los reyes con la eficacia de la predicación de las Apóstoles, «atrévome a decir (escribe) que un príncipe podrá hacer más que hicieron grandes Apóstoles. Lo que sabemos es que no pudieron los Apóstoles convertir el Imperio romano y lo hizo un príncipe; y habiendo habido en la Iglesia tan grandes varones, tan doctos, tan admirables, no hicieron todos tanto cuanto hizo el emperador Constantino».

Veis aquí celebrado y solemnizado al hijo inmortal de Santa Elena; de la emperatriz Santa Elena, cuya semblanza es la primera que campea en el libro de D. Mariano Sánchez de Enciso; de Santa Elena, cuyo nombre me trajo a la memoria el recuerdo de éste y los otros textos de Nieremberg, cuyo breve libro de la *Corona virtuosa* es complemento del libro del Sr. Enciso; así como este libro del Sr. Enciso es complemento de ese otro áureo y enjundioso libro del Venerable P. Nieremberg.

Libro de poco bulto, pero de mucha y rica miga, es la *Corona virtuosa*; libro de mucha lindeza, amenidad y edificante erudición es la *Virtud coronada*. Ambos a dos (que al fin y al cabo no vienen a ser más que uno solo), ambos a dos, juntamente con LA SANTIDAD EN EL TRONO, forman y hacen el más rico manual o vademécum de todo príncipe cristiano; ambos a dos forman y hacen una trilogía que bien pudiera llamarse *El Libro de los Reyes* sin faltar al respeto que se debe al libro santo que lleva este mismo nombre en la Sagrada Escritura. Y aun para que el respeto sea mayor, y para decir más verdad y para más utilidad de reyes y príncipes cristianos, debieran publicarse estos tres libros en un solo volumen y con el referido título, llevando la primacía el texto del sagrado *Libro de los Reyes*, que es el libro que llevaba consigo siempre en sus pacíficas o bélicas jornadas el emperador Carlos V.

IV

Si di comienzo a mi Prólogo trayendo a colación el gratisimo recuerdo del santo, del agosto, del apostólico padrino de nuestro Príncipe de Asturias; si di comienzo a mi Prólogo recreándome con el pensamiento de que la Bendición del santo Pontífice (llamado por antonomasia el Papa de la Eucaristía) había de ser para S. A. y para España fecunda maravillosamente en felicidades y venturas..., quiero cerrar ahora estos apuntamientos trayendo a colación el recuerdo de aquella espléndida visión profética que tuvo nuestro gran San Alfonso Rodríguez, aquel lego inmortal de la Compañía de Jesús, que fué uno de los santos más grandes de la Iglesia, supuesto que su excelsa santidad ha sido comparada nada menos que con la del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís. La referida visión profética está llena y remecida de grandezas y triunfos inmarcesibles, de consuelos inefables y de soberana gloria para la Religión y para la Patria; y el protagonista de hazaña tan famosa como la que allí se vaticina ha de ser un monarca español. Pero todavía no se ha cumplido esa famosa profecía del santo lego castellano de Monte Sión; la cual más largamente se contiene en la página 76 del tomo I de las *Obras completas* de San Alfonso, modernamente compiladas por su hermano el erudito Padre Jaime Nonell, y la cual es fuerza que se cumpla si paramos mientes no solamente en la santidad excelsa de San Alfonso Rodríguez, sino en los términos tan claros, tan llanos, tan precisos, tan categóricos en que está anunciada, y según los cuales no ha lugar razonablemente a ningún recelo de duda.

Ahora bien: ¿quién será el afortunado monarca español para quien está guardada por el Cielo tanta gloria? ¿Será por ventura el Príncipe que logró en buen hora el padrinazgo, las oraciones y bendiciones del Pontífice de la Eucaristía? Plegue al Señor de los ejércitos que así sea, no sólo para mucha gloria de la Religión y de la Patria, sino también para gloria muy particular del inmortal Pío X. El cual, si como *Ignis Ardens* iluminó el Oriente del presente siglo cual pocos pontífices han iluminado el siglo en que florecieron, acrecentará su gloria externa (porque grande y muy grande debe de ser la que el Cielo le tiene preparada) si en la tierra logramos ver en el agosto hijo de tal pontífice su valimiento poderoso y la maravillosa fecundidad de aquellas oraciones que por él hizo y de aquellas bendiciones que sobre S. A. derramó.

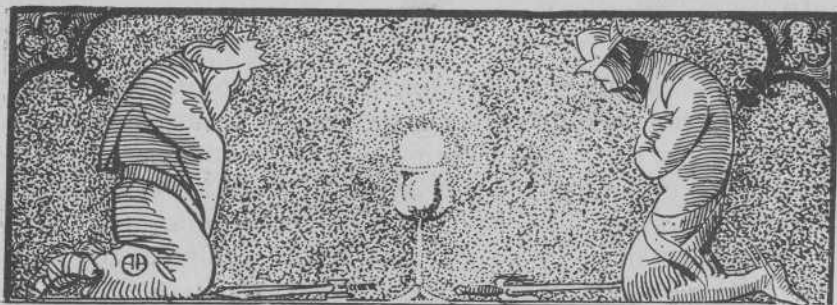
Con estas glorias y venturas sueñan el piadoso autor y el humilde prologuista de este libro. Ambos a dos, al emborronar las cuartillas originales del mismo, no tienen puesta la mira nada más que en la mayor gloria de la Religión y de la Patria, y en cooperar, aunque no sea más que con un grano de leve arena, a que nuestro amado Príncipe de Asturias persevere y, a mayor abundamiento, prospere de día en día en el camino de la virtud.

Mil veces feliz y venturoso el erudito y piadoso autor de tan católico libro como lo es LA SANTIDAD EN EL TRONO, si logra que con la lectura de alguna o algunas de estas cristianas páginas germine y florezca en el corazón de nuestro Príncipe un solo pensamiento agradable a Dios y enderezado al buen cumplimiento del altísimo oficio de príncipe y de rey católico.

JUAN MARÍN DEL CAMPO.



IN HOC SIGNO VINCES



I

Sobre las ruinas del paganismo estatuyó Jesucristo la redención social de la mujer.



EN la magnífica gradación del providencialismo y de la gracia; en el reparto de actividades afines al grado de la corredención y consolidación del Cristianismo, después del altísimo don asignado a la Madre de Dios y Madre de todos los cristianos, no cabe dudar que correspondió a Santa Elena, la madre de Constantino, el más rutilante papel que se hubiera podido imaginar.

La mujer en las civilizaciones antiguas.

Es que el Cristianismo, que había venido a derrocar todo lo caduco y deleznable de las sociedades antiguas, sobre las ruinas de la belleza pagana, de la belleza de la forma, la sensualidad y los sentidos, quiso, ante todo, estatuir el reinado de la belleza ideal, de la gracia moral de la mujer, santificada por la redención del Verbo humanado.

La mujer en las naciones más cultas y adelantadas del mundo conocido entonces, no había extendido su papel más allá de

ciertas concesiones rituarías y formularias. En los pueblos orientales, aun en el predilecto de Dios, en donde se juzgaba nefasto el nacimiento de la mujer, eran aún más limitados en ese respecto los otorgamientos de las leyes y las costumbres. No había sonado la hora de la redención, y era la más bella parte de la creación humana vaso de concupiscencia y fermento de pasiones que no disimulaba la pudibundez de ningún velo.

El reinado de la belleza artística en Grecia, en donde Aristóteles igualó a la mujer con el niño y el esclavo, había entronizado el más grosero impudor en el decantado siglo de Pericles, para adjudicar un premio a la plasticidad morbosa de la forma exterior, sin detenerse aquella sociedad a reconocer ese elemento vital, divino efluvio, que se encerraba en aquella forma exterior, modelada por sabia mano. Compartía en Roma la mujer con el hombre las más depravadas costumbres, con sólo algún vestigio, en este caso, de pudibundez jurídica, que la discernía, siempre bajo tutela humillante, honores y triunfos en el altar ecléctico, abierto a todos los ritos, de la gran familia romana.

La Santísima Trinidad elige una humilde virgen de Nazareth.

En este estado la sociedad, en la gran fiesta descrita por la seráfica pluma de San Buenaventura (1) en que la Santísima Trinidad, asistida de la Misericordia y la Justicia, la Verdad y la Paz, eligió una humilde virgen de Nazareth para depositaria del inapreciable tesoro de la humana redención, en ese mismo punto quedó borrado el estigma que las sociedades paganas habían escrito en la frente de la mujer. Y como era ésta la parte más vilipendiada del linaje de Adán, que al sepultar a la compañera del hombre en las tinieblas del impudor y la molición, no había hecho otra cosa que poner una infranqueable barrera entre toda aspiración a la verdad absoluta y las propias abominaciones que aun hacen estremecer de aquellas corrompidas sociedades, la infinita providencia de Dios quiso consagrar la redención, santificando el regazo de una virgen, que es desde entonces regazo de consuelo y de pudores, regazo en que se refugian todas las cuitas de la pobre sociedad humana.

Redención de la mujer por la gracia.

¡Qué inefables prodigios! ¡Qué consuelos inefables! Desde ese mismo punto ascendía la mujer los peldaños de su regeneración, e inquiría en el corazón del hombre el ritmo desconocido hasta entonces de una compenetración social. Ya era la mu-



ESTATUA DE CONSTANTINO EL GRANDE

jer algo más que emblema de placer con el que la habían estigmatizado en sus bacanales gentilicas las sociedades que se hundían en el polvo de los siglos. Ya era la mujer corredentora en el inmenso drama del Calvario. Ya era la mujer Madre de Dios y Madre de los pecadores afligidos, y ya saludaba el hombre a la mujer como depositaria del honor y el pudor de los idilios conyugales, y la madre, la esposa y la hija ocupaban, al fin, el lugar que placía a una moral nueva, perfectamente acorde una moral que se abría camino porque la impulsaba la providencia de Dios, una moral que, sobre los escombros de las viejas costumbres, había de ser una ley universal.

Prodigios
que precedieron a Santa Elena.

Y por esa misma divina providencia, en cuantos actos de resonancia registra la Historia, en cuantas determinaciones plazca a la sabiduría infinita hacer patentes para consuelo de los humildes y confusión de los soberbios, veremos, a impulsos de la sabia mano de Dios, una mujer descorriendo el velo de los grandes arcanos históricos y sociales.

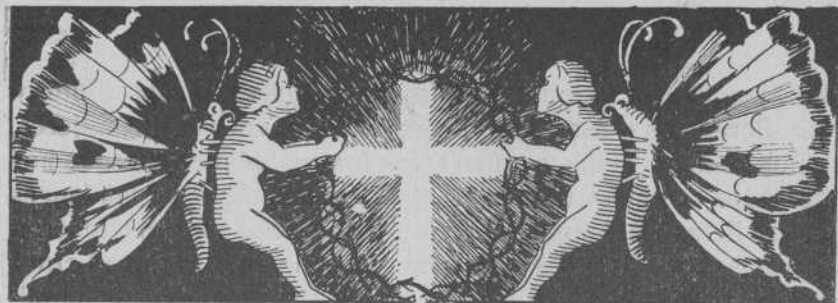
En este reparto de actividades humanas correspondió a Santa Elena el más rutilante papel, hemos dicho, una vez consumado el drama del Calvario.

Como en otro tiempo grandes prodigios avisaban a los hombres temerosos de Dios que se acercaba la época del cumplimiento de las profecías, en este otro lapso del advenir de Santa Elena, como madre del más poderoso príncipe del mundo, todos los indicios eran favorables a una honda mutación social, a una transformación de los hábitos y las costumbres, a un desgajarse los celajes materialistas del horizonte que encubrían la Hostia inmaculada de un Dios, que nos legó su divinidad y su humanidad, refrigerió del corazón creyente, para que ocupara esa Hostia el lugar que de hecho le correspondía, en el templo, en la moral, en las costumbres, en las relaciones de los hombres entre sí, en el fuero de la caridad cristiana y universal.

Torrentes de sangre habían fecundado el campo de la mies prolífica. Millares de víctimas propiciatorias habían ofrecido a los ultrajes y al martirio sus cuerpos débiles, que una fuerza divina había convertido en cuerpos resistentes de titán. Las más grandes figuras de la sociedad pagana, Safo y Prometeo, habían quedado avergonzadas, aun como concepciones retóricas, ante

las Magdalenas, Domitilas, Petronilas, Cecilias, Ineses, Sinforsas, Perpetuas y Felicitas y las legiones innúmeras de mujeres, niños y ancianos que sentían rasgados sus débiles cuerpos por acerados cuchillos, descuartizados, deshechos, entre las fauces de las fieras, cuando no plugo a Dios, de vez en vez, que esas mismas fieras, ante los ojos atónitos de aquella sociedad cruel y corrompida, lamiesen los pies de los atletas de Cristo, humildes con el dolor y resignados...





II

Astro rutilante de la Historia.—Elena, Princesa de la Isla de los Santos.

La Era de
Diocleciano.



COINCIDÍA la juventud de Santa Elena con la terrible, fatídica *Era de Diocleciano*.

El edificio político levantado por Augusto, sostenido por sus continuadores sobre muros corroídos de sensualismo y lascivia y lagos de sangre, amenazaba un total derrumbamiento. La civilización era sinónimo de molición, crueldad, incesto y parricidio; y donde no existía esa civilización, amenazaba la barbarie con sus hordas aniquiladoras de centauros.

Y en aquella atmósfera de corrupción sin freno; entre aquella sociedad sobrada de grosero epicureísmo y falta absolutamente de idealidades, vivían unos seres, "especie de hombres entregados a las supersticiones y los sorfilegios", decía Suetonio, que desdeñaban todo ese aparato de enervante materialismo y seguían las gloriosas huellas que les trazara el Mártir de los már-

tires desde lo alto de una cruz, dicha de muerte considerada hasta entonces como suplicio infame.

Pretendiendo infiltrar nueva vida en aquel cadáver galvanizado, *putredo ossium*, que dice la Sagrada Escritura, Diocleciano asoció a la dirección del Imperio un augusto, Maximiano, y dos césares: Constancio Cloro y el sofista Galerio.

Constancio Cloro había sido designado para gobernar Inglaterra.

La sabia mano del Altísimo iba disponiendo los acontecimientos para la consolidación y extensión de aquella nueva moral que se abría camino contra toda suerte de enemigos, brutales y descubiertos, los unos; los otros, hipócritas y falaces.

Quién era
Santa Elena.

Por los años 247 de nuestra Era había nacido una princesa en aquella Isla llamada con singular justicia de los Santos: hija del régulo Cohel, según verosímiles conjeturas. Era esa Princesa Elena, la futura madre de Constantino, a quien la imaginación, imbuída en las máximas angélicas que proceden de las fuentes inextinguibles de la gracia, se la representa casta y pura como flor impoluta de las campiñas idílicas de la Verde Erin; de azules ojos como el cielo tranquilo de sus noches estivales; blanca y sonrosada, de celestiales pudores, mansa y apacible, de honesta alegría: capaz todo ese armónico conjunto de constituir la más acabada promesa de dichas humanas e ideales.

Prendió esa promesa en el alma de Constancio Cloro, que había hallado hospitalidad en la morada de Elena y llevó a ésta al fálamo.

De aquel matrimonio nació Constantino, el debelador de los postreros intentos del mundo idólatra.

Pero a costa de su tranquilidad y el sosiego de su propia estirpe, había de sentir Elena en el alma los zarpazos airados de la furia del paganismo, hidra furibunda de mil cabezas, cada una de las cuales intentaría en su tiempo la corrupción de las aguas que manan de las puras fuentes de la verdad teológica y moral.

Los últimos
zarpazos del
paganismo.

Al renunciar el Imperio Diocleciano y Maximiano y descargar por entero el peso de los negocios públicos en los hombros de Constancio y de Galerio, no lo hicieron sin imponer algunas condiciones de orden familiar. Constancio había de repudiar a

Elena, contrayendo nuevas nupcias con Teodora, hija de Maximiano. Acaso fuera el estímulo prenda de garantía. Para asegurar el Imperio, y no obstante su tolerancia y simpatía con los cristianos, aceptó la propuesta Cloro, pero no sin instalar a Elena y a su hijo en Tréveris (2) con toda la magnificencia correspondiente a su elevado rango.

Y al morir Constancio designó, por virtud de aquellas simpatías, a Constantino sucesor en la gobernación del Imperio, no obstante la dilatada sucesión que en Teodora había tenido.





III

Por el camino de la Cruz hallaron Santa Elena y Constantino el camino de la inmortalidad.



COMIENZA aquí el gran papel, la acción incommensurable asignada por la providencia de Dios a esa mujer insigne, precursora de Santa Mónica en el orden moral de la educación de los hijos, y en el orden político y espiritual precursora de Santa Clotilde y de las dos ilustres reinas, Doña Berenguela y Doña Blanca,

El papel providencial de Constantino.

fragantes flores de los jardines ideales de Castilla.

Por virtud de la aparición de la Cruz, Constantino, el hijo modelo de Santa Elena, el Príncipe criado y educado bajo cristianos auspicios por aquella excepcional mujer, obtuvo el triunfo sobre Magencio, Máximo y Licinio. *In hoc signo vinces*, le previno el Cielo; y, efectivamente, con ese signo, de hinojos ante el mismo, obtuvo la victoria y el Imperio; y por influjo de esa victoria, salieron los cristianos de las catacumbas y se extendió la palabra de Dios y se extendieron las alabanzas debidas a Dios por los más remotos confines del mundo.

¿Pero era sólo esa voz del Cielo la que se escondía en aquel providencial aviso, estatuido en tan privilegiada familia? Algo

La misión de Santa Elena.

había de ese designio que tocaba directamente al corazón de Santa Elena. Los hechos probaron mejor que todas las críticas y filosofías la exacta traducción que dió la santa al contenido de aquella máxima histórica. El tiempo que consagró en la sene-ctud a la indagación y hallazgo del sacrosanto madero dice sobre cualquier otro testimonio hasta qué punto correspondió el corazón de la santa al providencial aviso.

Post núbila
plucebus.

Consequido el desagravio debido a la religión del Crucifica-
do, con la anulación de los edictos de los Emperadores idóla-
fras; con la abolición de las supersticiones gentílicas, que tantas
inmoralidades consentían; con la destrucción de los templos de
los ídolos y su reedificación para el uso de la liturgia cristiana,
Santa Elena, investida de la misión a que la llamaba el Cielo,
cuyo cumplimiento acuciábala como promesa vinculada en el
precio que prometía el Altísimo a sus relevantes méritos y vir-
tudes, se encaminó a Jerusalén, imbuída de la magna idea de
descubrir aquel lábaro sacrosanto, fuerza irresistible de las vic-
torias de su hijo; lábaro bendito cuyo recuerdo acudió siempre
a su mente en los momentos de tribulación para mostrarla el
camino de las grandes conformidades con las humanas flaque-
zas y el camino de la esperanza en las promesas divinas.

Había mandado Constantino—dicen a esta sazón ilustres ha-
giógrafos—que se demoliese el templo profano que los gentiles
levantaron sobre el santo sepulcro y que allí se hiciese una ige-
sia suntuosísima en honor de Jesucristo; y considerando Elena
ser aquella la ocasión más oportuna para el descubrimiento del
precioso tesoro que deseaban ver sus ojos antes de morir, qui-
so tomar a su costa la grande obra encargada por su hijo.

Hallazgo de
la cruz.

Contaba a la sazón ochenta años, y venciendo las dificulta-
des inherentes a su longevidad trasladóse a Jerusalén. Usando
de las omnímodas facultades que los edictos imperiales inspi-
rados en los mayores extremos del amor filial la concedían,
tras ímprobos trabajos y excavaciones, halló el santo sepulcro
y encerrada en el mismo, con las otras cruces, correspondien-
tes a los compañeros de suplicio de Jesús, el lábaro bendito,
madero auténtico, en que se realizó el portento de nuestra re-
dención: lábaro, madero que, tras grandes prodigios, mostró
Dios ser el mismo árbol sacrosanto de la cruz (3).



IV

El lábaro en las batallas y el lábaro en el sepulcro de Jesucristo.



IN Santa Elena no se explican los prodigios subsiguientes del triunfo de la cruz.

Apología de
Santa Elena.

“A esta emperatriz cristiana—dijo Durand, trasladado por ese magno libro de los bolandistas belgas, en sus *Caracteres de santos*—la corona de Jesús sirvió de diadema, los clavos de Jesús sirvieron de cetro, la cruz de Jesús sirvió de trono”; hermosa apología, tanto más acertada, cuanto que esa insigne emperatriz y madre del monarca más poderoso de la tierra, no tanto ha pasado a la Historia por esas excelsas cualidades, cuanto por su acción directísima, personal y esencialísima en el hallazgo de la cruz auténtica en que expiró la Humanidad de nuestro Señor Jesucristo.

In hoc signo vinces, dijo la sabia providencia de Dios a Constantino. Y éste elevó al Omnipotente su pensamiento, su corazón y su alma, y venció, efectivamente, como vence todo hombre que con la cruz de Cristo se abraza; como han vencido y se han

vencido a sí mismos todos los monarcas que han seguido su ejemplo, al asirse de aquel emblema de la redención humana, que es cauterio de las lacerias del espíritu, símbolo de la paz, refrigerio del corazón conturbado, antídoto contra las desordenadas pasiones. Y su madre, la santa mujer que había recogido del Altísimo la misión de templar aquella alma que la Providencia le confiaba, y predisponerla para recibir con dignidad esos dones inapreciables del Cielo, buscó la eficiencia, la confirmación material de esos prodigios sobrehumanos, y al impulso de esa determinación santa y abnegada, surgió la más preciada y milagrosa recompensa.

El Edicto de Constantino, llamado de Tolerancia, libró a la humanidad de la preponderancia del paganismo y de las persecuciones cruentas a los cristianos y ofreció al mundo el rosado amanecer de nueva era de paz, en que sería factible al hombre ofrecer a Dios, sin el menor embarazo, sus más dignas impulsiones y sus afectos más puros. Santa Elena recoge todo el mérito que es discernible a una mujer que fué esposa ejemplar, madre singularísima, predilecta de Dios y a la que son aplicables todos los difirambos que haya concebido la mente para regarlos, como lozanas flores del ingenio humano, en torno de una de las más rutilantes figuras de la Historia.



UN PRÍNCIPE MÁRTIR Y UN REY
CONFESOR



I

El mundo arriano.—El arrianismo y los visigodos.



Si no fuera divinamente auténtica la Iglesia fundada por la predicación y el martirio del propio Hijo de Dios vivo; si entre las páginas del testamento de Jesucristo no se contuvieran advertencias y avisos de las grandes tribulaciones que había de padecer su Iglesia; si todos los documentos que dimanaron del gran Concilio Apostólico de Jerusalén, asistido del Espíritu Santo, no hubieran sido también una profecía irrefragable de las persecuciones, luchas enconadas, derramamientos de sangre, grandes perfidias con que habían de ser perseguidos los propaladores de la divina palabra, el arrianismo, la nefanda herejía origenista y antitrinitaria, que socavó los cimientos de la Iglesia de Oriente, hubiéranos hecho vacilar y habría llevado la duda y la confusión al corazón y al alma del cristiano ortodoxo.

La nefanda herejía.

El despertar
católico.

Merced al célebre Edicto de Tolerancia de Constantino, había salido la Iglesia de las catacumbas, y elevaba los sones de la divina liturgia por los más altos montes de la tierra. Quedaba en las entrañas, en el seno de aquellas galerías misteriosas, santificadas por los cuerpos de los atletas de Cristo, el no apagado eco de la musitación de los salmos y de los rezos silenciosos. Y en las grandes explanadas de las plazas públicas y en los espacios dilatados de las ciudades remotas y en las más altas cimas de las montañas enhiestas elevábanse las cúpulas de las iglesias de Bizancio, cuyas más grandes representaciones nos han quedado en la catedral de Rávena, y el magnífico templo, tanto tiempo profanado, de Santa Sofía.

El mundo sería un caos sin el Misterio de la Santísima Trinidad.

¡Singular contraste de ostentación materialista y podredumbre espiritual el que ofrece el mundo bizantino! Fenece en ese mundo y se arrastra en un languidecer milenario la antigua civilización bajo la tutela vacilante de un cristianismo bastardo que trata de enturbiar las puras fuentes de la verdad teológica y la tradición de los Apóstoles. Así se cumplió exactamente en aquella sociedad corroída y minada por la herejía esa gráfica y gravísima sentencia de Menéndez Pelayo, que da por perdida la clave del mundo de las ideas y rota toda relación entre Dios y el hombre, sin la concepción augustísima, perfectamente ortodoxa, aun mirada con los ojos de la pobre razón humana, del misterio de la Santísima Trinidad.

La historia del arrianismo.

Así define un escritor aquel mundo corroído por la herejía: "No hay en la Historia nada semejante: es un momento único del alma y de la cultura humana. Conocemos muchos comienzos, acrecentamientos, florescencias de pueblos; pero de una degeneración tan larga y tan complicada, de una gigantesca putrefacción de mil años, de un vaso cerrado, agriado por fermentos de especies tan numerosas y tan contrarias, no tenemos ejemplo. Hay dos civilizaciones, ambas semejantes a las deformaciones, a las intumescencias, a las pústulas enormes de la naturaleza: Alejandría y Bizancio."

Socavados los cimientos políticos por toda suerte de advenimientos, codicias e irrupciones de las más opuestas razas de la tierra, llevaba, además, aquel pueblo moribundo en sus entrañas el veneno corrosivo de sus herejías y defecciones. Bajo



SAN HERMENEGILDO.—L. Jordán pint.

su égida, el mundo, la sociedad, las costumbres, el dogma, el augusto de la fe, la predicación, los concilios, todo se bamboleó, y pudo decir San Jerónimo, con ayes de dolor, que gemía el Universo al sentirse arriano.

La historia del arrianismo es la historia de todas las grandes defecciones de la conciencia humana: un brote de soberbia satánica que prende en mentes y corazones mal hallados con la pureza de una moral irreprochable.

La contumacia de Arrio.

De nada sirvieron los anatemas lanzados contra Arrio en Alejandría. Constantino confiscó los bienes del heresiarca y sus prosélitos, y Arrio se trasladó al Oriente, en donde prendió el fuego de la contumaz rebeldía. La guerra se hizo desoladora. El mundo se bamboleó, efectivamente, en sus cimientos, al sentirlos socavados por la heterodoxia sin freno.

Pero la nefanda rebeldía atrajo el enojo de la providencia de Dios. La sangre del Redentor no se había vertido inútilmente. Pasaron las generaciones, pasaron los concilios, los anatemas, las fulminaciones, las enconadas luchas, los choques furibundos entre las civilizaciones y los imperios... El Asia vertió sus hordas sobre Europa prostituida y desangrada por el paganismo y el desenfreno de las pasiones más abominables.

Gráfica pintura de las pasiones arrianas.

Una pluma ágil ha trazado un cuadro, no exento de amargo humorismo, de aquel caos de pasiones antidogmáticas. "Como en otros tiempos—dice—en los Juegos Helénicos, las mujeres aparecían desnudas en el teatro. Y éstas eran las mismas gentes que se entregaban con furor a las pasiones teológicas. Rogad a un hombre—decía San Gregorio Nacianceno—que os cambie una moneda de plata, y os dirá que el Hijo difiere del Padre. Preguntad a otro el precio de un pan, y os dirá que el Hijo es inferior al Padre. Informaos de si está a punto el baño, y os responderán que el Hijo ha sido creado de la nada. La gente se asesina acerca de estos particulares, y el solo interés capaz de originar una revuelta en Constantinopla, es la cuestión de los paganos azumifas o de la doble naturaleza del Hijo. Dos coros enemigos cantan a la vez en la Catedral el frisagio simple o completo, y los adversarios se baten a palos y a pedradas..."

"Aun después—escribe César Cantú—de haber abierto Mo-hamet II la brecha en los baluartes de la segunda Roma, dispu-

taban aquellos díscolos si la luz que apareció en el Tabor fué creada o increada.”

Y es que la Iglesia, cumplido el designio de Dios de salvar al hombre por el arrepentimiento y la gracia, no há podido ser jamás, ni lo será en la consumación de los siglos, sino ejemplo vivo y palpitante trasunto de aquella barquilla expuesta al naufragio en el lago de Genesaret, y que salvó la divina palabra enfrenadora de las olas encrespadas y los alborotados vientos.

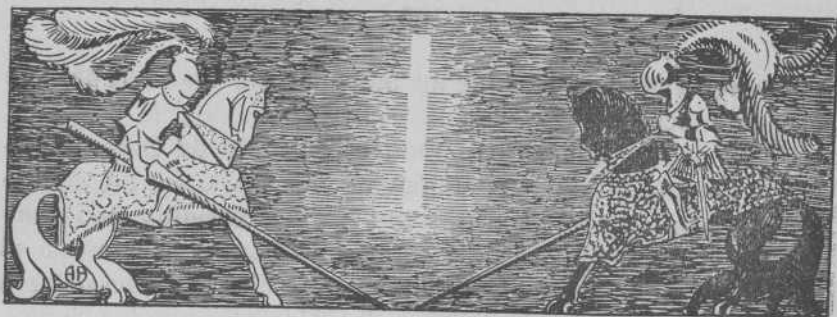
El Concilio de Nicea, rechazó por más de trescientos Prelados, entre los que se contaba el gran Osio de Córdoba, la doctrina del heresiarca, formulándose un nuevo Símbolo, fundado sobre el de los Apóstoles, que declaraba en nombre del Espíritu Santo “que el Hijo de Dios es verdadero Dios, engendrado de Dios y no hecho: consustancial al Padre; que Jesucristo es nacido del Padre, antes de todos los siglos, que es Dios de Dios, Luz de Luz.”

Como un hecho inconcuso y definitivo se ha aceptado la conclusión de que al combatir y destruir las sectas, siempre combatió el Catolicismo algún principio peligroso y antisocial. En lo que concierne al arrianismo, por demás es sabido que esa herejía hubiera entregado con sus doctrinas la Europa al poder mahometano, reduciéndola entera al estado actual de Turquía.

Después de resplandecer nuevamente en las inteligencias y en la conducta de los hombres la doctrina ortodoxa, que en vano ha pretendido tantas veces contaminar la herejía, doctrina sabia y fervorosamente mantenida por los Atanasios, Agustinos, Hilarios y Basilio, y protegida por las decisiones de Teodosio el Grande, el torrente arrollador, formado por las hordas del Septentrión, cayó sobre los afeminados restos de los viejos imperios que se habían repartido los destinos del mundo, y volvió éste a conmoverse con la herejía de Arrio.

Y vino a España esa herejía, traída por las armas de los visigodos.

El Catolicismo ha combatido todos los principios antisociales.



II

Por qué se llaman los Reyes de España Majestades Católicas.—Luchas entre el arrianismo y el catolicismo.—Fecunda sangre de un príncipe mártir.

España, tierra de pre-destinación.



ERO el suelo de Iberia, predilecto de la Santa Madre de Dios, estaba fecundado por la sangre de innúmeros mártires, y esa sangre, ese bautismo, esa predestinación, conciencia católica que ha distinguido siempre a esta nación contra todas las adversidades y todos los peligros de la vida, fué el obstáculo mayor, sobre legislaciones, idiomas, usos y costumbres, que se opuso a la completa compenetración entre vencedores y vencidos, hasta que la sangre de San Hermenegildo salpicó las gradas del trono español, como viviente y perdurable holocausto de la conversión de una raza y la mudanza religiosa de un imperio.

¡Prolífica y bendita sangre, que tan generosamente echó los cimientos de nuestras más caras tradiciones!

“Si los monarcas españoles—dice el historiador Lafuente—se decoran hoy con el título de Majestades Católicas, la Histo-

ria nos enseña su origen y nos lleva a buscarlo en Recaredo." Nosotros alteraríamos ese párrafo y diríamos: Si los Reyes de España se glorían con el título de Majestades Católicas, ese galardón hay que buscarlo en la sangre de San Hermenegildo.

Porque fué éste el áureo broche que cerró todo un ciclo de luchas y persecuciones entre la herejía y la doctrina ortodoxa; persecuciones y luchas mantenidas en el propio alcázar de los reyes.

Lo que significa el martirio de Hermenegildo.

Seculares contiendas trabadas entre los católicos francos y los visigodos arrianos, que culminaron en cruentas funciones de armas, que hicieron vacilar los cimientos de la monarquía visigótica española; el sofisma en el propio alcázar real, ahogando el despertar de la conciencia católica; tristes escenas que retrotraían la mente a los tiempos de las abominaciones romanas; todo ese cuadro de dolor, mantenido por una filosofía negativa, prendida con deleznablez lazos de unión en las inteligencias, los corazones y las almas, vino a ser derrocado, pulverizado, y extirpado del solio real y de la católica tierra ibera por el martirio de Hermenegildo.

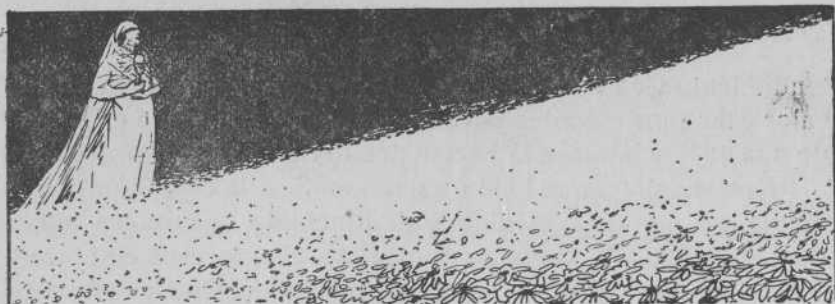
Y ese martirio fecundo, esa prolífica sangre, cambiaron enteramente la fisonomía del pueblo español. A la compenetración religiosa, que hacía hermanos en Jesucristo a godos e iberos, siguió la compenetración en legislación y en costumbres, y ya pudo decirse que gobernaban a España sus propios reyes y no, como antes de esa conversión se decía, que la tiranizaban hombres de otra raza, otros usos y otras creencias.

Los cimientos de la sociedad superpusiéronse, pues, sobre la base de la unidad religiosa. Y si bien es verdad que afeminado este pueblo, olvidadas sus antiguas virtudes, perdidos sus hábitos guerreros, encenagado en la molicie, de que fué ejemplo y baldón el último rey de esa dinastía, fundida, empero, con la gran familia ibera por el sentimiento religioso; si bien es verdad que cayó vencido en los jerezanos campos, dejando franco el paso hasta el corazón del Imperio a una nueva raza perdurablemente antagónica, eslo también que el bautismo de sangre de Hermenegildo siguió dando frutos de redención; pues merced a la conversión de Recaredo, pudo el pueblo vencido, formado de las dispersas huestes de iberos y godos, suevos y

La unidad política siguió a la unidad religiosa.

helenos (todos los restos de las razas que habían sojuzgado la Península), dejando sello perdurable en la misma, agruparse para rechazar al invasor, en luengos siglos de homérica lucha, en torno del estandarte de la santa y bendita Madre de Dios...





III

Cómo era Hermenegildo.—El príncipe contrae matrimonio con princesa católica.—Luchas domésticas en el Alcázar Real.—Sevilla, la hospitalaria y la santa.



RECEDIERON al martirio de San Hermenegildo (4) singulares acaecimientos.

Se m b l a n z a
de Hermene-
gildo.

Para hacer Leovigildo hereditaria en su familia la corona, ordenó reconocer por sucesores suyos a sus hijos Hermenegildo y Recaredo. Quiso acostumarles a gobernar; y asignó al primero la Andalucía, y al segundo el

reino de Aragón, con todas las provincias celtíberas.

De Hermenegildo nos hace magnífica semblanza un historiador de santos y mártires. Acaso, más que en documentos de la época, tan especiosos y tan concisos, hallara ese historiador tal retrato en su propio corazón. Pero ¿quién resiste trasladar aquí las áureas palabras del P. Juan Croisset? “Era Hermenegildo—dice—el príncipe más cabal que se conocía en su tiempo: de talle majestuoso, de aire noble y desembarazado, de en-

tendimiento vivo y penetrante, dotado de una prudencia, de un valor y de unos modales tan atentos y cortesanos, que en medio de una nación bárbara le hacían dueño de todos los corazones.“

Hermenegildo, que había nacido en Sevilla en 564 próximamente, era hijo de Leovigildo y de Rinchilda, la primera mujer de Leovigildo. La viuda de Atanagildo, el antecesor de Liuva I, que lo fué a su vez de su hermano Leovigildo, vino a compartir el tálamo real a la muerte de Rinchilda.

Gosvinda, que así llamábase la esposa de dos reyes, tenía ofuscada la mente por los sofismas del arrianismo y, más que la mente, endurecido por sus perfidias el corazón.

El fruto de la redención de la mujer.

Buscóse esposa para Hermenegildo y vino a serlo Ingunta, hija de Sigisberto, rey de Austrasia, y de Brunequilda, y nieta, por su madre, de Atanagildo y de Gosvinda, la segunda mujer de Leovigildo, “princesa—dice el P. Croisset—no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento“.

Era muy justo que habiendo derrocado el cristianismo el falso concepto en que se tenía a la mujer en las sociedades antiguas, ocupara aquélla, como mitad privilegiada desde entonces del humano linaje, el lugar de que había estado tanto tiempo y tan injustamente desposeída.

Porque la moral cristiana, no solamente prende en el corazón por su atrayente adherencia; no solamente se apodera del espíritu por su consistencia fundamental, sino que tiene también tal perfume de poesía, que en vano la solicitaréis igual en la extensa y engañosa gama de las sensualidades del paganismo.

Católica era, por dicha, la bellísima Ingunta. Y esta circunstancia debió bastar, dada la religión arriana de Hermenegildo, para romper desde luego aquel tratado, si en los respectivos cálculos de Ingunta y Gosvinda no hubiera echado raíces la decisión que prestábalas el ideal religioso de catequizar, la primera, a su marido para el catolicismo; la segunda, a su nuera para el arrianismo.

Comienza la lucha.

Y comenzó nueva lucha doméstica en el palacio de los reyes visigodos, en que al artificio adormecedor de la serpiente sucedieron bien pronto escenas de violencia y rigor, soportadas

con humildad y constancia de mártir por la bellissima princesa.

Y a medida que más y más se abroquelaba Ingunfa en la firmeza de su fe, iba paulatinamente ganando el corazón de su generoso marido, a quien no pudo ocultarse por mucho tiempo aquel drama doméstico. Descubriole en la palidez y consunción del semblante de su esposa y en las señales del infame trato que dejaban las violencias de la reina arriana en aquel delicado cuerpo. Para cortar de raíz el mal, Hermenegildo llevó consigo a Sevilla a su dulce y amante compañera.

Es Sevilla ciudad donde todo sonríe con fulguraciones que en vano se buscarán bajo otro cielo. Tiene allí encantos la naturaleza que superan a todos los humanos artificios; y hasta el arte, en sus múltiples manifestaciones de poética leyenda y trasunto fidelísimo de los esplendores de la Gloria, adquiere en el buril de los imagineros y en el pincel de los Apeles cristianos un sello de grandeza y majestad superior a todas las concepciones paganas y domésticas de otros artistas.

La hermosa
ciudad, hos-
pitalaria y
santa.

Tienen allí los azahares más penetrante aroma que en ninguna otra parte del mundo. Ciudad mitad oriental, recuéstase apaciblemente en las márgenes de plata de caudaloso y codiciado río. Pero contrastando con esos signos de indolencia musulmana, a que coadyuva la cegadora luz de un sol que es incensario de oro colgado en la inmensidad del espacio, en holocausto a la grandeza y la majestad de Dios, en las márgenes de aquel río y bajo la comba impoluta de aquel cielo, fué en aquella tierra donde prendió la doctrina salvadora con indestructible afianzamiento.

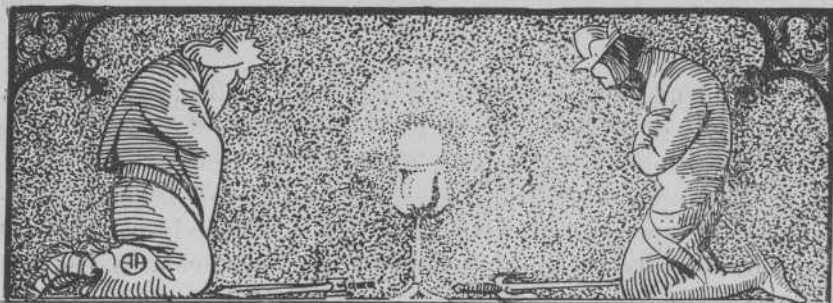
Allí el saber religioso llena el mundo con los esplendores de su fama, por haber encarnado en el corazón y en la mente y en el alma de aquel gran polígrafo que se llamó San Isidoro. Halla allí la divina doctrina tiernos corazones para consumirse en ella, y almas de pedernal para resistir, en su defensa, a todas las potestades del mundo. Florece allí el alborear de nueva conciencia a cuyo impulso España dilatará algún día sus inmensos dominios. Y allí, también, purgados los crímenes de un pueblo, en dilatados siglos de contienda purificadora, un rey santo buscará en los alminares de sus mezquitas y en su famosa Giralda y en las riberas de su río y entre sus famosos azahares, ancho cam-

po para ofrendar al Altísimo sus devociones y sus preces.

Y allí se consumó, merced a la piedad de una princesa y a las exhortaciones de San Leandro (5), la conversión de Hermenegildo, recibiendo éste, con el crisma sagrado de la confirmación—decimos con devoto historiador ya citado—aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del Cristianismo, deseando ya, con vivas ansias, alguna ocasión en que dar al mundo públicas y ru idosas pruebas de la firmeza de su fe.

El generoso príncipe tomó el nombre de Juan en el bautismo.





IV

El providencialismo en la historia.—Sencillez y santidad.—Persecución y martirio.



IN gran esfuerzo de novelería e imaginación, podríamos retrotraer el pensamiento a las escenas aquellas de unos príncipes consortes cristianos; en medio de un imperio que odiaba y perseguía al cristianismo; en ciudad, forzosamente, por sus tradiciones, cristiana, espiritualmente auxiliados por varones prudentes y sabios que practicaban el ejercicio sublime de la santidad: escenas de magnífica sencillez dignas de los primeros tiempos del Cristianismo.

El mundo pagano de hoy, este mundo en que han degenerado las antiguas virtudes castellanas, llamaría conducta democrática a esa vida de sencillez evangélica. Pero por demás nos tiene aleccionados el propio Jesucristo. No hay que curarse de las apariencias. En el alcázar de los reyes, como en la choza del rústico pastor, quien posee en su corazón el tesoro de la

Cómo vivían los príncipes.

gracia, es un apóstol y un santo, en lenguaje de los primitivos tiempos de la Iglesia.

Sin providencialismo, no hay vida posible.

En la sequedad de la duda, en el desierto del pesimismo, en vano clamará, inquiriendo, el hombre, no solamente la predestinación y la gracia, sino el secreto del rutilar de los astros y el sordo rumor del crecimiento de las florecillas silvestres. Todo es misterio hasta que se despoja el hombre de su soberbia, e investiga los grandes problemas del orden físico y moral relacionándolos con la providencia de Dios. Sólo entonces se despejan las nubes de la inteligencia y las sombras del alma.

Porque, en medio de las convulsiones que agitan sin cesar al mundo, hay sobre éste un ritmo de tan perfecta acordancia, que fracasaríamos si le buscásemos pálido trasunto en las famosas páginas del pentágrama musical de los hombres. ¿Sabéis qué dice ese ritmo? JUSTICIA DE DIOS.

No se hunde un trono; no se extingue una raza; no se borra de la huella del mundo el nombre de un pueblo porque descargue la adversidad momentáneamente sobre ese pueblo, aquella raza y aquel trono. Hasta que se cumpla el postrer segundo que tiene decretado Dios en sus altos designios, ni uno más ni uno menos, seguirá el mundo su magnífica marcha en el rítmico rodar del tiempo. Invoquemos el recuerdo de aquel "azote de Dios" que se llamó Afilá y que advino para sepultar el mundo pagano entre el polvo de sus crímenes, cuando sentía en lo más íntimo de su ser una misteriosa fuerza que le impelía irresistiblemente en sus empresas...

La máxima es, no solamente metafísica y moral, sino hasta empírica. Cicerón llamó a la Historia *Magistra vitæ*, porque la Historia es el registro más prodigioso de la Justicia de Dios.

Albores de martirio.

La conversión de Hermenegildo exacerbó el rencoroso despecho de la reina antecatólica. Y transfundiendo ese rencor en el corazón de Leovigildo, dejóse éste llevar, con especiosas razones de Estado, por la pendiente de odios y maquinaciones que a sus pies se abría, decretando cruel persecución contra cuanto fuviera el nombre de católico.

Temió Hermenegildo por su mujer y un hijito que le había nacido. Y cuidó de ponerles a buen recaudo para sustraerles

del rencor de los arrianos. El príncipe mantúvose en Sevilla, pero su padre decidió sitiarse en ese mismo punto.

En la conducta de Hermenegildo, a partir de este hecho, hubo las vacilaciones de toda alma justa que mide prolijamente el pro y el contra de las cosas. ¿Disputó el trono a su padre? Aunque se responda afirmativamente, la crítica histórica defiende a Hermenegildo. No provocó éste la guerra. Había sido declarado rey, y al abrazar el catolicismo, se revolvió, en todo caso, contra la herejía. Se trataba, pues, de una guerra de religión, y perseveró Hermenegildo en la firmeza de la verdadera fe hasta exhalar el postrer aliento. A la guerra le instaban sus parciales. Ejemplos ofrecía la dinastía visigoda que hubieran podido cohonestar esa decisión. Pero todo impulso de egoísmo y hasta de personal defensa desoyó el noble príncipe. Y si bien es verdad que la parcialidad católica halló en esas discordias ocasión para reivindicar noble y valientemente su existencia, manifestando, como es lógico suponer, sus ostensibles simpatías hacia el perseguido príncipe, eslo también que éste dejó que preponderase en su corazón el respeto al bien general, ofreciéndose él en holocausto, antes que someterse a la adopción de medidas de violencia.

Justificación
de Hermene-
gildo.

Pero la traición, inducida por el rencor arriano, le perseguía; y no pudo considerarse seguro ni en Córdoba ni en Sevilla, habiendo necesidad de refugiarse, con los más incondicionales de sus amigos y hombres de confianza, en la fortísima plaza de Osset.

Sitiáronle en ella las tropas de Leovigildo, que rindieron al fin la plaza y exterminaron la guarnición que la defendía. Viéndose el príncipe desamparado de todo humano auxilio, encerróse en el templo católico, muy venerado por su tradición, aun de los mismos visigodos.

Intervino entonces en el conflicto Recaredo, aquel otro príncipe franco y leal, noble y generoso, tan parecido en sus bellas prendas a su hermano, que había de mudar con su conversión la faz religiosa y social de España, originando aquel mar de gozo en que inundó su espíritu el Pontífice San Gregorio el Magno...

Penetró Recaredo en el templo que servía de refugio a su

hermano y se abrazaron larga y estrechamente. Hablaron. Llevaba aquél la representación y el perdón del padre a cambio de la rendición de Hermenegildo. Convino en ello el perseguido



CONVERSIÓN DE RECAREDO.—Muñoz Degrain pint.

príncipe. Salió del templo. Llegó a presencia de su padre y se echó a sus pies. Recibióle Leovigildo con demostraciones de contento; pero cuando le tuvo seguro, ordenó que se le despojara de sus insignias reales y se le condujera prisionero a Sevilla.

Cómo murió
Hermenegildo.

¡Ea! Hermenegildo, ya eres campeón de Cristo. ¡Ya te llama tu Dios al combate para hacer de tu sangre licor fecundo que mane de las fuentes inextinguibles de la gracia y haga florecer el sendero a cuyo final triunfará la verdad teológica!

Ya eres príncipe y rey triunfador en esta tierra de mártires y de santos, y ya encarnas el sentimiento de una unidad moral, sin el cual fuera imposible absurdo aplicar a esta tierra bendita un denominador genérico.

Ya posees el derecho a titularte príncipe predilecto de Dios, que otorga y quita las coronas de la tierra, y te aprestas a inscribirte en un catálogo, en que se destacará tu nombre, con resplandores ígneos y nunca apagados, entre los epítetos de los príncipes más gloriosos...

Aleccionado por ejemplos análogos, y receloso, más que todo, de quien traidoramente procedía, ya no se consideró príncipe de la tierra, sino soldado de Jesucristo, y se dispuso, en consecuencia, a librar la gran batalla y a derramar su sangre por el Divino Maestro.

Despojóse del todo de sus arreos principescos. Vistióse áspero cilicio, y despreciando el camastro que en la prisión se le ofrecía, prefirió, para reposar, el suelo. Elevó, como otro Daniel, sus cánticos a Dios Uno y Trino, y percibieron sus oídos dulces y acordadas melodías, que descendían a torrentes de la Gloria, y vió en visiones inefables a dos ángeles destacarse del Trono del Altísimo, que colocaban corona inmarcesible en sus sienes...

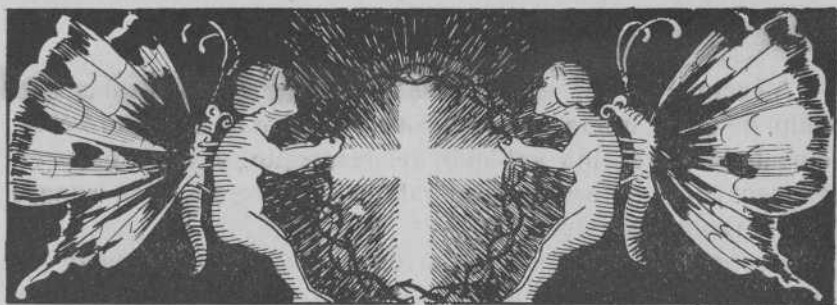
El martirio.

¡Burda ironía de los herejes! Sugirieron a Leovigildo la perversa idea de enviar a Pascasio, obispo arriano, ofreciendo al príncipe una comunión sacrílega. Pero el denodado Hermenegildo estaba vigilante, y rechazó con dignidad la oferta, prefiriendo antes morir que hacer traición a la firmeza de sus sentimientos.

Ya no se hizo esperar el martirio. Acaso providencial presentimiento se lo anunciaba a Hermenegildo. Y en la hora misma, en el segundo preciso en que había de subir aquella pura alma al Cielo, hallábase el príncipe en oración, en éxtasis, cuando penetró el sicario Sisberto furtivamente en el calabozo, hendiéndole el cráneo con feroz hachazo.

Así floreció, con el martirio, la santidad en el solio español en el año 586 de la Era de Nuestro Señor Jesucristo (6).





V

Paralelismo entre Fernando III, San Hermenegildo, Almanzor y San Luis de Francia.

Complemento de la obra de Hermenegildo.



ERNANDO III (7) de Castilla fué el hombre elegido por la sabia providencia de Dios para completar la empresa iniciada por San Hermenegildo.

Todo coadyuvaba a este gran pensamiento político y religioso.

Este gran Ferdinand de las crónicas árabes, que con su valor y su santidad ejercía irresistible influencia en el corazón de los agarenos, hasta el punto de ganarles enteramente la voluntad, después de domeñarles; azote del pueblo que había vencido a Rodrigo en los idílicos jerezanos campos, a quien plugo a Dios ofrecer la revancha en esa misma poética campiña, en las algaras que precedieron a la conquista de Sevilla, resume el más ilustre compendio de todas las virtudes, todas las austeridades y todos los sacrificios.

La España Árabe.

Estaba España en sazón para la magna empresa. Habíanse sucedido las centurias en constante batallar de la Cruz contra



SAN FERNANDO.—Lucas Jordán pint.

la media luna con varia suerte; reducidos unas veces los cristianos hasta sus últimas trincheras, en las escabrosidades de los montes, rehechos en otras ocasiones y aunado el común esfuerzo para poder mantener señales de existencia en aquellos principados y reinos que se iban alzando como consecuencia de ese incansable batallar.

El Africa había vertido de vez en vez sus hordas sobre la Península, para mantener el equilibrio en la lucha incesante. Pero la derrota de las Navas había marcado el punto culminante del desconcierto de los moros y sellado el período de decadencia del imperio de los almohades.

Todo presagiaba el feliz suceso que había de abrir al santo rey, en su más alto sentido, las puertas de la inmortalidad. El pontífice Gregorio IX había concedido los honores de cruzada a la empresa de Fernando contra los sarracenos. Paralelamente al esfuerzo de Castilla, Aragón y León guerreaban también incansablemente contra los régulos que habianse declarado autónomos después del hundimiento del gran imperio político que fundara Abderrahman Anasir Ledinala.

La gran trayectoria de Fernando.

Recorrian ahora las armas de Castilla la trayectoria, a la inversa, que siguieron las cimitarras agarenas, ébrias de sangre y conquista en el alborear de la invasión de Muza y Taric: la imperial Toledo, en donde alzaríase un templo al Todopoderoso, asombro de las generaciones; Córdoba; la sultana, regada con la sangre de tantos mártires de Jesucristo, escenario de las últimas convulsiones de un imperio caduco y afeminado; Murcia y Jaén; Sevilla, la Salem del pensamiento cristiano de aquel tiempo... Quedaba en pie un reino minúsculo, Granada, la Garnata de las moriscas leyendas, hermo세ada por Alhamar, el artífice brujo de su incomparable Alhambra, como quedara en otro tiempo, con más eficiencia, un refugio en los montes astures, al pensamiento reconquistador de la Edad Media, mitad guerreador y mitad ermitaño...

Había gemido la cristiandad cuando despojara Almanzor de sus campanas a la basilica del Apóstol, y esas campanas transportadas hasta Córdoba, en hombros de cristianos cautivos, servían de lámparas en la gran aljama. A por ellas fué el santo debelador y pudo restituirlas en hombros de moros cau-

tivos, al templo de las grandes peregrinaciones medievales.

Era, pues, el momento digno de un corazón como el de Fernando y merecedor ese corazón de las grandes empresas que le deparaba su siglo. Punto de enlace entre el despertar del pueblo romano-visigodo en el monte Auseba, y la última insigne proeza de Isabel y Fernando V, única empresa que restóle al monarca, tercero de ese nombre, realizar para el complemento de su gran pensamiento social y político; con la reputación de sus grandes virtudes, depuradas por todos los juicios de la Historia, tiene sobrados títulos para vivir eternamente en la memoria de los hombres, si no fuera suficiente el culto, que por permisión de Dios se le da en los altares. "Antes fenecerá España que faltar alabanzas a los autores de tan gran obra", escribió el historiador Lafuente, refiriéndose a la unidad nacional realizada por los Reyes Católicos. Extendamos esos elogios a Fernando III. Entre Pelayo e Isabel de Castilla fué San Fernando la figura más insigne de la reconquista peninsular.

Alabanzas a
la obra de
Fernando.

Si aún privaran los paralelismos a lo Víctor Hugo y Castelar, marcaríamos detalladamente los puntos de contacto de orden político, social y religioso que entrevemos entre Fernando III, San Hermenegildo, Almanzor y, singularmente, Luis IX de Francia.

Análisis del
paralelismo.

Como el mártir de Sevilla, fué San Fernando objeto de la saña y la persecución del autor de sus días. Tuvo, empero, más fortuna que el príncipe visigodo, y merced a las grandes dotes políticas de una de las más insignes reinas de Castilla, su madre Doña Berenguela, pudo deshacer el nublado de las paternas discordias y concentrar todos sus esfuerzos en la gran obra de la reconquista, sublime empresa a la que, con grandes voces, le llamaba el Cielo.

Como Almanzor, había nacido para guerrear; pero sin olvidar por un momento su gran idea política y religiosa, dando ejemplo a los pueblos de austeridad y sacrificio, desterrando de sus cohortes todo escándalo y toda licencia, mostrándose, a la vez, esforzado y caritativo, cuidando con paternal solicitud de la vida del alma y el cuerpo de sus soldados, anticipándose en estas empresas a Doña Isabel de Castilla y siendo por todos conceptos el primero en el peligro y el último en el descanso.

En cuanto a su semejanza en el orden religioso, político y social con Luis IX, bien podemos decir con el citado Lafuente: "Si Chateaubriand llama a Luis IX "el hombre modelo de la Edad Media", porque en su persona se ve un legislador, un héroe y un santo, nadie niega a San Fernando ni lo de santo, ni lo de héroe, ni lo de legislador." Por otra parte, en la sencilla exposición de ambas vidas y empresas que en las mismas vinculó la fama, resaltará automáticamente, con trazos insuperables, el áureo paralelo.





VI

La prudencia en la mujer cristiana.



IRSO de Molina, el inmortal fraile dramaturgo, de bió impersonalizar su genial comedia *La prudencia en la mujer*, para que pudiéramos aplicar el concepto a varias hembras nacidas en Castilla, lo mismo a las que gobernaron esta tierra, como a las que reinaron en extraño suelo.

Dos fragantes flores de los jardines de Castilla.

Y adjudicaríamos el ejemplo, en **primer** lugar, a la madre de Fernando III, en quien **resplandecen** todas las perfecciones de la mujer cristiana, con más una templanza y un tesón firmísimos, heredados de las mujeres ejemplares de la Biblia, envuelto todo en ese "algo" indescifrable y peculiarísimo de la matrona de Castilla, correspondiente a los tiempos heroicos de la raza.

Para gloria de España ofrece, pues, la Historia otro elocuente paralelismo entre aquellas dos insignes hermanas doña Berenguela y doña Blanca, madre esta última de San Luis. Tan ac-

tiva y eficazmente una como otra, coadyuvaron poderosamente ambas en la consolidación de las inmensas virtudes de esos dos ilustres reyes, en primordial sentido, y en la denodada y sagacísima defensa de sus respectivas coronas, en segundo lugar.

Tierna co-
rresponden-
cia filial.

Tan colmada de acrecentamientos físicos y morales como desgraciada en su matrimonio, doña Berenguela vió anulado su enlace con Alfonso VII de León (IX de Castilla), por sentencia pontificia fundada en impedimento de consanguinidad. No acarició esta gran reina, desde aquel momento, otra idea que el engrandecimiento de su hijo Fernando. Bien merecía esta predilección el nobilísimo príncipe. Por su buen natural cuando era niño, le pronosticó San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, las mayores felicidades.

No caía en terreno estéril aquel tesoro de ternura maternal. Era tanto el amor que Fernando profesaba a su madre, que siendo ya rey, como le hicieran observar sus cortesanos lo que ellos entendían exagerado celo filial, les dijo: "Cuando deje de ser hijo, dejaré de ser obediente" (8).

Berenguela
pone su co-
rona en las
sienes de
Fernando.

Al declararse nulo su matrimonio, doña Berenguela se retiró a la Corte de su hermano Enrique I de Castilla, quedando en León con su padre, Fernando. Pero muerto Enrique I, sucedióle en el trono Berenguela, y con prevención sagacísima, ocultó el suceso al rey su marido, recelando no aspirase al trono de Castilla. Como Fernando contaba diez y ocho años, pidióselo Berenguela a don Alfonso, con pretexto de la rivalidad que suscitábase la ambiciosa familia de los Lara; pero no bien llegó a su lado su amado hijo, renunció en él la corona de Castilla.

Fernando
pone su co-
rona a los
pies de Jesu-
cristo.

Con ejemplarísima virtud puso Fernando esa corona, entre esplendorosa ceremonia en la iglesia mayor de Valladolid, a los pies de Aquel Rey de reyes y Señor de los señores que domina en los tronos y las dominaciones del Cielo y de la tierra y que acababa de poner en sus sienas la corona de Castilla.

Luchas do-
mésticas.

Causó en el ánimo suspicaz y receloso de Alfonso imponderable impresión la conducta de Berenguela, y entróse por tierra de Castilla, llevándolo todo a sangre y fuego. Esposa e hijo le brindaron insistentemente con la paz. Desoyóles don Alfonso y fué derrotado en dos encuentros. Ibase a librar un tercer combate, cuando más y más enternecido el joven rey de Castilla, a

vista de la fratricida contienda, escribió a su padre en términos tan razonables, comedidos y piadosos, que se avinieron, al fin, padre e hijo y concertaron la paz.

Escarmentada del suceso de su propia vida, apresuróse doña Berenguela a buscar en el extranjero esposa a su hijo Fernando, hallándola en Beatriz, hija de Felipe, rey de romanos; aquella dulce y piadosa amiga y confidente de Gregorio IX; *nobilis, pulchra, composita, prudens, dulcísima*, prendas de que, muy justamente, la adornó un insigne historiador y prelado.

La angelical
esposa de
Fernando.

Y desde aquel instante dedicóse el santo rey a la magna empresa que, para gloria del Catolicismo y engrandecimiento de España, le había asignado la providencia de Dios.





VII

Proezas de alto renombre.—La vida y la muerte de un rey santo.

Fernando,
martillo de
los moros.



GUERREAR, siempre guerrear: arrebatat a los moros las preciadas conquistas que fueron los más ricos florones de la corona de Castilla; despojarles de reinos y ciudades, villas y castillos, valles y montes, arrollándoles hasta los últimos extremos de la Península; erigiendo templos al verdadero Dios; repoblando pueblos; dictando sabias leyes; dejando por doquiera el concepto elevadísimo de aquella invencible fuerza con que recompensaba el Altísimo tantos siglos de lucha, tantos siglos de tesón y fe, tantos siglos de sufrimientos y afanes.

Llevaba el santo rey en el arzón de la silla una imagen de la Santa Madre de Dios (9) y a su virtud adquiría aquel brazo robustez de titán. Llevaba en la mente un prodigioso pensamiento político y en los labios frases de perdón para el vencido; y para el adversario contumaz, esfuerzos inauditos en el alma.

Correspondían a esos generosos pensamientos todos los de-

más impulsos: el jurídico, singularmente, siguiendo a Fernando en sus empresas doce *homes sabidores* para aplicación de las leyes, comienzo del Real Consejo de Castilla, pues además de glorioso guerrero, mostróse Fernando insigne legislador, como lo atestiguan la confirmación del Fuero de Toledo, el que dictó a la ciudad de Córdoba y la declaración del Código de los visigodos, que por primera vez hizo trasladar del idioma latino al castellano o vulgar.

Fernando,
legislador.

Consagró dos días a la semana a dar audiencia a cuantas personas las solicitaban, resolviendo por sí mismo todos los pleitos y causas.

Para aumentar el poder del estado llano y abatir a la nobleza, organizó las milicias concejiles y los gremios, e instituyó los jueces reales o merinos que administraran justicia, despojando a los señores feudales de esa prerrogativa; y gobernadores que representarían la autoridad del rey en las provincias.

La autoridad de estos últimos, dice la Ley de Partida, es muy grande; "cá son puestos por mandato del rey sobre todos los merinos". Tenían, pues, atribuciones jurídicas al mismo tiempo que las civiles y militares de los duques y condes visigodos.

Una verdadera epopeya fué la vida de este monarca; epopeya que culminó en la conquista de Sevilla, ciudad que guarda, fiel y agradecida, cristiana y españolisima, sus restos venerandos.

La epopeya
del guerrero.
El pensa-
miento del
santo.

En treinta y cinco años que duró su reinado, no sitió plaza que no se le rindiera, no dió batalla que no ganase. Y con ser tan grande su ideal patriótico, y su pensamiento político tan definido (solemne mentís a la errónea afirmación que discierne inconsciencia de esos órdenes en las empresas guerreras de la España cristiana medieval), más grande era aún su ideal religioso. Preguntósele la causa probable del éxito de sus armas, superior al triunfo de sus antepasados, y respondió: "Quizá mis mayores cuidarían más de conquistar provincias para sí, que de ganar reinos para el Cielo." En el rodar del tiempo, Isabel, la gran reina de Castilla, ponía también su pensamiento en esa pugna de ganar ante todo almas para el Altísimo. En corroboración de aquel designio, jamás dejaba de pronunciar el santo rey, al entrar en las batallas, aquellas frases del Pro-

feta: *Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo.*

Vemos aquí, pues, la trayectoria de aquel gran pensamiento social y religioso que abrió a España, después de cruzada de siglos, las puertas de un Nuevo Mundo.

Córdoba, la
sultana.

Cuando por muerte de su padre heredó el reino de León, pudo Fernando conceptuarse uno de los monarcas más poderosos de la tierra. Y dueño de tan vasta monarquía, condensó todos sus esfuerzos en la santa empresa de sojuzgar del todo a los moros hispanos.

Ante el empuje arrollador de sus armas, cayó Córdoba, la sultana del Mediodía, la sede rival de la Meca y Damasco, la pobladísima urbe, emporio de las ciencias y las artes, cuando Dios quería; la somnoliente ciudad, cantada en áureos versos por los más inspirados poetas musulmanes. Y purificada su gran aljama, entonáronse en ella cánticos de triunfo y alabanza al Dios de las victorias, que así recompensaba con la devolución de tan preciada joya tantos siglos de aherrojamiento y esclavitud.

La rendición de esa ciudad y la entrada en la misma de las huestes de Fernando, fué para el mundo cristiano trasunto de la conquista de la Salem codiciada por los soldados de la Cruz, y para el mundo musulmán un desgarramiento en las propias entrañas y un ay esquiliano de inmenso dolor.

El sitio de
Sevilla.

Estaba reservada a San Fernando la plenitud del triunfo con el abatimiento sumo del adversario. Murió en el Guadalete el amir de los Gazules, y en Almería, por fuerza de infame traición de los suyos, el noble rival Aben-Hud. Juró a Fernando pacto de amistad y apoyo Alhamar, el fundador del reino granadino. Y con estos antecedentes y presagios, puso sitio a la ciudad prodigiosa que recuesta en las márgenes del Guadalquivir su indolencia musulmana.

La gesta medieval árabe-andaluza y los poetas cristianos hallaron ancho campo en que lucir sus ingenios en aquella epopeya de la conquista de Sevilla, en la que tantas ilustres figuras desfilaron y en la que tantos prodigios se sucedieron.

El milagro.

Velaba en oración el santo rey, en el silencio de la alta noche, en uno de aquellos templos que había ordenado erigir en sus reales (10). Ya se le había aparecido San Isidoro para asegurarle

la victoria final como premio a su esforzada constancia. Estaba Fernando en éxtasis, ante una imagen de la Santísima Virgen, cuando, inspirado por celestial designio, se halló solo en los reales y se encaminó por la puerta de Córdoba a la ciudad sitiada. Apareciósele un hermoso mancebo y le condujo. Abriósele la puerta, y acompañado de tan gentil aparición, se dirigió a la mezquita mayor, en donde, por singular providencia de Dios, había una imagen de la Virgen, que adoró Fernando; restituyéndose después con la misma tranquilidad a su campo.

Siglos después, otro esforzado guerrero, Pérez del Pulgar, había de repetir la proeza, poniendo la inscripción del *Ave María*, sublime salutación de nuestra bendita fe, en la puerta principal de Granada.

Figuras prominentes del asedio fueron, además del hijo primogénito del rey, el futuro Alfonso X el Sabio y los caballeros más notables de León y Castilla, el gran don Ramón Bonifaz, burgalés insigne, hábil y entendido marino, quien con sus naves vizcainas derrotó una armada de más de treinta galeras moriscas que llegaban de Ceuta y Tánger en socorro de los sevillanos; y el rey Alhamar, que había acudido al cerco con sus lanzas granadinas. Rendida la ciudad, tornó éste a sus lares, entristecido de aquel esfuerzo del propio valer rendido en pro del enemigo mortal de su religión y de su raza.

Entregóse al fin, la ciudad tras tan denodado esfuerzo y conjunto de prodigios, y el derrotado valí Abul Hasan marchóse al Africa a llorar su desventura, mientras resonaban en la mezquita mayor de Sevilla los cánticos solemnes y conmovedores de la liturgia cristiana.

“Del corazón puro procede el fruto de la buena vida“, dice ese divino libro *De la imitación de Cristo y desprecio del mundo*. Esas palabras se escribieron para seres como Fernando III. Reinar en sí mismo por la santidad, habría que añadir, es mayor y más grandiosa empresa que reinar en millones de súbditos por la fuerza. El dominio de sí mismo por las buenas obras posee, además, la virtud de extender esa jurisdicción de realeza automáticamente sobre la conciencia de los demás, con los beneficios incalculables de orden moral que de ese reinado se desprenden. Las vidas de esos insignes santos que se llamaron

Sevilla se entrega al Rey santo.

Reinar en sí mismo por la santidad.

Francisco de Asís, Francisco Javier, Tomás de Villanueva, escogidas al acaso, ofrecen enseñanza provechosísima de la gracia que ejerce con su ejemplo la santidad. Y si esta santidad la vemos condensada en vidas de hombres de gobierno, como esos privilegiados reyes que inmortalizaron con sus virtudes sus reinados, medítese hasta qué punto provechosísimo llegará la cosecha del buen ejemplo.

La predicación más elocuente.

Porque no hay mejor predicación que la de la propia conducta. Si ante aquellos santos faunaturgos que despreciaron todas las comodidades de la vida; que hicieron desdén de las preeminencias y los fueros que les prestaba su posición social; que mostraron los carismas de la más austera penitencia en las propias señales de extenuación y vencimiento de la carne, siéntense las muchedumbres subyugadas y vencidas, ¿qué no sentirán, qué no habrán sentido, ante el proceder de aquellos reyes santos, verdaderos representantes del Rey de los Cielos, por el conjunto glorioso de sus ejemplares virtudes; qué admiración, qué amor y emulación no sentirían los súbditos de Fernando III ante las magnas proezas de todo orden realizadas por el santo rey?

La caridad del gran rey.

Veíanle fundar hospitales, casas de refugio y misericordia y le veían en campaña haciendo oficios de enfermero con los soldados heridos. "En los pleitos de los pobres—dice un historiador—era su abogado, y en las necesidades su padre." Introdujo entre los reyes de España la piadosa costumbre, en recuerdo de la sublime y amorosa escena que precedió al drama del Calvario, de servir por sus manos el Jueves Santo la comida a doce pobres, lavándoles y besándoles los pies.

¡Oh reyes católicos de esta España piadosa! ¡No dejéis que se entibie nunca esta caridad en vuestros magnánimos corazones, ni echéis jamás en olvido que esa cristiana costumbre fué introducida por un rey gran amigo de Dios!

Preguntado San Fernando poco antes de morir en qué forma quería se le erigiese sepulcro y estatua, contestó: "Mi vida, sin reprehensión ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras..., ésas sean mi sepulcro y mi estatua."

El glorioso tránsito.

Fué su muerte fidelísimo trasunto de su vida. Las fatigas del sitio de Sevilla habían agotado sus fuerzas. Proyectaba llevar

sus armas contra los moros de Africa, cuando acometido de mortal enfermedad, depuso todo cuidado de la tierra, comprendiendo que ya estaba cumplido su glorioso destino en la vida y que Dios, misericordioso, habíale prevenido más glorioso destino.

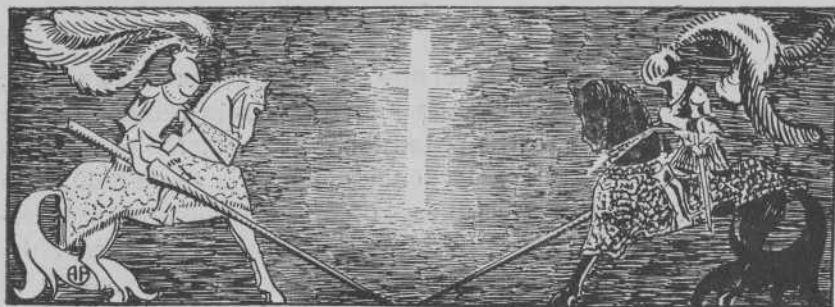
Administróle su confesor, el obispo de Segovia, el Viático. Para esta sublime al par que sencilla escena, dispúsose con una soga al cuello, postrado en tierra, teniendo en las manos un crucifijo. Llamó a su segunda mujer, Doña Juana, y a sus hijos, y se despidió de todos con hermosísimas consolaciones y sabios consejos. Pidió perdón a los rico-homes por las ofensas que pudiera haberles inferido, y todos, embargados por el llanto, respondieron que no tenían agravios que perdonar, sino muchas mercedes que agradecer. “¡Oh Señor y Dios mío!—dijo—. ¡Cuánto habéis sufrido por mí, y yo, desgraciado, ¿qué es lo que he hecho por amor de vos?” Hizo entrar a sus capellanes, que entonaron el *Te-Deum*, y al segundo versículo, rindió su alma al Creador, el jueves 30 de mayo de 1252.

Así volvió a florecer la santidad en el trono de Recaredo, y así fué el glorioso tránsito de uno de los más insignes monarcas que registra la Historia, “rey verdaderamente original y admirable—decimos con sabio apologista—que, contra el estilo regular de la Divina Providencia, hizo escala para el Cielo de las mayores prosperidades”.



LA ÚLTIMA COMUNIÓN DE SAN FERNANDO.—Ferrant pint.

EL SEGUNDO PUEBLO DE DIOS



I

Se acentúa la espiritualidad de la mujer en la Historia.



A través de los más resonantes fastos de la Historia, persevera la misión providencialista y la regeneración social de la mujer cristiana. La hemos visto mudando la faz del mundo pagano, con la educación de Constantino; sufriendo, como esposa, los últimos estigmas de unas costumbres depravadas y los postreros usos de una sociedad corrompida, triste concepto en que se tenía a la compañera del hombre; y ello, no obstante, fulgurando con los destellos de la cruz de nuestro divino Salvador, los resplandores de su corazón que irradiaron hacia Jerusalén, en donde yacía el inapreciable tesoro de la cruz.

La hemos visto inculcando en el corazón de otro príncipe la semilla de la doctrina purificadora del Crucificado y desterrando los rescoldos de una herejía que la mancillaba; llevándole al sacrificio y elevando su nombre a la inmortalidad. La hemos visto, en fin, sagaz y afortunada, matrona insigne, disputar y hacer

El alborear
de Santa
Clotilde.

triunfar todos los derechos del hijo querido, rey heroico y santo...

Y la vamos a ver haciendo resplandecer la religión divina en otro gran pueblo, cambiar también en el mismo el aspecto político y religioso; pues, efectivamente, por la santa inducción de una mujer lució asimismo en Francia el esplendor de la religión católica y pudo esa nación dar testimonio irrefragable, contra todas las vicisitudes y todas las confrariedades de la vida, hasta el martirio de Luis XVI, de la firmeza de aquellos sentimientos.

Como anunciadora de la Edad Media coloca la crítica histórica a Santa Clotilde. Bien ha podido observarse que a duras penas dispensó Roma, que relegaba la mujer propia al gineceo, a ese ser justicia; ni Grecia, la de las treinta mil deidades inmorales, cuando, por el contrario, la Edad Media la concedió la gracia.

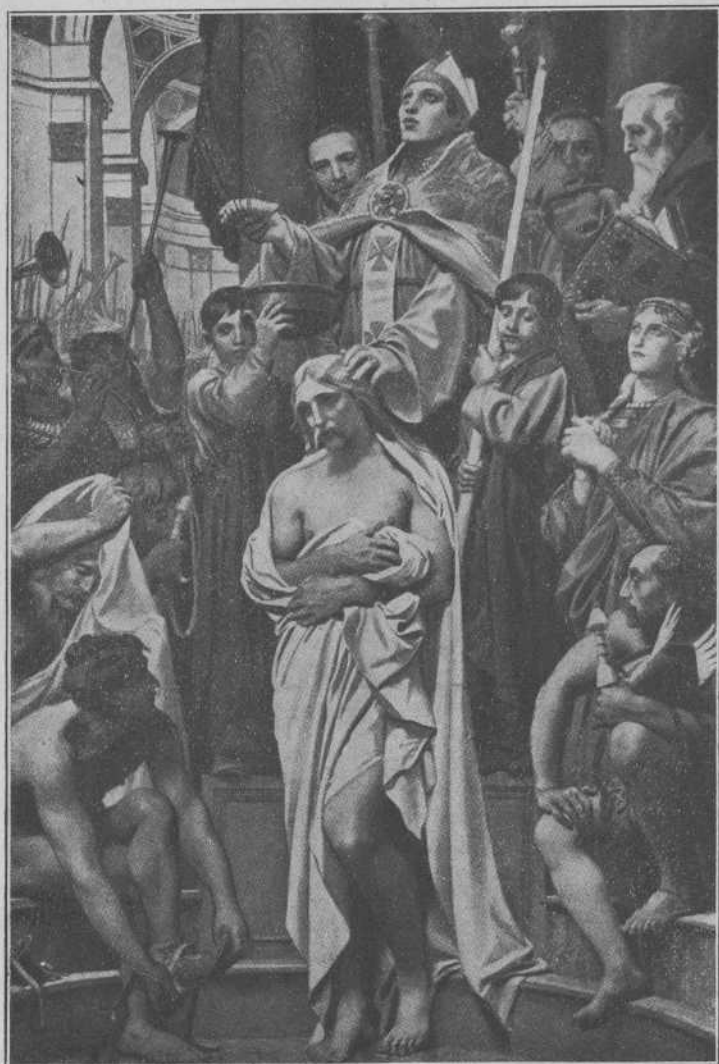
Curiosas observaciones, por otro concepto, son las que paran mientes en ese proceso de la predestinación, que sobre las ruinas de los pueblos más antiguos y privilegiados del mundo establece la plenitud de la Iglesia, que extiende su esplendor y sus conquistas a compás de la extensión que van alcanzando en el derrotero de la civilización, por el que la impulsa la moral cristiana, los pueblos surgidos de los bosques tenebrosos del Septentrión.

La civilización del mundo antiguo la compartían en el advenimiento de Jesucristo tres pueblos que tenían así repartidos sus papeles: un pueblo, precisamente el predilecto de Dios, que ostentaba la santidad y las tradiciones; otro, Grecia, que reflejaba el resplandor del genio, y un tercero, Roma, sinónimo de la majestad y el poder. ¿Y qué recibimiento halló Jesucristo en esos pueblos, antorcha de la civilización, lumbrera de las tradiciones, luz del dominio y la legislación? El primero respondió al llamamiento de Dios sacrificando a su Hijo; Grecia inició el periodo de las disputas teológicas, de que aún es contumaz ejemplo la raza bizantina, y Roma arrojó los cristianos a las fieras.

Para abatir ese nefando orgullo, de las regiones glaciales del Polo, de las estepas del Asia, de las arenas del Desierto, surgen nuevos pueblos que se lanzan al castigo y a la conquista del mundo, Legiones de bárbaros inundan las comarcas de

La cruz flota sobre las ruinas del paganismo.

Las antiguas civilizaciones.



BAUTISMO DE CLODOVEO.—Joseph Blanc pint.

Europa. Un destino oculto y desconocido las impele. Y sobre las ruinas humeantes de una sociedad corrompida por el paganismo y todos los vicios infames se eleva un mundo nuevo, pleno de promesas redentoras. La Cruz se abre camino.

¿De qué instrumento se vale Dios—preguntamos con un libro devotísimo francés—para establecer la fe católica en Francia? De una mujer. Esta mujer predestinada es Santa Clotilde.

Divino lazo
fraternal.

El infortunio la había mecido en su cuna. La desolación fué la musa que entonó en torno suyo las estrofas del dolor y de la muerte.

Era hija del rey católico Chilperico, muerto a mano airada por su hermano Gondebardo o Gunebaldo. Dotada de conjunto extraordinario de hermosas virtudes, constituía Clotilde el objeto de la admiración de los príncipes de su tiempo. Pero eligió entre todos a Clodoveo, rey de los francos, por sugerirle su corazón que aquel enlace sería trasunto felicísimo de la mutación que la santa princesa aguardaba alcanzar, en el orden religioso, de un gran pueblo.

Paralelismo
de dos gran-
des nacio-
nes.

Obsérvese la coincidencia en la acción católica de las dos grandes naciones que se repartieron la influencia de la civilización en el mundo: herederas ambas de la cultura latina (idioma, legislación, usos, costumbres), que completó, que perfeccionó, que acrisoló la doctrina purificadora de Jesucristo.

En ambos pueblos ese paralelismo entra de lleno, por consiguiente, en la esfera del providencialismo histórico, que elige a la mujer, rescatada, redimida por la gracia del Evangelio, para inductora en esa profunda renovación de los sentimientos religiosos, que al través de las centurias ha de seguir señalando huella perdurable hasta culminar en un mismo siglo en monarcas que habían de ser asombro de todos los tiempos.

¡Hermosa fecundidad! ¡Insigne paralelismo! A Santa Clotilde en Francia, corresponde en España la princesa Ingunta, esposa de Hermenegildo; a Fernando III, en Castilla, Luis IX, en el solio francés.

Congratulémonos de esa similitud, que aproxima ambas naciones en la esfera de la civilización y los sentimientos del alma, con más pujanza y arraigo que todos los lazos circunstanciales de la diplomacia y la política.



II

Cómo nació el pueblo francés a la gracia.—El bautismo de Clodoveo.—Este pone su corona a los pies del Vicario de Jesucristo.



ESDE que se solemnizaron los desposorios de Santa Clotilde y Clodoveo en Soissons, en 493, no tuvo otro pensamiento esa santa princesa que el de desterrar del corazón de su esposo las nefandas nieblas y los vínculos del paganismo. Percatábase la piadosa princesa del papel importantísimo que la había reservado el

Estrella de la santidad.

Cielo. Todos los carismas de la gracia parecían haberse condensado en tan gentil soberana para la prosecución del magno triunfo. Se aislaba y se abismaba Clotilde, entre aquella sociedad idólatra, en los misterios sublimes y fundamentales de nuestra bendita religión. Mar inagotable llama a esos sentimientos, sublimados por la caridad, un piadoso escritor. No consiguió bañar en ese mar su alma sino a costa de muchas lágrimas y perseverante el corazón, siempre vigilante y despierto.

Otorgóla el Cielo el magno triunfo, y Clodoveo pudo recibir

las aguas bautismales en Reims, en la Nochebuena del año 496. Dichoso pueblo, que nacía a la gracia bautismal cuando se conmemoraba el natalicio del Hijo de Dios! Famosa es aquella gráfica e ingenua frase de Clodoveo, cuando se le leía el Evangelio, en que, al llegar al momento de la pasión de Jesús, desbordóse su alma sencilla en este arranque efusivo: ¡Ah, si yo hubiera estado allí con mis francos!”

La conversión.

A ejemplo del Rey, la nación se convirtió en masa con tal entusiasmo, que los francos se llamaron a sí mismos “el segundo pueblo de Dios”.

Pero a la conversión del rey antecedieron curiosas particularidades.

Santa Clotilde hizo bautizar su primer hijo; pero habiendo enfermado y muerto, dijo el monarca: “No muriera el niño, si estuviera consagrado al dios de mis padres”. No obstante esa recriminación, al dar a luz su segundo hijo, también le bautizó Clotilde, y habiendo asimismo enfermado, aseguró el rey que también moriría por haber recibido el bautismo.

Pidió a Dios la santa reina, con lágrimas y oraciones, la vida de este otro infante y le fué otorgada. Dios había ya probado su fe en el crisol de los grandes dolores. A poco, hallándose Clodoveo empeñado en la sangrienta batalla de Tolbiac, contra los alemanes, cerca de Colonia, uno de sus lugartenientes, Aureliano, le dijo: “Invoca, señor, al Dios de Clotilde, que te dará la victoria.” Alzando las manos al cielo, el rey exclamó: “¡Jesús, Tú, a quien Clotilde me anuncia como Hijo de Dios vivo; Tú, que según ella afirma, proteges a los desdichados, escúchame, porque te imploro: quiero creer en Ti; concédeme la victoria, para que tenga fe y reciba el bautismo!”

Victoria de Clodoveo.

Ante aquella invocación, que corrió por las filas del ejército de Clodoveo como inmensa sacudida de todos los músculos de gigantesco cuerpo humano, enardeciendo la sangre del mismo, los galos católicos, que formaban en las haces de aquel ejército, sintieron, junto a su proverbial ardimiento de guerreros, crecer sus sentimientos religiosos y ya nada pudo oponerse a la acometida de aquellos hombres creyentes.

Cómo combatían las legiones católicas.

No era la primera vez que los católicos decidían de la suerte de una batalla. Desde los tiempos ominosos del cesarismo ro-

mano, las cohortes cristianas eran las más aguerridas y valientes de los ejércitos. ¡Cuántas veces, después de hacer morder el polvo al enemigo, fueron inmoladas esas invictas cohortes cristianas, por la tiranía idolátrica de aquel mismo cesarismo a quien servían! ¡Cuántas otras los guerreros vencedores se entregaron a la cuchilla del verdugo, en el mismo campo de batalla, confesando a Jesucristo, nuestro bien, antes que rendir acatamiento a los ídolos!...

Empero no sucedía ahora lo mismo. El ardimiento de los galos católicos era el complemento de las oraciones de una princesa santa, que imploraba, en tanto, el auxilio del Altísimo, en su magna empresa de completar la conversión del rey.

La Cruz busca el corazón de Francia.

Quedó derrotado el enemigo, y sobre el polvo que levantaba en su huida, se alzaban los contornos de la cruz de Cristo, que avanzaba triunfante hacia el corazón de Francia, adueñándose, para civilizarlo, de ese territorio que se apellida con devota y justificada jactancia "el segundo pueblo de Dios".

Lograda la magna empresa, ya Clodoveo fué el monarca cristiano que se distinguió más por su acatamiento a la influencia civilizadora y salvadora de la Iglesia. Erigió en París el templo mayor de San Pedro y San Pablo, llamado después de Santa Genoveva. Le inculcó su santa esposa gran devoción a San Martín y fué muchas veces a Tours a postrarse en oración ante la tumba del santo.

La piedad de Clodoveo.

En 511 reunió en Orleans un Concilio que vino a ser la confirmación solemne de su alianza con la Iglesia. En esa asamblea no sólo se mostró condescendiente con el clero, sino que le otorgó, entre otros, el hermoso derecho de asilo. Los obispos le concedieron en cambio los derechos de regalía, y Clodoveo envió al Pontífice la corona que le había regalado Anastasio, emperador de Oriente, que, andando el tiempo, fué la primera de la Tiara.

El Concilio de Orleans.

Poco después, en noviembre de aquel mismo año, murió Clodoveo, dejando echados los cimientos del que posteriormente se ha llamado Reino de Francia y del que, en realidad, fué el primer soberano.

Muerte de Clodoveo.

Clodoveo dejó, fruto de su vida pasional anterior a su conversión, una descendencia numerosa, que se disgregó, erigien-

Luchas domésticas

do tantos reinos cuantos eran los hijos varones que había dejado aquel rey. Pero después de larga serie de peripecias y vicisitudes, cuyo examen escapa a nuestro propósito, en el año 560 reunióse nuevamente la monarquía francesa en las sienes de un solo merovingio: Clotario, el menor de los hijos de Clodoveo.

La viudez de una santa.

Pasaba Clotilde el resto de sus días consumida de dolor, a vista de las disensiones, rivalidades y tragedias suscitadas entre sus hijos, en Tours, sobre la tumba de San Martín (11), que regaba la santa reina con sus lágrimas, enteramente entregada a ejercicios de oración, limosnas, vigiliass, ayunos y otras penitencias.

“He ahí—decía San Gregorio de Tours—la vida de la hija de un rey, mujer de un rey, madre de varios reyes, pasando las noches en oración, sirviendo a los pobres, consolando a los afligidos, asistiéndoles en sus necesidades con sus bienes, protegiendo a las viudas y a los huérfanos.”

Las amarguras de la santa reina.

La aflicción buscaba el camino de su alma, con las turbulencias de sus hijos. Su hija única, nombrada como la santa, Clotilde (caso anticipado de nuestra doña Catalina de Aragón), esposa del rey de los visigodos, Amalarico, era cruelmente tratada por este monarca arriano, hasta el punto de tener que tomar las armas para defenderla los hermanos de la desventurada princesa (12).

Muerte de Santa Clotilde.

Oraba Santa Clotilde cierto día sobre la tumba de San Martín, cuando un presentimiento de Dios anuncióla que moriría en un plazo de treinta días. Envió a llamar a sus hijos y les exhortó a observar los mandamientos de Dios, proteger a los pobres, reinar como padres sobre sus pueblos, vivir en unión y conformidad recíprocas, y amar y procurar siempre la paz y tranquilidad de sus Estados. A los treinta días de su enfermedad recibió los Sacramentos; hizo protesta pública de su fe y expiró con la tranquilidad y ejemplar muerte de los santos, siendo sepultada por orden suya en la iglesia de Santa Genoveva.

Tal fué la vida de la mujer ejemplar que atrajo sobre el alma de la Francia las bendiciones de Dios.



III

En las Cruzadas lavó la Cristiandad sus grandes culpas y se recogió el cumplimiento de las profecías de Jesucristo.



EMÍA nuevamente el mundo cristiano bajo el aplastante peso de sus culpas e iniquidades.

Abominaciones en la Edad Media.

Ya no era el sofisma el agente socavador de las creencias. Era un olvido casi total de todo principio de moralidad y de justicia, que sofocaba los cimientos de la sociedad, se adueñaba de las conciencias y hacía bambolearse

el edificio esplendoroso de la redención humana.

Había salido la humanidad de los terrores del Milenario, llenos de visiones macabras, en que creyó aquélla vislumbrar los evidentes signos del cumplimiento de las terribles profecías del Apocalipsis, y entregábase nuevamente al desatado mar de sus desordenadas pasiones, aflojándose todos los resortes de la sociedad; erigiéndose el egoísmo en dogma de las conciencias; borrándose las palabras justicia y razón del humano léxico y llevándose el desenfreno y la licencia hasta punto tan inconcebi-

Los terrores del Milenario.

ble, que, remedo el Occidente de Europa de las ciudades de la Pentápolis, abrasadas por el divino fuego, necesariamente requería un acto de la justicia de Dios, para purificarse y redimirse de conjunto tan monstruoso de abominaciones y de infamias.

Y, efectivamente, surgió la sanción y se purificó y redimióse el mundo con el cauterio de las Cruzadas.

El tesoro de la fe.

Porque en medio de aquel estado caótico en que todo se confundía, Europa había conservado el inapreciable tesoro de la fe. Cuantas reivindicaciones se hagan de aquel convulso periodo de la Historia, tienen necesariamente que partir de ese hecho. Así pudo decir César Cantú que "la grandeza de la Edad Media no reside en el feudalismo y sí en el pensamiento católico, de donde nació el heroísmo y el sentimiento popular". Y la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, en la introducción a la *Vida de San Francisco de Asís*, dijo también que "la florescencia cabal de este reinado áureo, o de la soberanía de Cristo sobre el Orbe, fué sin disputa la Edad Media".

La plenitud del sentimiento religioso.

Redimió ésta a la humanidad, como se ha observado, de los errores del paganismo y de la opresión de la barbarie, haciéndolo merced a ese inapreciable tesoro de la fe, que daba uniformidad a los pueblos, que investía de autoridad incontrovertible a la Iglesia y que armaba el brazo del Sumo Pontífice para imponer el veto en las demasías de los reyes.

Hacen los historiadores pintura tan cabal y minuciosa del estado de las costumbres en aquellos siglos, que pasma y maravilla cómo no sucumbió Europa al peso de sus relajaciones o absorbida por el común enemigo que habíala amenazado por el Oriente y el Mediodía.

Pedro de Amiens.

La plenitud del sentimiento religioso salvó, pues, a la sociedad de la ruina que la amagaba y por ese mismo sentimiento pudo Pedro el Ermitaño, el humilde hijo de Amiens, hacer sacudir a los pueblos los vicios y abominaciones en que yacían y aprestarse a rescatar de manos de infieles los lugares sacrosantos de la redención del linaje humano.

Pedro había estado en Jerusalén, conmoviéndole extraordinariamente la vista de los Santos Lugares. En su alma se alzaron voces que supo condensar siglos después un poeta alemán, en las siguientes palabras: "¡Llora, Jerusalén, llora! ¡Cuán olvida-

da te hallas! ¡La vida vuela y la muerte va a sorprendernos en nuestros pecados! ¡En los peligros y trabajos es en donde se gana la gracia! ¡Vamos a curar las llagas de Cristo! ¡Vamos a romper las cadenas de su país!“

A la voz de aquel anacoreta, que iba montado en una mula, con un crucifijo en una mano, desnudos los pies, descubierta la cabeza y vestido de un hábito grosero; voz que resonaba a manera de clarín militar, se conmovieron los príncipes, los barones y señores sacudieron su pereza, los prelados sintieron renacer el fuego del sacrificio; hasta los salteadores de caminos y todo hombre fuera de la ley, a la voz de Pedro, que decía: “Guerreros del diablo, convertíos en soldados de Cristo“, salían de sus cavernas y bosques y prometían incorporar sus brazos a la santa empresa.

En el Concilio de Clermont, presidido por el Papa Urbano II, y al grito de “¡Dios lo quiere!“, se decidió la empresa de la primera Cruzada.

Propagóse el fuego de esa ansiedad como reguero de pólvora. “Vendíanse—dice el historiador Michaud—las tierras a bajo precio; los artesanos, mercaderes y labradores abandonaban sus acostumbrados trabajos; los claustros quedaban desiertos... Desde Francia propagóse el incendio a Inglaterra, Alemania, Italia y España“ (13).

El fuego de las Cruzadas.

Trescientos mil hombres se reunieron, que llegaron a ser como la espuma que echaba de sí aquel hervidero, según gráfica frase de un historiador. Al frente de esa multitud se pusieron, entre otros, Pedro el Ermitaño y el valiente Gualtero; más a su paso por Alemania, Hungría y Bulgaria, cometieron grandes desmanes. En dos batallas, cerca de Nicea, fueron deshechos.

No era, pues, una fuerza desconocida la que impelía los pueblos del Occidente al Oriente, como siglos antes les impulsara del Norte al Mediodía y del Asia y el África a la Europa, aunque sí el mismo designio providencial. Existía en el gran movimiento de las Cruzadas la percepción clarísima y el objeto señaladísimo de expulsar a los mahometanos de los lugares que fueron escenario de nuestra redención. La Providencia de Dios halló en esa predisposición un nexo o nueva alianza con la humanidad, purgados los errores y extravíos de la misma. Se imponían

Nuevo nexo entre Dios y el hombre.

las peregrinaciones como penitencia. De los pueblos fundidos en un solo sentimiento por la uniformidad de la fe, partían interminables caravanas en derecha a la ciudad de los Césares, a prosternarse ante el sepulcro de los Apóstoles y recibir la bendición del Padre común de la Cristiandad, a orar en Compostela ante la tumba del Apóstol Santiago, a Jerusalén para llorar en los lugares testigos de los tormentos y muerte del Cordero immaculado...

“Al ir o al volver de la Tierra Santa—dice un historiador—visitaban Egipto, donde se condolían de la esclavitud de los hebreos, o buscaban los vestigios de la infancia de Jesús o las huellas de los primeros Padres del Desierto. En Palestina se prosternaban en cada piedra donde imaginaban que Cristo había podido poner el pie.”

¡Cuántos actos de heroica penitencia y acrisolada piedad!

La Salem
codiciada.

Jerusalén era la patria espiritual de los cristianos. San Jerónimo y Eusebio de Cremona habían fundado un hospicio en Betlehem, el pueblo santificado por el nacimiento del Dios vivo. Una dama romana había establecido un convento de mujeres en ese mismo lugar. Santa Elena había erigido un templo sobre el sepulcro de Jesús. Todo yacía profanado. Una mezquita se elevaba sobre los cimientos del templo de Salomón. Pero no obstante estas decepciones y las grandes dificultades que se oponían al acceso de los cristianos a esos santos lugares, lejos de entibiarse el ardor de las peregrinaciones, parecían aumentarlo.

Jordán de
sangre.

La primera Cruzada, obra de Pedro el Ermitaño, constituyó un Jordán de sangre, en que lavó el Cristianismo sus grandes pecados. Aquellas masas de seres humanos, juntas y apretadas en espeso haz, compuestas de hombres de todas las edades, de niños y mujeres, embarazados sus movimientos por toda suerte de impedimentos y obstáculos, cubrieron de huesos el camino que conducía a Jerusalén.

Leyenda
épica.

Siguióse el ejército más disciplinado de los caballeros teutones, francos y normandos, provenzales e iberos, comandados por Tancredo, Boemundo y Godofredo, nombres que suenan a leyenda épica, tal fué la magnitud de las proezas realizadas. Muchos sucumbieron al filo de las cimitarras agarenas. Mas lo soporta-

ron todo como castigo de Dios, por sus grandes culpas. Cayó sobre sus cabezas plomo derretido, estopas abrasando, hirviente pez, el terrible fuego griego; pero en el mismo día y hora en que había expirado el Salvador del mundo, entraron los restos de aquel ejército en la ciudad santa, en la Salem maravillosa, en el lugar de nuestra redención, en la augustísima cumbre en que plugo a la Omnipotencia de Dios ofrecernos el sacrificio del Verbo hecho carne.

Se repitieron los horrores de la destrucción de la ciudad por las legiones de Tito y Vespasiano. Setenta mil sarracenos su-

La toma de
Jerusalén.



TOMA DE JERUSALÉN POR LOS CRUZADOS.—C. Verlat pint.

cumbieron. “La oración y los sollozos—dice un historiador—reemplazaron luego en Jerusalén a los alaridos de la rabia y los quejidos de las víctimas.”

“Al tratar de adjudicar la diadema del reino conquistado, verdadera corona de martirio—dice doña Emilia Pardo Bazán—, todos pensaron en Godofredo, el perfecto cristiano, único que, una vez rendida la plaza, en lugar de bañarse en sangre sarracena hasta el pretal del caballo, se descalzó y corrió a postrarse ante el sepulcro de Cristo.”

Godofredo no quiso llevar corona y otras insignias reales,

pues le parecía indigno ostentar una corona de oro en donde el Salvador la había llevado de espinas, y se contentó con el título de Defensor y Barón del Santo Sepulcro.

El estigma

Pero el reino de Jerusalén degeneró bien pronto y se convirtió, por las impiedades y los abusos de los sucesores de Godofredo, en copia simiesca de la corrompida corte de Damasco. Murió Godofredo envenenado por el presente de un amir. Su hermano Balduinos adoptó los hábitos de molicie de los sarracenos, desposándose con mujer pagana. Sosteníase a duras penas el vacilante reino. Los vicios le consumían. Las hordas agarenas le asediaban. Y para contener ese Estado caduco, apenas nacido, Bernardo, el santo abad de Claraval, proclamó la segunda Cruzada.

La segunda Cruzada.

Seguía esta reivindicación del Cristianismo una escala ascendente en el orden social, incesantemente registrada por los eruditos y pensadores. Al primer movimiento, popular, siguió el de los barones y señores, el de la nobleza, en suma. Y a éste el de los príncipes y reyes. Ahora son cruzados el rey Luis VII de Francia, el César de Alemania, Conrado, la reina Leonor, seguidos de doscientos mil de sus vasallos. Pero malogróse trágicamente esta expedición. Las liviandades de los unos, las rivalidades de los otros, dieron de través con la empresa y siguió gimiendo el mundo cristiano ante los avances y conquistas de los sarracenos.

Consternación de la Cristiandad.

Cuando las turbas de Saladino profanaron la Ciudad Santa, Urbano III murió de pesadumbre; toda la Cristiandad se sintió conmovida; los sacerdotes recorrían plañendo las ciudades; resonaban las iglesias con las lamentaciones de Jeremías; todos veían en aquel golpe un castigo o aviso de Dios... Gregorio VIII, animado del deseo de formar una nueva Cruzada, logró que la ciudad de Pisa enviase naves para socorrer a Tolemaida, mientras que los genoveses enviaban embajadores a todas las cortes de Europa invitando a la reconquista de Jerusalén.

Barbarroja y Ricardo Co-razón de León.

Federico Barbarroja, aunque septuagenario, se puso al frente de esta tercera Cruzada. Pero habiendo perecido al atravesar el río Cidno o Calicadno (14), tomó el mando Federico de Suavia, que murió también en San Juan de Acre, "prefiriendo—dice César Cantú—perder la vida, a contaminar una santa peregrina-

ción con la incontinenencia que se le prescribió como remedio”.

Después de innúmeras disensiones y peripecias de todo género, cayó Tolemaida bajo los furiosos ataques del ejército comandado por Ricardo de Inglaterra.

Las hazañas de este héroe llenan la gesta heroica de aquel rutilante período histórico y le valieron el nombre de “Corazón de León”. Pero tuvo que volver a Europa, sin recobrar Jerusalén, después de pactar una tregua con Saladino.

La cuarta Cruzada, emprendida por Enrique VI, hijo de Barbarroja, constituyó otro desastre, por las divergencias de los cristianos. La quinta se desvió de su objeto, por entretenerse el ejército cruzado en la conquista del Imperio griego. La sexta la dirigió Andrés II de Hungría, bajo las inspiraciones de Honorio III. La expedición se dirigió a Egipto y conquistó Damietta. Terminó con la proclamación del impío Federico II, como rey de Jerusalén, por tregua con el sultán de Egipto, entre las maldiciones de los sarracenos y las lamentaciones de los cristianos (15). Terminada esa tregua, los musulmanes volvieron a entrar en Jerusalén, por las vacilaciones de los príncipes cristianos.

Las restantes Cruzadas.

De las Cruzadas han sacado los historiadores grandes enseñanzas. La primera Cruzada contuvo a los musulmanes, próximos a caer sobre el Occidente, y rechazó a la barbarie al corazón de Asia. La Corte de Bizancio, etapa obligada en la inmensa ruta de aquel gran desbordamiento, suministró a los cruzados noticias de los refinamientos artísticos, que se apresuraron a implantar en sus respectivos pueblos. Ha observado un historiador que del mucho guerrear nace la estimación mutua de los adversarios. Así se explica que los amires sarracenos pidieran ser armados caballeros a los barones vencidos y se sometieran a todas las reglas y fórmulas de instituciones eminentemente cristianas (16).

Filosofía de las Cruzadas.

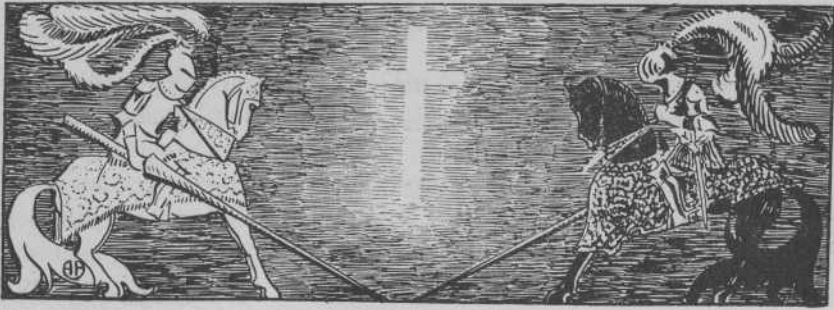
Hay una lección divina encerrada en las propias palabras de Jesucristo, al predecir la destrucción de la ciudad deicida. Contemplad ésta al través de la Historia, desde el momento en que se consumó la crucifixión y muerte del Hijo del hombre, y observaréis el cumplimiento inflexible de las terribles imprecaciones que perdurarán en la continuación de los siglos sobre la

Signo es de abominación la urbe deicida.

ciudad que negó al Hijo de Dios toda divinidad y a la caridad de los hombres todo derecho.

Signo es de abominación la urbe deicida. Perduran en su recinto los ayes de dolor de un pueblo que olvidó los preceptos del Altísimo, y será en vano que los cálculos egoístas de los hombres tejan proyectos y planes de resurgimientos sionistas. Recuérdese el solemne fracaso de Juliano el Apóstata. Pretendió este impío, en odio a Jesucristo, reedificar el templo. Pero todos sus esfuerzos—recuerda a esta sazón un historiador—fueron vanos, y sabido es cómo prevaleció la palabra de Aquel que es verdad contra todos los intentos de los poderes de la tierra; viéndose el mismo Juliano obligado a unir su testimonio al de Amiano Marcelino, que relata lo sucedido, y a confesar su impotencia.





IV

El santo rey de la Francia medieval. Luis IX ante la Historia.—Legislador, héroe y santo.



QUÉ diversidad de caminos elige la sabia providencia de Dios para la prosecución de sus altísimos fines! ¡Qué singulares contrastes nos ofrece la santidad!

En un rey, los triunfos bélicos sirven de provechosa lección para poner todos los amores, no en la vanidad de las cosas terrestres, sino en la inmensidad de la Sabiduría infinita. En otro rey, el fracaso de sus expediciones guerreras le aproxima al campo fecundo de la santidad, en el que deja, como reguero de perlas, que depurará la Historia; como lozanas flores de una fe jamás entibiada, sus lágrimas y sus suspiros y sus dolores; no arrancados precisamente por sus fracasos, sino por la perdurabilidad de la retención de una joya, Jerusalén, en poder de los infieles.

“Cada época—dijo Chateaubriand en sus *Estudios históricos*—tiene un hombre que la represente. Luis IX es el hombre

Viviente
poema de
abrasado
amor por la
Cruz.

modelo de la Edad Media. Fué un legislador, un héroe y un santo. Marco Aurelio mostró el poderío unido a la filosofía; Luis IX, el poderío unido a la santidad."

Sacrificio y dolor por la Cruz.

La santidad más que el poderío, diríamos nosotros, completando el pensamiento. Luis IX fué un hombre todo sacrificio y dolor por la causa de Nuestro Señor Jesucristo; un viviente poema de abrasado amor por la cruz. Sus empresas malogradas por el infortunio, en tierras infieles, disciérnenle el dictado de mártir. Gobernó para ser santo; no fué santo para gobernar. Y al poner el poder de la realeza en las férreas manos de aquella matrona de Castilla, la reina Doña Blanca, su ilustre madre, asoció al espíritu, a la inspiración y al corazón de una mujer ejemplarísima, todos los éxitos de sus empresas de rey, reservándose para sí el áspero sendero del dolor, la mortificación y el sacrificio.

Castilla, cuna de princesas e iluminadoras.

El espíritu creyente se abisma en hondas meditaciones ante el paralelismo de estos santos reyes, Fernando III y Luis IX, hijos de sendas princesas hermanas, nacidas en el suelo pródigo de Castilla, ambas igualmente educadoras, de temple de alma insuperable, de corazón digno de las empresas a que las llamó el Cielo. Como Fernando III, llevó Luis IX hasta la mansión de la santidad la religiosidad de su espíritu. Como San Fernando, combatió sin descanso a los enemigos de la razón, la justicia y la fe. Como el de Castilla, repetimos, tuvo una madre, nacida también en castellano suelo, modelo de mujeres cristianas: Doña Blanca, aquella matrona insigne, que decía frecuentemente a su hijo: "Dulce y caro hijo mío, eres lo que más amo en el mundo; pero prefiero verte morir a que te manches con un solo pecado mortal."

Castilla, la santa.

¡Castilla, Castilla, engendradora de santos y de héroes! ¡Germinaron en tu suelo, bajo tu cielo purísimo de divinos amores, mujeres de temple insospechado, que extendieron la fama de su cuna por la redondez de la tierra! ¡Qué glorioso paralelismo para el corazón cristiano, el de esas dos grandes matronas, hijas de la fecunda tierra ibera! A los regazos en que mecieron sus éxtasis divinos Luis IX y Fernando III, correspondieron, en el rodar del tiempo, aquel otro regazo, en que se meció el infortunio de madre, Isabel de Castilla, y aquel corazón transverbera-

do, que nos legó la plenitud de los divinos amores, Teresa de Jesús, compendio y cifra de la santidad y el genio!...

El más exacto juicio que se ha hecho de San Luis, acaso lo haya condensado José Reinach, en su *Historia de Francia*: "Si San Luis—dice—fué a la vez un gran santo y un gran rey, el más completo hombre de bien de su reinado y el más perfecto caballero de su siglo, todo ello fué obra de su madre."

Las grandes alabanzas.

Y Voltaire, el impío Voltaire, tan zahiriente en sus juicios históricos, el burlador de los más hondos arcanos de la Providencia de Dios, resumiendo el más grande elogio que se haya podido escribir de un gran santo y un gran rey, según observación del duque de Ahumale, trazó esta semblanza de San Luis: "Su piedad de anacoreta no fué obstáculo a sus prendas de rey: su virtud de la economía no empañaba su liberalidad con los pobres. En él se resumió una política sagaz con una exacta justicia."

Luis de Poissy, que así se firmaba este rey, por haber recibido en esa ciudad la gracia del bautismo, fué, pues, uno de los más singulares monarcas de la tierra. Se juntaron en él, con los fervores de un corazón cristianísimo, las disposiciones de un hombre excepcional, por su valor, templanza, dulzura de corazón, dureza con los enemigos de la Religión y la fe, e instinto legislativo, que tan acentuado relieve le ha prestado.

Luis de Poissy.

Instigado por los sanos consejos de su madre, la musa cristiana de su santa vida, supo Luis rodear de prestigio tan sólido el poder de la realeza, que en vano se indagará época alguna de la historia en que tan firme autoridad fuese igualada. Como legislador, título a que tiene tan perfecto derecho, y que tan cuidadosamente ha sabido hacer resaltar la crítica histórica, la posteridad ha tejido una inmarcesible corona a quien subrogó el Derecho Romano al feudal, el procedimiento criminal al combate jurídico, el poder político de los legistas al de los barones, la equidad al fuero. "Fué—dice, resumiendo toda esa corona de merecimientos y virtudes, César Cantú—el legislador supremo de la Francia feudal."

San Luis, legislador.

Y toda esa preparación y todo ese apostolado, hay que repetir, fué obra de su madre. El siglo XIII, ya lo observaron ilustres pensadores, se hizo notable por la influencia de la mujer

Dofia Blanca

en el mundo social y político; siendo ello resultado forzoso y consolador del culto de la Santísima Virgen.

La heroica
caridad de
San Luis.

Sobresalió en San Luis la más hermosa de las virtudes, hija predilecta de Jesucristo, flor de fragancia suavísima, cuyo perfume llega hasta los alcázares de la Gloria; madre de las divinas y humanas consolaciones; esposa de los más grandes siervos de Dios; rutilante amada de los más ilustres santos... la caridad bendita del Señor. ¿Quién con más razón que él pudo ser llamado el Padre de los pobres? Todos los sábados acudían a su palacio más de doscientos menesterosos. Les lavaba los pies, se los besaba, les daba de comer, les entregaba donativos para el remedio de sus lacerias corporales. Jamás comía sin sentar a la mesa algún necesitado.

No se conformaba San Luis con practicar el bien, sino que lo hacía con sus propias manos. Se trata de un principio evangélico al que no han podido sustraerse los monarcas que verdaderamente han deseado ser ardientemente queridos de sus pueblos.

Se refieren en las actas de su canonización rasgos hermosísimos de heroica caridad, que llevan el enternecimiento al ánimo más empedernido.

En la Abadía de Rayemont ordenó San Luis comparecer a su mesa, aquella mesa en que compartía el pan con sus dilectos amigos los frailes, a cierto monje enteramente cubierto de lepra, de aspecto tan hediondo, que vivía completamente separado de los demás monjes. Con él compartió el buen rey sus viandas. ¡Oh, qué lección para la vanidad y el artificio de la miserable vida! ¡Oh, espíritu de Santa Isabel de Hungría, espíritu de San Francisco de Asís! ¡Bendito espíritu de caridad y renunciamiento de todo cuidado! ¡Oh, Dios de los desdichados y humildes, cómo debió registrarse ese rasgo en los anales del Cielo!...

Y ¿qué diremos de aquel otro caso ocurrido en la *Maison Dieu*, de Compiègne, en donde las manos del rey se enlazaron con las del elefenciaco, al que hizo San Luis objeto de sus santas preferencias?...

Inundó París y las provincias de enfermerías, monasterios, capillas e iglesias colegiales. Dejó en su testamento mandas

Otros rasgos
de caridad.

para gran número de hospitales de leprosos. En París fundó el de los "Trescientos", para pobres ciegos, en memoria de igual número de caballeros franceses a quienes los infieles sacaron los ojos en las jornadas de Oriente.

Su caridad, su rectitud y sabiduría le valieron el dictado de "Salomón de la Cristiandad". Insignes varones acudían a su mediación para dirimir rencillas que parecían insolubles. El propio Pontífice, el emperador Federico II, Enrique III de Inglaterra y muchos barones británicos acudieron al arbitrio de Luis para componer sus diferencias.

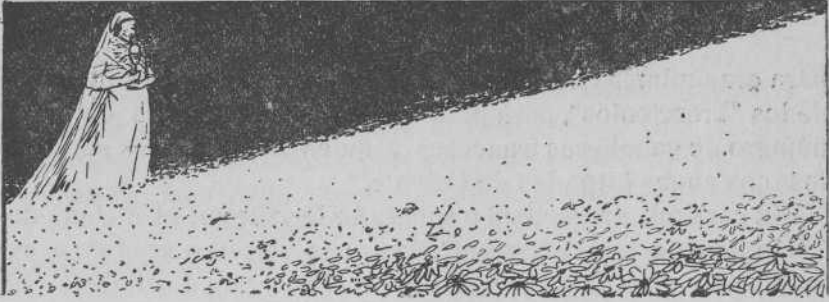
Salomón de
la Cristiandad.

De los franciscanos y los dominicos recibió San Luis memorable cooperación para su magna empresa. El seráfico doctor San Buenaventura, miel de los panales del alma mística y ambrosía de la ciencia de la Cruz, fué uno de los más insignes amigos y consejeros de San Luis.

Su amistad
con los franciscanos.

No recibió éste, como Santa Isabel, la ofrenda de la humilde capa de San Francisco, pero experimentando vivo anhelo de conocer a Fray Gil, uno de los más ínfimos compañeros del penitente de la Umbría, cuya fama corría de boca en boca, tomó el bordón y la esclavina del romero y solo, y a pie, se fué a llamar a la puerta del convento de Perusa, preguntando por Fray Gil, sin quebrantar el incógnito.

Bajó Gil, y apenas se vieron el rey y el fraile, cayeron de rodillas, y sin hablar palabra, confundieron sus almas en prolongado y estrecho abrazo; hecho lo cual, se separaron con igual silencio. Al saber los demás frailes lo acontecido, reprocharon a Gil por su escasa cortesía en no detener al soberano y agasajarle. "He conocido su corazón y él el mío"—respondió Gil sin dar más explicaciones.



V

San Luis, depositario de la corona de espinas de Jesucristo.—San Luis se hace cruzado.

La corona de espinas.



AY un hecho en la vida de este venturoso monarca que quizá aclare con asombrosa luz de lo sobrenatural y divino el fracaso de sus empresas de guerrero: la Cruz, que por el amor de Jesucristo soportaron sus hombros, y la corona de espinas, que por el mismo santo amor atenazó sus sienas. ¡En qué esplendente gloria se habrán trocado aquella Cruz y aquella corona de espinas!

Paño era de lágrimas de todo desvalido. A él acudían los perseguidos en busca de seguro refugio, los desavenidos en demanda de acomodo. A él acudió, en 1259, el emperador de Oriente, Balduino II, en solicitud de auxilio contra los sarracenos. Y para obtener éxito completo en su demanda, juzgó, y con razón, que no habría mejor expediente que traerle la corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, que en poder de los venecianos tenían empeñada los griegos.

Socorrió a éstos San Luis con los subsidios pedidos y se aprestó a recibir dignamente la inapreciable reliquia. Seguido de toda la Corte, salió a hacerse cargo de tan inestimable joya, hasta cien leguas de Sens, y la acompañó hasta París en medio de los mayores extremos de devoción y piedad.

Descalzo, y al aire la cabeza, llevó el santo rey la preciosa



SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

reliquia desde la iglesia de San Antonio de los Campos hasta Nuestra Señora. "Depositóse después—dice una piadosa relación—en la capilla de San Nicolás, que estaba configua a palacio, y habiendo recibido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó a tierra la capilla de San Nicolás y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y pedrería, fundando un cabildo de canónigos."

Ya había lavado la cristiandad sus grandes culpas en los ríos de sangre de las Cruzadas. Resucitar esa empresa constituía un impulso de sacrificio y sólo merced a un ansia de padecimien-

Cómo San Luis se hizo cruzado.

tos e inmolación de la propia vida, podía disculparse el acometimiento de nueva campaña en Oriente.

Las depredaciones de los tártaros conmovían al mundo cristiano. Era, además, hija la resolución de internas inspiraciones, concebidas en el lecho del dolor, cuando ya todo el Reino creía perdido al buen monarca; y era, como hija del sacrificio y del dolor, inexorable. Había rescatado el santo rey la corona de espinas y Jesucristo le otorgó otra corona formada de tribulaciones y padecimientos, haciéndole el rey de los grandes infortunios.

“Estaba amagado—dice un piadoso historiador—de la muerte por grave enfermedad y desolado con la imagen de los padecimientos de la Tierra Santa y el dolor de no poder remediarles. Cae en un letargo que se cree la muerte; pero, de pronto, se levanta y se hace cruzado de Jesucristo, disponiéndose a la empresa de guerrear y sufrir por El.”

La primera
expedición
de San Luis.

La reina Margarita, digna esposa del santo rey, opuso alguna objeción al proyecto, uniendo su voto al de toda la familia; pero fueron vanos cuantos esfuerzos se hicieron para disuadirle. Convocó el Papa un Concilio general en Lyon y el rey un parlamento en París y se decidió la Cruzada.

Tres años duraron los preparativos y por fin se fijó la partida de los guerreros cristianos para junio de 1247.

De Aguas Muertas, en el Languedoc, salió una de las escuadras más formidables de que había noticia. Se componía de mil ochocientas velas. La mandaba el propio San Luis, a quien acompañaban Roberto, conde de Artois; Alfonso, conde de Poitiers, y Carlos, conde de Anjou, sus hermanos; los arzobispos de Reims, Bourges y otros prelados. La reina Margarita, esposa ejemplar, también compartía con su santo marido los peligros y las fatigas de la expedición.

La reina doña Blanca quedó gobernando el Reino.

San Luis en
Egipto.

Recibió Luis en Lyon la bendición del Papa y dirigió la proa de sus naves a la isla de Chipre. Después de algunos meses invertidos en avituallarse, reanudó la escuadra su navegación y desembarcó el ejército cristiano en Egipto, derrotando a veinte mil sarracenos que pretendieron disputarle el paso y embistiendo la plaza de Damietta, que cayó en poder del santo rey.

La paz espiritual de este gran monarca era comunicativa. La fama, la celebridad de su vida austera, mortificada y caritativa le había precedido y más le combatían los sarracenos, aunque ello parezca paradoja, por repulsa política, que por antagonismo religioso. Pruebas irrefragables se ofrecieron, desgraciadamente, de ello, poco después.

El principio providencialista del rigor con que castiga Dios a los ejércitos que conculcan sus divinos mandatos, tuvo una vez más confirmación aquí; como la ha tenido cuantas veces, frente al feroz enemigo del nombre cristiano, han olvidado los ejércitos sus deberes y se han entregado a la disolución y a la molicie (17).

Cómo castiga Dios las liviandades de los ejércitos de la Cruz.

Confiadas en el feliz suceso de la toma de Damietta, las tropas de Francia, en vez de imitar las virtudes de su rey, los actos de piedad y devoción, de caridad y edificación del santo monarca, se entregaban a las acciones más reprensibles de liviandad. "Y así—dice un historiador—muy presto experimentaron esas tropas los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado." En ese estado se libró el combate de Massoura, tan desastroso para el ejército francés.

Se habían introducido en las filas cristianas la disentería y el escorbuto. Presa el rey mismo del contagio, fué conducido a Charmasach, en donde a poco era acometido por una nube de sarracenos. Cayó San Luis en poder de los musulmanes y fué conducido a Massoura. La reina Margarita recibió en Damietta la noticia de esos desastres, y con el dolor de tamaños infortunios, dió a luz, antes de tiempo, un hijo, a quien se puso el nombre de Juan Tristán, por la desgracia de aquellos sucesos.

En ninguna otra ocasión se mostró el santo rey tan dueño de sí mismo. La austeridad, la compostura de su vida, sus penitencias, sus mortificaciones, la dignidad y entereza de sus ademanes, aquel nimbo de santidad que le cercaba, imponían de modo tal a sus carceleros, que más que el prisionero de los árabes parecía Luis el jefe y señor de los mismos: tal era la influencia que sobre aquéllos ejercía.

San Luis, prisionero.

Rayaba en tal punto la admiración de los sarracenos por el buen monarca, que se asegura llegaron, entre grandes protestas de estimación y respeto, a brindarle con la corona. Con sonrisa

santa de conmiseración debió acoger el monarca francés tan cándida oferta: con la misma sonrisa de conmiseración con que dejábase visitar de los jeques árabes que solicitaban permiso para ver al rey santo, cuya fama se había propagado por el mundo.

San Luis en
Palestina.

Recobró la libertad mediante la devolución de Damietta y la entrega de fuerte suma de dinero, y se encaminó con los mermadísimos restos de su ejército a Palestina. Cuando llegó a Tolemaida, no pudo ver reunidos más que setecientos caballeros de su hueste. ¡Cuánta amargura para su corazón de padre, aquella siega de vidas en flor hecha por las cimitarras agarenas!...

San Luis, pe-
regrino.

Desembarcó en San Juan de Acre, y viéndose contenido en sus bélicos intentos por la falta de gente, visitó como peregrino el Tabor, Caná y Nazareth; pero, cual otro Moisés, ante la Tierra de Promisión, impuso a su piedad el sacrificio de no ver Jerusalén, a pesar de instarle a ello los príncipes musulmanes, por no parecerle justo que un rey cristiano entrase en la Ciudad Santa sin haberla antes librado del poder de los infieles.

Rescate de
cautivos.

Reedificó y fortificó Jaffa, Cesarea, Sidón y el propio puerto de Acre, dando en estas empresas pruebas de extraordinario valor, que era la admiración, no solamente de los caballeros de su hueste, sino del propio enemigo.

Durante su estancia en Palestina, mantuvo buenas relaciones con el amir del Cairo y el soberano de Damasco, y si esas amistades no pudieron reparar las desgracias de la Cruzada, le valieron la libertad de gran número de caballeros cristianos.

Muerte de
Doña Blanca

Pero entre el ruido de sus empresas guerreras, recibió una nueva que traspasó su corazón: la noticia de la muerte de su madre; de aquella madre insigne, ejemplarísima, tesoro de todas las grandezas cristianas, modelo de reinas; una de las figuras más conspicuas de la Historia y una de las mujeres más ilustres nacidas en el suelo de España.

Sabía Luis que el único modo de corresponder a los beneficios de tan insigne madre, era el de perfeccionarse aún más, si era ello posible, en la escala de la santidad. Y con ese propósito, no perdonó ocasión ni motivo en que servir y reverenciar al Altísimo, declarándose su paladín más esforzado contra las demasías de sus enemigos.

Restituyóse a Francia, y su presencia calmó el dolor de sus súbditos, abatidísimos por la pérdida de la reina madre.

Los enemigos de San Luis.

El período comprendido entre sus dos empresas contra los infieles ha pasado a la Historia con el nombre de "Era de San Luis". Dedicóse ahincadamente a labrar la felicidad de sus súbditos y a combatir a sus enemigos. Entre éstos, ocupaban lugar tristemente visible los blasfemos; y contra esta horrible plaga de todos los tiempos; mal nefando y conturbador de las conciencias y el alma; polilla, veneno corrosivo, ariete de fuego y dolor, exterminio de la paz y el reposo del corazón cristiano; contra ese infame vicio, emprendió San Luis a su vuelta a Europa ardiente Cruzada.

Acaso aprendiera el santo rey, a costa de sus empresas malogradas, el terrible enojo que se atraen del Señor los pueblos blasfemos. Quizá a las liviandades de su ejército se juntara ese horroroso vicio, sobre el que cayó la sanción de un Dios justamente irritado. Sea lo que fuere, San Luis dispuso los más ejemplares castigos contra quienes maldicen del santo nombre de Dios.

Tres fueron, pues, los enemigos que se vió forzado a combatir este ánimoso y santo rey: el virus albigense, considerado por Santo Domingo más corrosivo que ninguna otra herejía, pues de propagarse, habría sumido a Francia en un caos anticivilizador y antisocial; el odio mahometano y el veneno maldito, no menos anticivilizador y antisocial, de la blasfemia.

En la reforma del Reino desplegó altas cualidades políticas y legislativas. Para ello le fué de gran utilidad el Código de Justiniano, que se divulgó en tiempo de San Luis. Su obra se conoce con el nombre de *Establecimientos*. Se trata de una recopilación de ordenanzas, con disposiciones muy acertadas contra la venalidad de la justicia y la usura. Débesele igualmente la *Pragmática Sanción* y la reforma monetaria en todos los señoríos.

La reforma del Reino.

En cuanto a su celo por la cultura, méfís solemne a los ignaros detractores de aquellos siglos medievales, lo atestiguan el establecimiento en París de una biblioteca pública y la fundación de la Sorbona.

Puestas en paz las cosas interiores del Reino, sintió el santo monarca renacer en su corazón el ansia de nuevos padecimien-

Otra vez cruzado.

tos por el camino de la Cruz. Reyes éstos, excepcionales, santos y heroicos, sálense sus acciones de lo trivial y acostumbrado. A este insigne monarca de Francia le distinguía la humildad de manera prodigiosa. Deseando renovar sus esfuerzos en pro de la conquista de tierras infieles y la conversión de los mismos, envió mensajeros por toda Francia inquiriendo si alguien tenía agravios recibidos del monarca para repararlos inmediatamente. Así se disponía San Luis para una nueva Cruzada.

El 23 de marzo de 1268, reunido el gran Parlamento de Francia, San Luis, acompañado del legado del Papa, ostentando en las manos, ante la actitud reverente de todos, la corona de espinas de Jesucristo, anunció su intento de socorrer la Tierra Santa. Fijóse la partida para el año 1270. "Cataluña y Castilla—dice un historiador—suministraron considerable número de cruzados. El rey de Portugal y Jaime el "Conquistador" quisieron pelear bajo las banderas de Luis."

Sus tres hijos le acompañaban ahora: Felipe, el primogénito; Juan Tristán, conde de Nevers, nacido en Damietta, y Pedro, conde de Alenzón.

Fracaso de la
expedición.
Muerte del
santo rey.

Había recibido Luis varias embajadas del monarca de Túnez y alimentaba aquél la esperanza de convertir este príncipe al catolicismo. Pero la docilidad y predisposición del infiel eran una superchería. Merced a una estratagema, afrajo la escuadra francesa a las costas berberiscas y desembarcó sin embarazo alguno el ejército de San Luis; retirándose los sarracenos al interior al acercarse los barcos franceses.

Los excesivos calores de la estación, la falta de agua y la corrupción de los víveres, generaron una epidemia, de la que bien pronto se vió contagiado casi todo el ejército.

Entre las primeras víctimas se contaron el legado del Papa, cardenal de Santa Cecilia, y el príncipe Juan Tristán. Sintióse contagiado del terrible mal el rey. Y presintiendo su próximo fin, dispúsose con actos de mansedumbre y piedad a la traslación de su vida mortal a otra triunfante e imperecedera (18).

Y entregó su alma a Dios, sobre un lecho de ceniza, edificando a todos los circunstantes, entre los gemidos de su ejército, con estas palabras en los labios, que encierran todo el poema de su hermosa vida, consagrada al amor de Jesucristo:

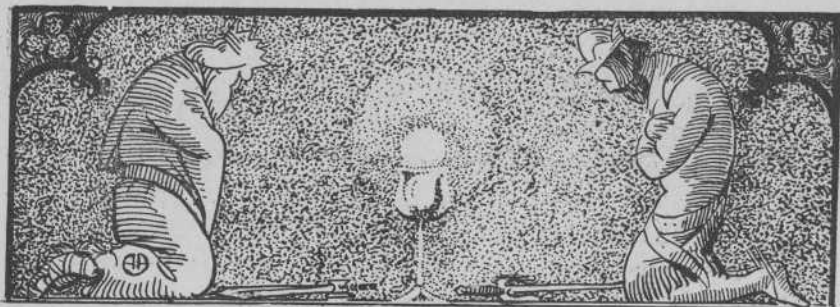
—¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Sobre la tumba de San Luis debiera grabarse este epitafio de Montalembert:

“Seglar, caballero, peregrino, cruzado, rey ceñido con la primera diadema del mundo, valiente hasta la temeridad, tan decidido para exponer la vida, como para doblar la cerviz ante Dios; amador de los peligros, de la humildad, de la penitencia; infatigable campeón de la justicia, de los débiles y oprimidos; personificación excelsa de la caballería cristiana en toda su pureza y del trono en toda su grandeza augusta.”



ESTIRPE DE SANTIDAD
Y
FRAGANCIA DE LEYENDA



I

La misión providencialista del pueblo húngaro.—Sus orígenes.—Antes de su conversión, era el terror de Europa.—San Esteban, vaso de predestinación.



QUISO la sabia providencia de Dios, que hacia el Oriente de Europa, antemural de naciones enemigas de nuestra fe; en las márgenes de codiciado río, en el que tanta sangre han verificado las razas en ansias de su dominio y posesión, se asentaran los fundamentos de uno de los pueblos más ilustres del globo. Y dispuso también ese altísimo juicio de la Divinidad que el fundador de ese pueblo, que tanto realce había de prestar a la misión civilizadora del cristianismo, fuera uno de los monarcas más insignes que registra la Historia, por su espiritualidad y por sus excelentes dotes de gobierno.

A las anteriores prodigiosas disposiciones, únese la maravillosa singularidad de haber sido dos reinas santas, de un mismo dulce nombre, famosas por su ardiente caridad, sendos lu-

Nuevos prodigios de la santidad real.

ceros desgajados de ese manto real de la noche estrellada de tan privilegiado Reino.

Los húngaros, azote de Europa.

Con la conversión de los monarcas húngaros, el caos de la barbarie se transforma en aurora de redención, y el pueblo magiar echa los fundamentos, que aún perduran, de una nacionalidad que en vano tratarán de modificar todas las convulsiones políticas y sociales de los tiempos modernos.

Hacia fines del siglo vi de nuestra Era, se hallaban los magiares establecidos en la orilla septentrional del Mar Negro. La ocupación de los territorios que forman la nación magiar, no fué tarea difícil para una raza formada de diestros arqueros y hábiles jinetes.

Pero los distritos danubianos eran sólo una base para incursiones posteriores, que convirtieron a los húngaros en terror y azote de Europa. Devastaron las provincias meridionales de Alemania y en 910 derrotaron al ejército alemán de Lechfeld. Invadieron a continuación Alsacia, Lorena, Champaña y la Provenza. Las incursiones se extendieron también a Italia y a diversas regiones de la Península balcánica. En todas partes dejaban un reguero de sangre y desolación. Se cantaban letanías en los templos para pedir a Dios que libertara a los fieles de aquellos bárbaros, que a trueque de matar cristianos, abrían el vientre a las mujeres en cinta.

Pero Otón I se cobró el desastre de Lechfeld derrotándoles en Baviera, bajo los muros de Augsburg, en 925. Sólo después de ese revés aplastante, quedaron obligados los magiares a contentarse con los territorios del valle del Danubio.

“Hasta que Esteban—escribe una ilustre pluma—mojó la cabeza de los magiares con el agua bautismal, no alborearon paz y ventura en el país que había de ser patria de Santa Isabel.”

Coadyuvaba todo en la maravillosa mutación que alboreaba en la vida política de Hungría. Los países vecinos estaban gobernados por señalados príncipes. Otón III reinaba en Alemania; Boleslao III, en Bohemia; Boleslao el “Valiente”, en Polonia; Vladimiro el “Grande”, en Rusia, y Basilio, en Constantinopla. Para mantener la independencia de Hungría en medio de tan florecientes Estados, era preciso elevar la civilización del país al nivel que había alcanzado en los comarcas reinos.



SAN ESTEBAN DE HUNGRIA.—Lucas Jordán pint.

Y esto no se podía conseguir sino con la conversión unánime y fundamental de la nación húngara.

Reformador
profundo y
revolucionario.

Tal misión estaba reservada a San Esteban, a quien el historiador César Brilliant apellida, por esas razones, reformador profundo y revolucionario, sin parar mientes en que reformadores y revolucionarios han sido todos los Apóstoles que, elegidos por Jesucristo, dejaron como aurífera semilla de la fe las imborrables huellas de su paso por las ciudades y regiones que ansiaban el conocimiento de la buena nueva.

Pero ¡qué distinto cometido el de esos reformadores, del que suele estar encomendado a los que llama revolucionarios el mundo moderno! Cambian éstos el orden en confusión y sacan aquéllos del caos de las tinieblas torrentes de luz que se derrama en las conciencias y las almas, iluminándolas esplendorosamente.

Abrid las páginas de la Historia, y en vano indagaréis reinos que superen en interés, bajo todos los aspectos, al de este santo monarca. Señaló a su patria con tan evidentes signos de originalidad, que de terror que era de Europa, la convirtió en avanzada vigilante contra el predominio expansivo y la codicia sin límites, diametralmente opuestas a la civilización occidental, de otras razas y otras creencias.

La cuenta de
sus virtudes.

Podremos concretar así la cuenta de sus virtudes: cesó con el cristianismo el estado de convulsión en Hungría; acabó de ser objeto esta nación de los ataques de los Estados colindantes; erigióla San Esteban en antemural de naciones devastadoras; puso los intereses morales del pueblo magiar a los pies del Vicario de Jesucristo, su más firme sostén; atrajo las miradas, atentas, llenas de interés y simpatía, de las demás naciones cristianas; consolidó la civilización en una de las regiones más interesantes de Europa, y produjo, en suma, efectos tan sensibles en la distribución ordenada del providencialismo histórico, que bien pudo ser llamado, en virtud de ese conjunto de circunstancias, estadista constructor de la Historia, por otro historiador moderno.

La Tíara y la
Corona.

Con el alborear del cristianismo termina la barbarie ancestral de esas razas que, surgidas de los bosques del Septentrión, se esparcen por la Europa esclavizada por el paganismo. Tal

aconteció al pueblo húngaro. Y al depositar este pueblo sus intereses más sagrados a los pies del sucesor de los Apóstoles, aguja imantada, estrella polar de las aspiraciones del alma, revalida, a través de los siglos, dictados y ostentaciones, que intentarán en vano arrancarle todas las claudicaciones de los tiempos modernos.





II

Fundador, estadista y legislador.—Las grandes tribulaciones de un rey santo.—Job con corona y cetro.—Por qué se llamó Esteban.—La magnanimidad del Rey.—Su muerte.

El nacimiento de Esteban.



CABABAN de ser nuevamente derrotados los magiares cerca de Viena y arrojados al otro lado del río Leitha, por Otón II de Alemania, que había restablecido la marca de Austria, como consecuencia de la victoria de su padre, Otón I, en Lechfeld.

Reinaba el vaivoda Geyza con el nombre de duque, en Hungría. Ya había recibido con su esposa, Sarloth, las regeneradoras aguas del bautismo, de manos del Obispo de Praga, San Adalberto. Y como los premios de Dios suelen ser activísimos, comunicóse con las aguas bautismales a la duquesa un celo tan ardiente por la propagación de la fe, que estando cierto día enteramente embargada de esos pensamientos, quedóse dormida y se la apareció el Protomártir San Esteban.

Inefables visiones de que se vale Dios en sus inmensos de-

signios para la ordenación de sus prodigios y el triunfo de los ideales benditos que alimentan las almas creyentes!...

Aseguró el Protomártir a la reina que pronto daría a luz un hijo, destinado por el Cielo para poner en ejecución los insignes pensamientos de evangelización que a la duquesa embargaban; pues sería el primer rey y apóstol de la nación húngara.

La duquesa dió a luz en 978 un hijo, al que se puso, efectivamente, el nombre de Esteban. Fué su niñez exacta correspondencia de aquellos presagios. Alternó en su educación, con el santo Obispo de Praga, aquella insigne mujer que le había dado a luz. Fué el príncipe ejemplo edificante de religiosidad, afectos nobilísimos, humildad de espíritu, caridad ejemplarísima, hasta el punto de constituir la admiración de sabios e iletrados, la veneración y el encanto de sus pueblos. Llegaba a tal punto la prudencia del futuro monarca, que siendo aún de quince años de edad, decidió el duque su padre que compartiera con él la carga del gobierno.

La juventud
de San Este-
ban.

A los diez y nueve años le faltaron en uno solo su padre y su maestro. Hizose cargo Esteban de la gobernación del Estado, y, en cumplimiento de los designios de Dios, se arrogó, al tiempo que las funciones del gobernante, la de una no interrumpida misión espiritualista, bajo cuyo influjo comenzó a deponer sus antiguos errores el pueblo húngaro.

Esteban, rey.

No escasearon, empero, obstáculos y contradicciones que abatir, hasta lograr la total implantación de los ideales cristianos. Levantóse una facción mal avenida con las medidas del joven rey. El conde de Zegzard la acaudillaba. Nada arredró a Esteban. Reunió sus parciales, y dando pruebas de tanta fe en Dios, como confianza en su ardimiento personal, buscó a los rebeldes y les presentó batalla, venciénolos completamente, después de insignes proezas.

Obtenido el triunfo, ya no tuvo punto de reposo el santo rey. Hizo venir a Hungría operarios de la viña del Señor, misioneros famosos, que en poco tiempo efectuaron la total conversión del pueblo. Ordenó Esteban hacer una división episcopal de la nación y despachó una solemne embajada al Papa Silvestre II, rogándole aprobase esas disposiciones y aceptase la tutela de los

Esteban,
apóstol.

Estados húngaros y le autorizara para tomar el título, las insignias y honores de rey.

Acatamiento
al Pontifi-
cado.

Pueril y ridícula jactancia representa la obstinación de los poderosos que se niegan al reconocimiento de este principio todo poder dimana de Dios; principio inmutable, como todos aquellos que, basados en consideraciones de gran experiencia y altísima moral, obtienen todos los días su confirmación por la fuerza incontrastable de los hechos.

Al través de los fastos más señalados de la Historia, se ha podido observar cómo dimana del acatamiento a ese Poder espiritual del Pontificado la grandeza de los pueblos; y cómo cae terrible sanción sobre aquellos monarcas que se rebelan contra ese principio, haciéndole befa y escarnio de sus pasiones, errores y concupiscencias.

Glorianse los pueblos de sus resonantes dictados. Y bien: ¿cuándo se llamó a los monarcas hispanos Católicos, y a los de Francia Cristianísimos, y Apostólicos a los de Hungría? ¿Cuándo comenzó la grandeza de esas nacionalidades? Cuando reconocieron como un poder superior al dominio temporal de sus más grandes monarcas, la grandeza moral, alentadora, reconstructiva y piadosa, eminentemente guiadora y civilizadora; la grandeza paternal del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo (19).

Todas las preeminencias solicitadas le fueron concedidas a San Esteban. Otorgóle el Papa el título y la dignidad reales y le envió una corona de oro y una rica cruz para que la hiciera llevar siempre delante de sí, reconociéndole por apóstol del nuevo Reino.

Grán esta-
dista.

Maravillan las dotes de estadista que reveló este santo monarca. Poniendo la nación bajo la tutela de la Santa Sede, sustrájola de la dependencia de la organización eclesiástica alemana. Con decir que la Iglesia húngara ha conservado hasta el día la mayor parte de las disposiciones y organización que la imprimió Esteban, está hecho el mayor elogio de tan sabio período de gobierno.

Legislador.

Cuidó Esteban de alejar de sus Estados el sistema feudal. Logró la supremacía efectiva del poder real, hasta un punto verdaderamente inconcebible en aquellos tiempos. Sustituyó la propiedad de la tribu por la privada, pero respetó el derecho de

los nobles a reunirse en asamblea general, así como el carácter electivo de la corona. Habiendo recibido las insignias de la majestad, convocó al Episcopado y se coronó en Esztergon (Gran) tomando para sí y sus sucesores el título de Rey Apostólico.



CORONA DE HUNGRÍA O DE SAN ESTEBAN

Venció en obstinados combates a los transilvanos y a los búlgaros, y así consolidado el Reino, contrajo estrecha amistad con el emperador de Alemania San Enrique, quien dió a Esteban su hermana Gisela por esposa.

Amistad de
reyes santos.

Peró Dios probó a su fiel Esteban con grandes tribulaciones. Perdió todos sus hijos y le abatió terrible mal que duró tres años. Nunca se mostró más santo que en esas adversidades.

La magnanimidad de Esteban.

No completaríamos la semblanza de este monarca si omitiéramos el siguiente rasgo de su magnanimidad y su nobleza:

Descontentos algunos próceres levantiscos de la rectitud del rey, que tan mal se avenía con los depravados ímpetus de aquéllos, concibieron el infame proyecto de quitarle la vida.

El más osado se aventuró cierto día en la cámara real, dispuesto a poner en ejecución el complot. Como oyese Esteban ruido, preguntó la causa. La tranquilidad y majestad de aquella voz conocida se impusieron con tal fuerza en el ánimo del traidor, que dejando caer la espada que llevaba oculta bajo la capa, se arrojó a los pies del lecho, confesó al rey su culpa y pidió perdón por tan nefando delito. El santo monarca le otorgó su clemencia.

La majestad real.

Sabia Esteban que nunca resplandece la majestad como cuando cubre con el manto del perdón las ofensas. Si en algún momento adquiere aquélla destellos de la divinidad, a que debe su origen, es seguramente cuando borra con impulso de piedad y generosidad sublimes los ímpetus del mal, si acompaña al reconocimiento de ese mal la contrición, el arrepentimiento.

La majestad real está tan alta, que en esa altura, aun en tiempos de convulsiones populares, tiene su más firme sostén. Y en esa situación reside asimismo la percepción de las grandes flaquezas humanas. Nadie más persuadido que un rey de las tribulaciones de la vida, si mide las propias flaquezas y las contrasta con la majestad de que está circundado y el respeto y la sumisión que se le dispensan.

Por eso es más ostensible el buen ejemplo de esos santos reyes. Todo les sonríe en la vida; todo es halago y adulación en derredor de sus personas, y ello no obstante, saben sustraerse de esa adulación vertiginosa que producen las alturas, y ser dignos en ese medio que les circunda, y ser santos en esa atmósfera que les rodea.

Muerte de Esteban.

Con esa aureola se durmió San Esteban en el Señor, el día de la fiesta de la Ascensión, que tan santo monarca había establecido en Hungría, en el año 1038, entre el llanto de sus súbditos, firmemente persuadidos de que perdían más que un rey, un apóstol y un santo; persuasión que confirmó la Iglesia, elevando a los altares a Esteban.



III

El de los tristes destinos.—La realeza proscrita. España hospitalaria.—Otra gran reina educadora.



As terribles convulsiones de los tiempos modernos, hijas de las rivalidades y codicias de los hombres, introdujeron sensibles mudanzas en esas tierras del Oriente de Europa, en donde fructificó la semilla de la santidad tan portentosamente.

El último rey de Hungría puede ser gráficamente llamado el de los tristes destinos. Urgido al solio real contra todas las presunciones de su franquila conciencia, por hechos fortuitos y dramáticos, ajenos a todo cálculo de su buen corazón, fué lanzado al más amargo exilio por la política inflexible de las naciones vencedoras y en isla inhóspita y huraña rindió el espíritu al Señor, dejando en la orfandad y el desamparo a una emperatriz infortunada y a unos inocentes niños.

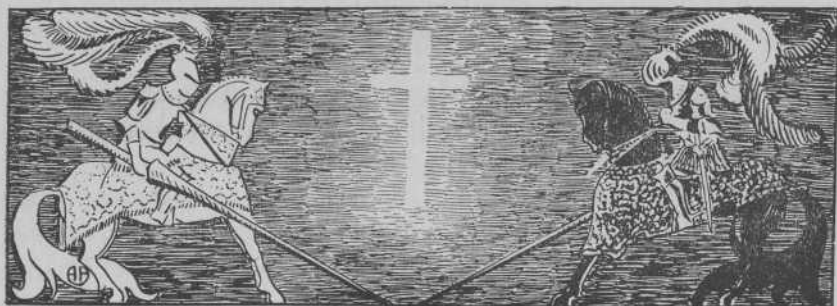
España, conmovida por tanto infortunio, ha llorado con la desgracia proscrita, con lágrimas del corazón y el alma, tanto más sinceras, cuanto que nuestra patria tiene aprendido que de

esa tierra privilegiada del famoso Danubio nos llegó una reina, que será inmortal por la educación que supo impartir en el corazón de un generoso y buen rey nuestro.

La augusta madre de nuestro monarca merece compartir con otras grandes reinas que desfilan por estas páginas el dictado de educadora.

Jamás fué España más digna, ni cumplió más exactamente con las tradiciones de su hospitalidad y su hidalguía, que al brindar éstas, por conducto del corazón de un rey magnánimo, a la viuda y a los hijos del sucesor de San Esteban.





IV

El segundo Apóstol de Hungría.—Comociones en el país hasta el advenimiento de Ladislao.—Sus proezas militares.—Sus actos de penitencia.—Cruzado de Jesucristo.



ICE César Brilliant que el periodo que media entre la muerte de San Esteban y el advenimiento de Ladislao el Santo (1077-95), fué también turbado por las guerras civiles, los esfuerzos para restaurar el paganismo, y la invasión de dos hordas distintas de bárbaros: los pechenegos y los cumanos. La ambición de los emperadores alemanes fué también una amenaza para el país. La querrela de las investiduras (20) entre el emperador y el Papa (1076), en la que Ladislao se puso al lado de éste, aseguró la consolidación del Reino, y su engrandecimiento por la conquista de Croacia."

Cómo juzga la Historia a Ladislao.

"Ladislao—dice a continuación—vive y vivirá en la memoria del pueblo como modelo ideal del heroísmo y de la caballerosidad en Hungría. Como Esteban, fué el legislador de su país."

Efectivamente, "San Ladislao—dice otro historiador—más ilustre por sus virtudes y sus milagros que por sus conquistas y su corona, fué digno sucesor de San Esteban".

Hijo de una princesa polaca y del rey Bela, nieto de un primo hermano de San Esteban, nació el año 1041, en Polonia, donde se había refugiado su padre, huyendo de las violencias de Pedro, sucesor del primer rey apostólico.

Magnanimidades.

La vida de Ladislao fué una no interrumpida serie de magnanimidades. Todo se concitó contra él, no obstante su aversión al Trono, y todo lo allanaron su valor, su prudencia, la ponderación de su equilibrado espíritu, la docilidad de su corazón generoso.

Los vaivenes de la fortuna ciñeron la corona a sus sienes después de peripecias innúmeras en las que probó el santo rey su desprendimiento y su humildad. Pero muerto su hermano Geiza, por cuya exaltación al solio real tanto había combatido, no tuvo Ladislao otro recurso que aceptar el voto del Episcopado, la nobleza y el pueblo, que conjuntamente y en atención a sus sobresalientes virtudes, le eligieron rey.

Renacimiento espiritual.

Dueño de las riendas del gobierno, quiso ante todo que volviera a imperar Jesucristo en Hungría, como Señor, al que eran debidas todas las prosperidades. Ladislao tuvo ocasión de observar que la civilización occidental era la tabla salvadora en aquel caos de negaciones y desmanes en que había estado sumido el pueblo magiar todo el tiempo que volvió la espalda a esos principios.

Asimismo observó este insigne monarca que su más firme sostén contra la supremacía imperial, era el acatamiento al Poder espiritual del Pontificado. Con esas presunciones, firmemente mantenidas en el terreno de los hechos, pronto retoñaron en el pueblo húngaro aquellas virtudes que dieron pábulo a sus anteriores empresas espirituales, que le habían distinguido y prestádole especial fisonomía entre las naciones creyentes.

Empresas guerreras.

Tan valeroso guerrero, como príncipe fervoroso y prudente gobernante, venció a sus enemigos en diferentes funciones de armas. Obligó a los bohemios a respetarle. Arrojó de sus dominios a los hunos. Se apoderó de Cracovia. Venció a los polacos y a los rusos. Sojuzgó la Dalmacia y la Croacia. Deshizo más de

una vez a los fártaros y conquistó gran parte de Bulgaria y buena parte de Rusia.

Eran asimismo muy sobresalientes sus actos de piedad. Ayunaba muchos días. Dormía sobre la dura tierra. Era su caridad

Actos de penitencia.



SAN LADISLAO, REY DE HUNGRÍA

tan ardiente, que corría como axioma en las Cortes extranjeras. el dicho de que el rey de Hungría sólo era hábil para fundar iglesias y hospitales y socorrer a los necesitados. Su tierna devoción a la Santísima Virgen, signo evidentísimo de predestinación, nació casi en la cuna. La célebre basilica de Nuestra Señora de Waradin publicará siempre a la posteridad su amor a la santa y bendita Madre de Dios.

El camino
que conduce
a Dios.

Soñaba Ladislao con sacrificar la vida y ofrendar su sangre en honor de Jesucristo, y aceptó con júbilo el mando de una expedición para socorrer Palestina. Pero otro destino le estaba reservado en los altos juicios de Dios. Cuando se disponía a tomar el mando de la Cruzada, falleció, según el Martirologio, el día 30 de julio de 1095.

Le lloraron sus pueblos amargamente, porque supo ser un monarca justo, equitativo, valeroso, guardador de la fe y el honor de sus súbditos, cumplidor de sus promesas, santo, en una palabra, que con así decirlo, huelga todo otro encarecimiento.





V

La castidad, amada de Dios.



EN el reinado de Ladislao, un caballero alemán, nombrado Conrado, que había escandalizado al mundo con sus disipaciones y vicios, sintióse herido en el corazón por un vivo arrepentimiento y se encaminó a Roma para impetrar del Pontífice la absolución de sus grandes pecados.

Las hermosas y consoladoras penitencias medievales.

Considerando el Santo Padre la enormidad de aquellas faltas, ordenó al penitente que colocara sobre sus carnes una coraza de hierro, asegurada con una cadena que diera cinco vueltas en derredor de su cuerpo, con un papel en que se contuvieran los detalles de su libertina vida; visitando en esa guisa los lugares escandalizados con su conducta y orando ante la tumba de los santos, hasta que la cadena se desprendiera por sí misma y los pecados escritos sobre el papel apareciesen enteramente borrados.

Aceptó la penitencia Conrado, y cargado con su pesado cilicio, se encaminó a los santos lugares de la Palestina. Pero sólo

San Esteban aconseja al penitente.



SAN EMEFICO, PFINCIFE LE HUNGRIA.—L. Jordán pint.

sacó el insigne consuelo de refrigerar su espíritu en las purísimas fuentes en donde se consumó el prodigio de nuestra redención. Predispuesta así su alma para obtener el milagro, se dirigió en peregrinación a Hungría, y postrado de hinojos ante la tumba de San Esteban, aseguró que no se apartaría de aquel sitio hasta que sus culpas le fueran remitidas.

Con esa resolución le embargó el sueño y se le apareció el santo rey, recomendándole que orara ante el sepulcro de su hijo el príncipe Emerico, considerando seguro que, por su pureza virginal, obtendría de Dios el apetecido prodigio.

Así fué, en efecto. En cuanto Conrado se puso en oración en la sepultura del príncipe, rompióse la cadena y pudo Conrado observar que los pecados escritos en el papel se habían borrado.

El milagro.

Por ese gran milagro, que valió al príncipe ser elevado con su padre a los altares, se verá cuál fué la virtud primordial de su vida: la castidad, amada de Jesucristo.

La virtud primordial de la santidad.

Yendo cierto día San Esteban a visitar el Monasterio de San Martín, que él había fundado, envió delante al príncipe Emerico. Y cuando llegaba el rey, advirtió que el príncipe, según costumbre de la época, abrazaba a los religiosos; pero a unos una vez, a otros dos, a otros tres y hasta mayor número de veces. Después de la refacción, le pidió su padre le explicara la causa de aquella diferencia en el trato con los monjes, y por qué, en particular, había abrazado a uno hasta siete veces. Contestóle el príncipe ingenuamente que había observado esa diferencia según los diferentes grados de pureza y que el abrazado siete veces era de una pureza singularísima.

Creció Emerico en gracia y en perfección, meditando siempre qué podría hacer para ser más agradable a los ojos de Dios. Embargado con esos pensamientos, hallándose en oración cierta noche, en la iglesia de San Jorge, en Vesprián, percibió un resplandor que iluminaba el templo y oyó una voz que le decía: "La virginidad es una ofrenda muy preciosa y deseo que tú la conserves de cuerpo y de espíritu hasta la muerte."

Preciosa ofrenda.

El rey Esteban, que ignoraba esa resolución, concertó el matrimonio de Emerico con una princesa bella, honesta y virtuosa. Mostróse el príncipe poco satisfecho de esa resolución; pero se rindió a las indicaciones de su padre, con la esperanza de que

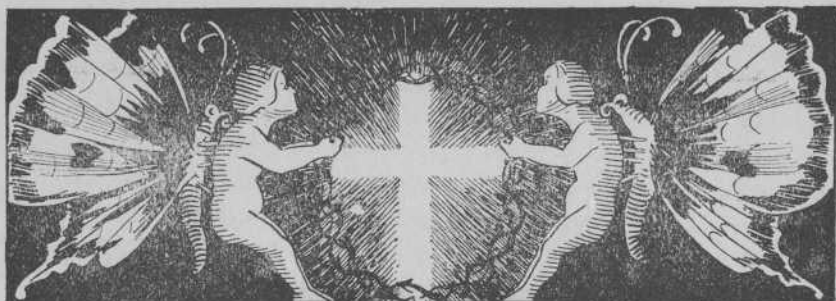
Vida de ángeles.

Dios le inspiraría el modo de mantener su propósito. Una vez casado, habló en términos tan persuasivos a la princesa, de la virtud de la castidad, que concertaron vivir como hermanos, como ángeles en la tierra.

En medio de las penitencias y austeridades de tan santa vida, murió Emerico en sus juveniles años, premiando Dios sus virtudes con un trono más valioso que el que se le destinaba en la tierra.

Ocurrió su muerte el día 4 de noviembre de 1032.





VI

La amada Santa Isabel ²¹⁾.—La santidad y el arte.—El ángel de los leprosos.—Su caridad ardentísima.—Ejemplos asombrosos de sus virtudes.—Mientras vivió cobijó a Turingia la paz angelical de su alma excelsa.—Sus mortificaciones, sus desengaños, su vida de dolor y su muerte gloriosa.



EN la galería de las obras maestras del gran pintor sevillano Bartolomé Esteban Murillo, llama poderosamente la atención una joya engendrada por su numen soberano, en la que están enlazadas íntimamente las consolaciones del alma cristiana por la pasmosa ejemplaridad de una santa reina.

Estrella de Murillo.

La poesía ha mezclado sus armoniosos acordes a esa joya pictórica de reconocida fama, que representa a Santa Isabel, llamada de Hungría, por haber nacido en ese suelo de reyes santos y reformadores, curando las lacerias de leprosos y cancerados, auxiliada en su tarea angelical por damas de su Corte, acaso las que fueron siempre constantes en su fidelidad, en los



SANTA ISABEL CURANDO A LOS LEPROSOS.—Murillo pint.

torrascosos tiempos de infortunio; mientras otros necesitados aguardan el turno de la consolación celestial y caridad ardentísima de Santa Isabel.

Esta Santa Isabel de Hungría, a la que en otros libros se llama equivocadamente reina de Hungría y que suele ser también confundida con otra Santa Isabel, “a gloriosa *Reinha Santa*”, de Portugal, descendiente asimismo de esa noble estirpe de reyes santos, fué hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Gertrudis, de Merania o de Andechs, de la familia, por línea recta, de Carlomagno.

Orígenes de Isabel.

Cuando acababa de cumplir cuatro años fué llevada a la Corte del landgrave (conde o duque) Herman de Turingia y de Hesse y conde palatino de Sajonia, por haber sido prometida en matrimonio al príncipe Luis, heredero de esos Estados, criándose en compañía de la princesa Inés, hermana de su prometido.

El prodigioso nacimiento de Isabel fué anunciado por el sabio Klinssohr, en forma de una estrella que se levantaba en Hungría para venir a esparcir en Turingia una santidad que llevara a toda la cristiandad de consuelo y regocijo.

Fragancia de leyenda.

En el año 1207, Gertrudis dió a luz una niña, en Presburgo, según los alemanes; en Saros-Patak, según los húngaros, a quien se puso el nombre de Isabel.

Dos causas se infiere influyeron en la santidad de Isabel: el ejemplo de su tía Eduvigis, que más tarde colocó la Iglesia en los altares, y la muerte alevosa de su madre, a manos de unos asesinos que conspiraban contra la vida del rey Andrés, a quien Gertrudis facilitó la huida, recibiendo el golpe asestado contra él.

Desde la niñez, fué su vida un viviente poema de humildad, mortificación, sacrificio y caridad ardentísima. Para referir ésta habría menester de los cánticos divinos de los coros angélicos Caridad franciscana, que triunfaba en los hospitales “avergonzando—dice exactamente una hagiografía—a las personas más fervorosas y caritativas”.

Su caridad.

En su portentosa obra *San Francisco de Asís*, ha dedicado la señora Pardo Bazán uno de los capítulos más inspirados y cristianos a describir esa terrible plaga hedionda y repugnante de la lepra.

La Iglesia, bendita Madre de los leprosos.

Digno es ese capítulo, como ningún otro, de ser conocido y

meditado; porque si se ha escrito algo eficiente en pro de os siglos medievales y de la protección que dispensó en ellos la Iglesia a sus hijos más infortunados, se encierra en esas líneas, en las que la ilustre escritora derramó las galanuras de su pluma y los conceptos más armoniosos de su privilegiado pensamiento.

Esa plaga fué, con la pobreza, el más rutilante florón de la corona de los santos. Si no hubiera obtenido otro resultado la obra de la redención, podríamos dar por bien vertida la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que salvó a la humanidad de borrón incalificable al transmitir el amor hacia los leprosos a sus hijos más excelsos.

San Francisco comenzó su vida seráfica poniendo su boca en contacto con las carnes de un gajo, con lo que acabó de vencer sus locas jactancias, y San Juliano albergó a Jesucristo en figura de otro leproso, en su lecho, como final de una vida mortificadísima de expiación y penitencia.

“¿Dónde reyes como San Luis—pregunta la señora Pardo Bazán—, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Rayemont sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? ¿Dónde Isabel de Hungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente las llagas del elefanciaco? ¿Dónde la condesa Sibila de Flandes dedicada en lo mejor de la vida al cuidado de la lepra? Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad hacia los gajos, no se dirigió primero a las clases populares: el ejemplo, la lección sublime, de alto habían de venir. Y así como el que murió en la Cruz era un Dios, los que le imitaran debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza.”

Sublimes ras-
gos,

Había entre los leprosos que socorría Isabel uno, reducido a tan deplorable estado, que nadie osaba curarle. Llamóle la duquesa, le lavó, dióle unturas con un bálsamo saludable y le acostó en su propio lecho.

Llegaba en aquel momento el duque al castillo, y saliéndole al encuentro su madre, le dijo: “Ven y verás una persona a quien tu mujer ama algo más que a ti.” Y le llevó junto al lecho, añadiendo: “Tu mujer mete los leprosos en tu propia cama. Sin duda quiere que se te pegue la lepra.”

Apartó Luis las sábanas, y en vez del leproso, halló la figura de Cristo crucificado tendido en su lecho.

De los ojos del duque se desprendió un mar de llanto, y puesto de hinojos dió gracias a Dios por haberle otorgado tan dulce y caritativa compañera.

Bajando un jueves a la ciudad Isabel, ricamente ataviada, halló una turba de pobres a quienes repartió todo el dinero que llevaba. Pero acercósele un menesteroso y le pidió con tono tan plañidero, que no teniendo dinero que darle, quitóse de la mano uno de sus guantes ricamente bordado y lo dió al mendigo.

Vió la acción un caballero de la comitiva, y corriendo tras el pobre le compró el guante, que prendió a su casco a modo de cimera, como prenda de la protección divina. Este caballero adquirió en la Cruzada gran fama por sus proezas, y estando para morir confesó que toda su gloria y fortuna en los lances bélicos las atribuía a haber llevado toda la vida aquel recuerdo de Santa Isabel.

Cierto día que llevaba ésta para sus pobres, en la falda del vestido, pan, carne, huevos y otras viandas, se encontró con el duque, quien, a pesar de la resistencia de Isabel, descubrió el bulto, no hallando sino multitud de rosas blancas y encarnadas, viendo brillar al mismo tiempo, sobre su cabeza, una imagen en forma de cruz.

Iba a asistir la santa a un banquete con su marido, y en el camino se cruzó con una necesitada que solicitó con vivas ansias un remedio a su pobreza. La blandura del corazón de Isabel y el rigor con que miraba en ese respecto su conducta, exigían que la menesterosa fuese socorrida. Pero no teniendo a mano otra cosa, dió su manto a la pedigüeña. Cuando llegó al banquete, como la preguntara el landgrave por el manto, toda turbada, dijo, señalando al primer lugar en que se posaron sus ojos: "Ahí está colgado." Fuése y estaba, efectivamente, en el lugar señalado por la duquesa.

No desmerecía el landgrave de su santa compañera. Era aquel matrimonio ejemplo de todas las virtudes. Del joven duque, casado con Isabel a los veinte años, cuando contaba ésta trece, ha dicho Montalembert: "Saltaba a la vista de todos en lo exte-

rrior de su persona la pureza y nobleza del alma. Pregonaba la fama entre los contemporáneos su varonil hermosura. Desde sus primeros años se distinguió por una pureza de alma y cuerpo tan cuidadosamente conservada, que nunca sufrió la mancha más ligera.“

San Francis-
co y Santa
Isabel.

El faumafurgo de la Umbria fué amigo de Isabel y la envió como prenda de esa santa amistad la humilde capa raída con que iba cubierto. Este era el manto real que más amaba la duquesa.

Despilfarros
celestiales.

No tenía momento de ociosidad Isabel. El tiempo que le dejaban libre sus deberes conyugales, cosía ropa para los pobres y para los religiosos franciscanos. Con solicitud heroica atendía a los enfermos en los hospitales. Afligió a toda Alemania una gran hambre en 1225; una de aquellas grandes calamidades que, cual maldición de Dios, pesaban sobre los pueblos en tan remotos siglos, y la landgravesa aprovechó la ausencia de su marido, retenido en lejana expedición guerrera, para repartir entre los menesterosos de Turingia y de Hesse inmensas cantidades de trigo. Cuando regresó el soberano diósele cuenta de las liberalidades de su esposa, que calificaron los mordaces de despilfarros, y respondió Luis: “Pues estoy muy contento y no menos seguro de que nada me faltará mientras tenga mi esposa libertad para dar a los pobres lo que quisiera.“

Comienzo
del Calvario.

En Otranto murió el landgrave cuando se había hecho cruzado para el rescate de la Tierra Santa, el día 11 de setiembre de 1227. Y desde entonces comenzaron las mortificaciones de esta santa princesa, mortificaciones que llegaron al extremo de reducirla a toda pobreza y a privarla de toda consolación exterior.

Del Poder a
la miseria.

Formóse la causa por sus llamados despilfarros en favor de los pobres, y fué arrojada de Palacio.

A los veinte años de aquella pura e inocente vida; cuando sonríen para otras jóvenes de esa misma edad todas las satisfacciones y todos los triunfos; bella, casta, noble, santa, comenzó para Isabel una vida de dolor y martirio, que convirtió esta estrella de la santidad en escala de Jacob para subir con más firmeza al Cielo.

¡Qué terrible salto, desde las más altas cimas del Poder, a

las negruras del torrente que arrastra las revueltas aguas en que naufragan todas las esperanzas y todas las ilusiones! Arrojada de Palacio, se confundió entre los pobres, los hermanos dilectos de su alma, entre los necesitados y los mendigos; privada de las caricias de sus hijitos y desamparada de todo humano consuelo. Y acaso de manos de alguno de esos mendigos recibiera el duro mendrugo de pan que convirtió su corazón en refrigerio y que ablandaron sus lágrimas, perlas transparentes más bellas y preciadas que las que ocultan las conchas en las profundidades del mar.

Pero tanto infortunio no era sino suma satisfacción para su espíritu ansioso de padecer persecución y dolor, desvíos e injusticias de los hombres. Pasaba las noches en mísero cobijo, entre pobres y necesitados, su Corte de honor de los nuevos tiempos, solamente acompañada, como recuerdo de sus antiguas grandezas reales, de dos caritativas damas, Guta e Isen-trudis, que jamás quisieron abandonarla y que todo lo habían arrostrado por la santa princesa.

Dulces con-
solaciones.

Muchas veces se la apareció en estas circunstancias la Santísima Virgen y la consoló dulcemente, diciéndola que al alma no baja una sola gracia sino por la oración y la mortificación corporal.

Jesucristo se la apareció esplendente en la plenitud de su gloria, para anunciarla el día de sus esponsales en el Cielo.

La muerte.

Y así, probada por la adversidad, purificada por el dolor, traspuesta por la caridad ardentísima y comunicativa de su corazón generoso, y colmado su espíritu de merecimientos, esta gran sierva de Dios "inclinó—dice su insigne panegirista—la cabeza como en un dulce sueño y entregó triunfante el postrer suspiro. Su alma voló al Cielo en medio de los ángeles y santos que habían salido a su encuentro."

Ocurrió el glorioso tránsito en la noche del 19 de noviembre de 1231.

El protestantismo, como huracán desencadenado, ha borrado el vestigio de los monumentos fundados por la regia limosnera. En el mismo castillo de Wartbourg la memoria de la humildad y caridad de Isabel ha sido profanada por la presencia de Lutero, quien perpetró la alevosa herejía de llamar a ese lu-

La furia sa-
tánica del
protestantis-
mo.

gar su Isla de Patmos; y hasta el templo de la santa de Turingia yace abandonado y desnudo y vacío el cofre argentífero, de donde un impío descendiente de la santa extrajo las venerables cenizas.

¡Maldita mano y maldita soberbia satánica, que así se revol- vieron, en su impotente furia, contra lo más amado de Dios!



CUNA DE REYES SANTOS
LA SANTIDAD Y LA REFORMA
EN INGLATERRA



I

Prolegómenos de la santidad.—Inglaterra, patria de reyes santos.—Siete reyes y cincuenta y tres princesas en los altares.—La misión purificadora del Catolicismo.—Irlanda, santuario de nuestras benditas creencias.



o hay Reino en toda la Cristiandad—escribió el P. Croisset—que haya adorado tantos santos en su trono, como el de Inglaterra.”

Santas constelaciones.

Ofrece, efectivamente, esa nación el ejemplo de dos reyes de un mismo nombre, ligados por estrechos vínculos de sangre, en quienes resplandecen la predestinación y la gracia y, entrelazadas con esas preciosas vidas, las consecuencias que saca el Señor, para aleccionarnos, de los males aparentes de la vida.

Cinco monarcas más fueron, en esa tierra de santos, elevados a los altares, y como si la exposición fuera insuficiente, girando alrededor de esos soles de la santidad, aparecen cincuenta y tres princesas, incluídas entre los santos de Dios, estrellas menores de ese firmamento lleno de divinas constelaciones.

Contraste
amargo.

Pero ¡ay! no existe tampoco Reino en toda la extensión de la tierra civilizada que ofrezca el amargo, desconsolador contraste, que se confiene en la historia de ese pueblo. Ninguna tierra hay en que, proclamada la impía reforma, se persiguiera más sañuda y encarnizadamente al Catolicismo, hasta el punto de retrotraer esa cruel persecución a los bárbaros tiempos de Nerón y Diocleciano.

Esencia del
Catolicismo.

El más fuerte poder del Catolicismo es el que da cumplimiento a su significado por la universalidad y extensión de su doctrina. Allí donde prenden sus principios y la sangre de sus mártires riega la tierra, allí, tarde o temprano, retoñará la planta y volverán a nacer sus dogmas y el árbol de la fe abrirá sus ramas llenas de oraciones, que son sus más lozanos frutos, y toda la naturaleza entonará un himno al renacer de la vida, himno de gloria y nuevos hermosos amaneceres.

La sangre de los mártires es germen prolífico. Los dogmas del Catolicismo son como el hierro, que más se endurece cuanto más se le golpea. No haya que temer de los embates a que se les someta. Ya previno Jesucristo que su Iglesia sería perdurablemente combatida porque sus enseñanzas no se avendrían con las pasiones de los hombres lascivos y crueles.

El Catolicismo,
lazo de amor.

Indagad en el horizonte, en toda la extensión de la tierra conocida; desde el Septentrión al Mediodía, desde el Oriente al Ocaso, desde las razas de esquimales hasta las que viven en una atmósfera de fuego; desde los pueblos que se prosternan a la salida del sol, hasta los que recogieron primeramente la civilización cristiana, por hallarse más cercanos a la cuna civilizadora; desde las nacionalidades del más remoto origen, hasta las que plugo a Dios les infundiera el espíritu de la moral cristiana un pueblo moldeado en luengos siglos de lucha por la intangibilidad de sus creencias... y en todos esos pueblos, entre todas esas razas, disputando el terreno a todos los sofismas, hallaréis propagadores de la divina palabra, que es esperanza de firmeza terrenal y esperanza resurreccional en el Cielo.

Irlanda la
mártir.

Por indicio de esas verdades, atisbo de futuros triunfos dogmáticos, en una de esas Islas del Norte de Europa, quedó flotando un hálito divino y rememoró el sacrificio cristiano los tiempos de oro del triunfo de la fe.

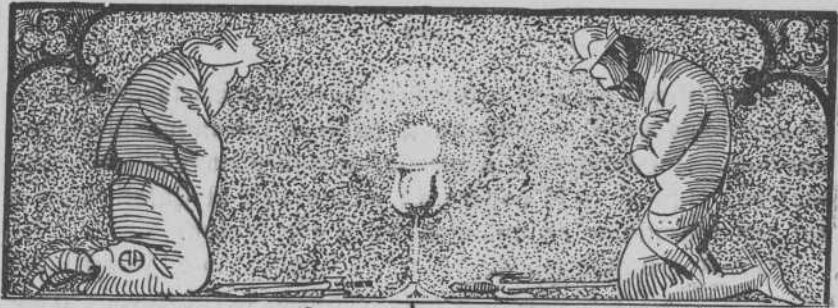
En problema político se convirtió el religioso, y la separación de creencias abrió un abismo al parecer infranqueable, hasta que nuevas modalidades, inspiradas en honrosas rectificaciones, abrieron el pecho a la esperanza y comenzó el Catolicismo a ser considerado como una alentadora afirmación.

Cuando era diácono Gregorio I el Magno, vió en Roma unos niños esclavos, que parecían ángeles por su hermosura, y al saber que eran anglos exclamó: ¡Qué desventura que la gracia no more todavía bajo tan bellas frentes, pues entonces estos anglos serían ángeles y tales hombres serían los hermanos de los ángeles en el Cielo!

Los anglos,
vistos por
Gregorio el
Magno.

Desde entonces no pensó en otra cosa que en la conversión de ese pueblo, que pudo realizar siendo Pontífice.





II

SAN EDUARDO EL MÁRTIR

Otra gran reina educadora. — Cómo se deslizó la niñez de Eduardo. — Una víbora anida en las gradas del trono. — La juventud del Príncipe. — Su caridad. — Otras eminentes virtudes. — Su afición a la caza. — Su muerte cruel y alevosa.

La niñez de Eduardo.



ACIA últimos del año 961 o principios del 962, vino al mundo un hijo del rey Edgard, apellidado el "Pacífico", a quien se puso el nombre de Eduardo. Pertenece este insigne príncipe a familia de santos, pues en su ilustre prosapia florecieron su abuela Santa Elvigia y su hermana Santa Edita.

Bautizóle San Dunstan, quien cooperó brillantísimamente en su educación.

Difícilmente se hallará vida tan llena de peripecias y circunstancias sobrenaturales cual la de este santo rey. Breve como la de un astro fugaz fué su existencia. Y ofrece su muerte ancho

campo al entendimiento del hombre que quiera admirar y abismarse en los altísimos juicios de Dios.

Se deslizó su niñez como arroyuelo transparente de aguas tranquilas, modelo vivo y ejemplarísimo de todas las virtudes aureoladas por el resplandor del bullicio y las disipaciones de la vida cortesana, entre las que aquéllas brillaban como las perlas entre las asperezas de las conchas. Podía muy bien afirmarse que vivía el joven príncipe entre el fuego sin quemarse, singular reserva de sus juiciosas prevenciones, en que le auxiliaba su ejemplarísima madre, Egelfleda, otra gran reina educadora, hija del duque de Ormer, uno de los más poderosos dignatarios de Inglaterra.

Pero perdió Eduardo a su madre y cambió radicalmente el rumbo de su destino en la tierra. A las ternuras maternas sucedieron los fríos cálculos de Elfrida, la nueva esposa del rey Edgard, mujer recelosa y dominadora, poseída de insanas pasiones que se desbordaron en perjuicio de Eduardo, por no poder sufrir aquella perversa mujer que se considerase a ese príncipe futuro monarca de Inglaterra.

Principios de dolor.

En torno de la vida de Eduardo, planta lozana de la sanfidad y el sacrificio, comenzaban a desarrollarse los sucesos en la forma más novelesca, pues los sentimientos calculistas y ambiciosos de Elfrida se exacerbaban aún más al dar a luz un hijo, a quien se puso el nombre de Etelredo.

Contraste singular hacía con esa animadversión de la reina la admiración que sentía el rey por su hijo Eduardo. Acaso recordaba en éste las ejemplares virtudes de la mujer virtuosa que le había dado la vida; siéndole también patentes aquella prudencia extremada, aquella solidez de juicio, aquella pureza de vida del joven príncipe; circunstancias que determinaron al monarca a declarar solemnemente a su primogénito sucesor en la gobernación del Estado, haciéndole reconocer con ese carácter por todos los grandes del Reino.

Eduardo, sucesor de la Corona.

Falleció en 975 el prudente monarca y nuestro santo escaló las gradas del trono (22).

Eduardo, rey.

No conoció límites el contento del pueblo, por percatarse de que le gobernaba un rey santo, en el que se resumían todos los derechos políficos. Reinaba, pues, Eduardo en el corazón de sus

súbditos por la fuerza indestructible de la compenetración más íntima.

La caridad
de Eduardo.

Sobresalía entre sus virtudes esa flor de penetrante fragancia, que así embalsama el espíritu como las ocultas florecillas los rústicos senderos. Gran amigo de los pobres, daba de comer todos los días en Palacio a gran número de necesitados, sirviéndoles personalmente, en atención a las reiteradas recomendaciones de Jesucristo, a quien plugo legarnos su representación más acrisolada en la humildad y la pobreza.

Fruto de la
santidad.

Si la suprema aspiración de los pueblos cifrase en ser gobernados moralmente, claro es que se aquietan las calamidades públicas y hasta disminuyen las del orden natural, rendidos los corazones a la influencia del gobernante que administra los intereses nacionales rectamente. La devoción, la austeridad, la justicia resplandecían en este reinado; no conociendo los britanos agitación. Fomentábase en el Reino la prosperidad, imperando el sosiego en la sociedad y la paz en las conciencias.

El nidal de
la víbora.

Pero la serpiente que había buscado su nido en las gradas del trono, acechaba el momento propicio en que caer sobre su presa.

No podía la reina Elfrida ver con paciencia tales muestras de felicidad, ni las pruebas de amor de que constantemente hacían objeto sus pueblos al joven rey. Aquella paz y aquel sosiego en que se desenvolvían los asuntos públicos turbaban su reposo y fomentaban en su corazón odio satánico hacia el inocente Eduardo.

Infería esa perversa mujer que por el camino de la sedición nada lograría. Pero resuelta a todo trance a deshacerse del monarca, suelto el freno a las más infames maquinaciones, resolvió poner en ejecución sus planes por medio del más horrendo delito.

Eduardo y
Etelredo.

Amaba Eduardo a su hermano Etelredo tan tiernamente, que todo resquemor hacía deponer la ternura de ese cariño, si algún presentimiento sentía, en lo que concierne al odio de su madrastra; siendo esa ternura exactamente correspondida por Etelredo.

Egloga.

Las campiñas idílicas de la tierra anglicana entonaban sus sinfonías multicordes cuando sentían las pisadas del noble

bruto que conducía a uno de los reyes más arrogantes y virtuosos de la tierra.

El celaje de los amaneceres primaverales parecía desgarrarse al denodado impulso de aquel gallardo mancebo, que pasaba raudo, en su corcel favorito, persiguiendo al atemorizado ciervo.

La jabalina disparada por Eduardo tornaba casi siempre a poder del experto cazador, por la certeza de su puntería. Y las piezas vencidas se apiñaban después a los pies del noble bruto, que parecía compartir el triunfo de tan gentil cazador y consumado caballero.

Fingía la Naturaleza engalanarse para brindar dulce paz a las miradas del santo y gallardo rey. Erguían las flores más lozanas sus corolas de púrpura, y verde alfombra esmaltaba la campiña, sembrada del rocío de los rutilantes amaneceres. Los árboles ofrecían la promesa de sus frutos en el verdor de sus hojas. Las neblinas huían ante el paso del sol, que reclamaba una salutación orquestal en esa tierra tan avara de las caricias de Helios. Y cambiaba todo en aquella vida del campo, blanda y fecunda ahora, yerba y entumecida durante los rigores del invierno.

Los aldeanos se asomaban a la puerta de sus alquerías y se pintaba en sus facciones el puro gozo de sus almas. Y se decían:

—Es nuestro buen rey que pasa. Bendígale Dios.

Y seguía el buen rey espoleando el caballo y gustaba perderse de la vista de servidores y lacayos, devorando la inmensidad de la campiña, como si buscara una idea de sus afanes celestiales, en aquel devorar de leguas y en el azul del celaje de los cielos, que se extendía ante sus miradas pobladas de infinitas vaguedades...

No conocía ni sentía Eduardo otra expansión humana que la caza.

La ruta del
martirio.

Se hallaba en Horse-Castle y le asaltó la idea de sorprender gratamente a su hermano Etlredo, que habitaba con su madre en un castillo cercano.

Pronto le reconocieron los servidores y centinelas, quienes se apresuraron a transmitir la noticia a la reina.

La madrastra, cruel y perversa, concibió un diabólico plan, si no lo tenía ya meditado, y lo puso inmediatamente en ejecu.

La muerte
del rey.

ción. De acuerdo con el mayordomo, pidió un palafrén y, acompañada de su cómplice, salió al encuentro del rey santo, y mientras le hacía los fingidos cumplidos de la hospitalidad, el infame servidor, que había puesto también su caballo junto al de Eduardo, aprovechando un descuido de éste le clavó un puñal en el pecho.

Prodigios
subsiguientes.

Instintivamente picó espuelas el santo monarca, pero a pocos pasos cayó del caballo en un bosque, en donde fué barbaramente mutilado.



SAN EDUARDO EL MÁRTIR

Ordenó Alfrida ocultar el cuerpo del mártir en una casa de labor cercana al lugar del crimen, para sustraer el suceso del conocimiento de las gentes. Pero en aquel mismo instante, comenzaron a mostrarse los grandes prodigios que otorga el Altísimo a los cuerpos de sus santos. Una mujer ciega que se hallaba en aquella casa, al tocar el cuerpo del rey, recobró la vista. Dispuso entonces Alfrida que se arrojara el cadáver a una laguna pantanosa. Pero lo descubrió una luz sobrenatural que se veía todas las noches brillar sobre los santos despojos.

Etelredo veneró a su antecesor como se venera a los santos, e hizo erigir en honra suya suntuoso templo. Todos los obispos del Reino le otorgaron el título de mártir, por haber sufrido muerte tan alevosa y honrarle Dios con gran número de maravillas...



III

San Eduardo el Piadoso.—Los altos juicios de Dios.—Ejemplo insigne de providencialismo histórico.—La santa mansedumbre de un gran rey.—Su magnanimidad.—Su piedad.—Jesucristo se le aparece en la Eucaristía.—San Juan Evangelista le predice la muerte.



A pequeñez de la razón humana se abisma y confunde ante la magnitud de los altos juicios de Dios.

Rasgos de providencialismo.

Es inconcebible la resistencia del hombre, que concentra la mente, la endurece y la abroquela en un impuro materialismo, negándose a la sojuzgación de estas verdades inefables y consoladoras del providencialismo, tan palpable, tan demostrable, tan evidente y fuera de discusión. ¿Qué explicación otorgan esas mentes al gran principio en que se desenvuelve toda la armonía del Universo, desde el imperceptible movimiento de las humildes florecillas, y el rítmico y solemne rufilar de los astros, hasta los grandes problemas sociales y los inmensos cataclismos de los pueblos?

Ningún otro ejemplo tan insigne como el de la concatenación y sucesión de estos reyes británicos, en el orden de esas afirmaciones. Porque, ajeno Eitelredo, inocente en las maquinaciones y conducta feroz de su madre, amante, por el contrario, hasta el mayor extremo, de su santo hermano, sucesor suyo en el trono; mereció la dicha, por esa conjunción de inocencias y virtudes, de engendrar un hijo que, después de reinar, había de recibir culto en los altares.

Rey, en el
vientre ma-
terno.

San Eduardo el "Confesor" o el "Piadoso", tercero de ese nombre en la cronología de los soberanos de Inglaterra, fué, pues, hijo de Eitelredo y de Emma, hija de Ricardo, duque de Normandía. Juráronle fidelidad sus pueblos, estando en el vientre de su madre, por el inminente peligro de una irrupción de los daneses; irrupción de la que tuvo que huir la Corte, refugiándose en Normandía, cuando acababa la reina de dar a luz a Eduardo.

Las armas de
la santidad.

En el destierro se formó su santidad; en la adversidad se acrisoló su virtud y tomó relieve su carácter ejemplar, caritativo y justiciero. Nada quería por la violencia. Todo lo fiaba a la persuasión. Dijéronle cierto día sus cortesanos que el camino hasta el trono estaba sembrado de contradicciones, y respondió que jamás ceñiría la corona si costaba una sola gota de sangre poseerla.

Por el cami-
no de la de-
solación.

Dios gana el corazón de unos hombres por el camino de la mortificación; el de otros, por el camino de las prosperidades. Había nacido nuestro rey para las grandes tribulaciones. Por ese sendero espinoso fué un gran monarca. Murió su padre y perecieron sus hermanos Edmundo y Alfredo en lucha contra los invasores de su patria; pero cuando la desolación de sus propios errores y excesos quitó a éstos el dominio de Inglaterra, tomó Eduardo las riendas del Estado, dedicándose, ante todo, a la reparación de los templos, que aquéllos habían profanado y arruinado.

Por el cami-
no de la ca-
ridad.

Describir sus actos de devoción y piedad fuera empresa prolija. Correspondían esos actos a la más activa caridad, a esa caridad heroica y abnegada que es el más preciado florón de estas vidas áureas de la Santidad en el Trono.

En el camino del templo, en donde todos los días adoraba a

Dios Sacramentado, que se dignó aparecérsese en forma corporal en la Hostia Consagrada, vió cierto día un pobre paralítico, que se arrastraba difícilmente en la misma dirección que el rey.

Los santos no han titubeado jamás en sus resoluciones. Si hubieran pesado el pro y el contra de las mismas, no hubieran tenido éstas ese sello de heroica virtud que les imprime carácter, el carácter de su espontaneidad fresca y lozana, tal como el perfume de las flores más hermosas de la tierra. Y claro es que si esas determinaciones hubieran sido cosa vulgar y corriente, en el lenguaje de los ridículos respetos humanos, hubieran perdido toda la heroicidad de que están revestidas y que las han hecho destacarse, no obstante su aparente simplicidad, del común de las determinaciones de los hombres.

Y en quienes más resplandece ese hermoso impulso no re-frenado, es en los reyes. Si llegaran éstos a percatarse del efecto que producen sus bondades, cuanto más espontáneas, más ejemplares y conmovedoras, es seguro que decir rey fuera decir santidad, y decir monarquía, la forma más humana y agradable de la política de los hombres.

¿Qué resolución adoptó el rey a la vista de aquel paralítico que caminaba también, aunque sin fuerzas, hacia el templo? Le cargó en sus delicados hombros. En el acto se hizo patente la gratitud de Dios, con asombroso prodigio: el enfermo curó instantáneamente.

Vió en cierta ocasión el rey Eduardo cómo habiendo dejado su tesorero general abierto por inadvertencia el tesoro, un oficial de Palacio sustraía una cantidad considerable. Disimuló y callóse el santo rey. Pero volviendo el tesorero y advirtiendo la sustracción, suplicó al soberano que ordenara practicar una pesquisa general en Palacio, hasta dar con el delincuente.

—No haré tal—respondió el soberano—, porque es natural que el que hurtó el dinero tuviera más necesidad de él que yo. Pero ten tú cuidado en lo sucesivo para que no sean tan fáciles esos delitos.

No hay virtud que más ejemplarice que la magnanimidad de los reyes. Ejemplos vivos de Dios, por la paternidad de su misión sobre millones de súbditos, han de unir a la justicia la magnanimidad y han de templar con el perdón esos momentos

Por el cami-
no de la mag-
nanimidad.

fugaces e irreflexivos, que trastornan la mente del hombre, sin determinar en los mismos ningún vicioso propósito ni cálculo de hacer el mal por tendencia, propensión y hábito de hacerlo.

En la moderna pedagogía, preconizada por los más eminentes pensadores cristianos, más ejemplariza una reprensión, acompañada de un rasgo de magnanimidad, que una sanción violenta y cruel.

Eduardo, le-
gislador.

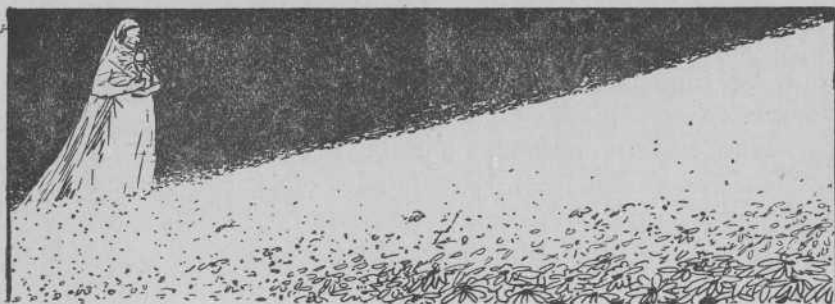
Como un gran legislador ha pasado también a la Historia este santo rey. Puso en vigor cierto cuerpo de leyes que habían caído en desuso. Los principales del Reino exigieron que jurase el monarca mantener aquellas leyes. No se conserva texto alguno de ese documento legislativo; pero queda un cuerpo de leyes semilatinas y romanas, otorgadas, según se cree, por Guillermo el "Conquistador" a una asamblea de los principales personajes de Inglaterra, cuatro años después de su advenimiento al trono. El título de ese Código indica que se trata de las mismas leyes cuya observancia había jurado Eduardo (23).

Ultimo pro-
digio.

La vida de este santo monarca, hasta que descendió al sepulcro para ascender la escala del Cielo, fué una no interrumpida serie de asombrosas particularidades.

Profesaba tal devoción a San Juan Evangelista, que había hecho promesa de no negar nada que se le pidiese en nombre del discípulo amado de Jesucristo. Se le apareció un mendigo y le pidió por amor de San Juan una limosna. No tenía el monarca a mano monedas. Y sacando de un dedo una sortija, se la ofreció al necesitado. Pocos días después apareció el Apóstol a dos peregrinos ingleses y les mandó que llevaran al rey aquel anillo, transmitiéndole el mensaje de que sólo le restaban seis meses de vida.

Efectivamente, habiendo llegado el día pronosticado, que fué el 5 de enero de 1066, expiró el santo monarca, entre el llanto general de sus pueblos.



IV

**Otros reyes santos ingleses.—San Lucio.—San Etl-
verto.—San Oswaldo.—San Ricardo.—San Edmundo.**



RECEDE, en el orden cronológico, a los dos reyes que dejamos historiados, una magnífica galería de monarcas anglos, cuya sola enunciación es garantía de nuestras afirmaciones en lo concerniente a la pluralidad de la santidad en el solio inglés.

Algunos de esos soberanos no ejercieron influencia en su patria, en el aspecto político. Acaso se trata de príncipes y régulos de las tribus que combatieron contra los últimos intentos de la penetración romana, o pertenecientes a las dinastías que se repartieron el dominio de los reinos y principados que surgieron como consecuencia de la invasión de los anglos y los sajones.

De todos modos, como nuestro objeto es puntualizar aquella multiplicidad de reyes santos, cumplimos ese propósito con la sola enunciación de aquéllos; teniendo en cuenta, además,

que las dimensiones de este libro no permitirían mayor esfuerzo.

Figuran en esa magnífica galería:

San Lucio. (Año 182).—Apellidado el “Primer cristiano de Inglaterra”. Algunos historiadores aseguran que abdicó la corona y que predicó el Evangelio en Alemania; pero según el Martirio, Butler cree esa opinión destituida de fundamento,

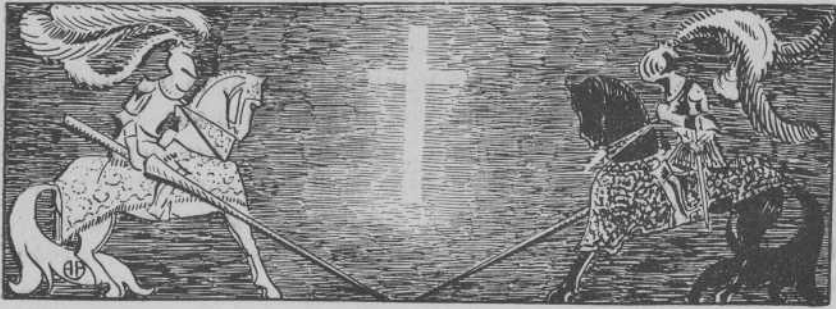
San Etelvert.—Bautizado en 597 por San Agustín, prior del monasterio de San Andrés de Roma.

San Oswaldo.—Nuevo Constantino. Ganó, como el hijo de Santa Elena, una batalla bajo la égida de la Cruz, que mandó colocar en el lugar de la acción, que se llamó desde entonces “Campo del Cielo”. Muerto en otro combate el día 5 de agosto de 642.

San Ricardo.—Padre de tres hijos santos. Falleció en la ciudad de Luca, cuando iba en peregrinación a Roma, el día 7 de febrero de 722.

San Edmundo. (855.)—Invadida Inglaterra por los daneses, hicieron éstos prisionero al rey santo, y no queriendo San Edmundo someterse a vejámenes que repugnaban su fe cristiana y su dignidad de rey, fué cruelmente martirizado, alcanzando la palma el día 20 de noviembre de 870.





V

El protestantismo en Inglaterra.—La defección religiosa.—Orígenes de la Reforma.—Enrique VIII.—Sus pasiones bastardas.—Sus crueldades.—La perdición de la conciencia.—Albores de reconquista.



BRUMA y entristece y sumerge el espíritu en hondas cavilaciones y consideraciones plenas de amargura, lo ocurrido en Inglaterra, después de ese brillante y copioso desfile de reyes santos. A la más pura ortodoxia, sucede la más nefanda herejía; a la castidad más excelsa, la concupiscencia más depravada; a la honradez más sublime, la explosión de los más bajos y groseros instintos de la carne; a la santidad, en suma, de la anterior galería de egregios monarcas, la maldita, satánica rebelión de Enrique VIII, uno de los monarcas más funestos de la tierra.

Tres hombres, sinónimos de lujuria, sembraron en Europa la cizaña del protestantismo: Lutero, en Alemania; Calvino, en Francia; Enrique VIII, en Inglaterra.

Apostasía.

Heresiarcas
por lascivos.

El primero se rebeló contra la infalibilidad de la Iglesia, para poderse casar sacrilegamente con otra infiel a sus votos. Fué tan deshonesto el segundo, que mereció por sus depravadas costumbres ser marcado con hierro candente, por sentencia del tribunal de Noyon. En cuanto al torpísimo y cruel Enrique de Tudor, se apartó de la obediencia del Pontífice, por negarse éste a sancionar su divorcio con la virtuosa y desgraciada Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos.

Había sido Catalina prometida al príncipe Arturo, hermano de Enrique. Pero murió aquél a los catorce años sin consumir el matrimonio. Casóse con ella Enrique. En el espacio de diez y ocho años tuvieron cinco hijos. Turbóse el cielo de esa dicha conyugal, al conocer el de Tudor a Ana Boleyn (Bolena), una de las damas de la Corte, sintiendo entonces escrúpulos de haberse casado con una cuñada. El canciller cardenal Wolsey se opuso al divorcio y fué despojado de la prianza.

Satánicas lo-
curas.

El nuevo canciller, Tomás Moro, era asimismo refractario al divorcio. También lo desaprobaba el pueblo inglés porque amaba mucho a la desgraciada y buena Catalina y temía una guerra con España. Pero Tomás Cronwell, consejero de Enrique, sugirió a éste la idea, para allanar todas las dificultades, de erigirse en cabeza de su propia iglesia.

No desagradó la proposición a quien tenía la vanidad de creerse un insigne teólogo. Siempre caminan estrechamente unidos la jactancia, la vanidad, la soberbia y los más bajos instintos de la carne. Esa es, en pocas líneas, la historia de todas las defecciones de la conciencia. El mismo que se había titulado *Defensor de la fe*, reprochando a Lutero públicamente la reforma, contrajo un matrimonio sacrilego con Ana Bolena (25 de enero de 1533).

Ferocidad y
lascivia.

Desde ese momento desatóse el torrente de las iniquidades en el solio británico. Se discutió la autoridad del Pontífice y se prohibieron las apelaciones a Roma. El Papa anuló la sentencia de divorcio pronunciada por Crammer, que en recompensa había sido promovido al arzobispado de Cantorbery, y fulminó sentencia de excomunión contra Enrique.

También echó su cuarto a espadas en este infernal asunto el impío Lutero, desaprobando el divorcio; pero añadiendo, muy a

tono con su conciencia acomodicia y... reformada, que más bien hubiera permitido la bigamia al rey.

Declaró el de Tudor guerra implacable a los católicos, sus enemigos de última hora, y a los luteranos, sus antiguos enemigos. "¿Qué país es éste—preguntaba un personaje francés—donde se ahorca a los católicos y se quema a los herejes?" (24).

He aquí ahora una síntesis de la lascivia y ferocidad de Enrique VIII: envió a la Bolena al cadalso y se casó con Juana Seymour, que murió al dar a luz su primer hijo. Enlazóse con Ana de Cleves, a la que repudió para llevar al manchado fálamo a Catalina Howard, que murió también en el patíbulo. Su última mujer fué Catalina Parr, que casó después con Tomás Seymour, hermano del Protector.

La persecución religiosa adquiría, entretanto, un carácter de ferocidad que superaba a las épocas más abominables de la tiranía. Se introdujo un *bill* de convicción en virtud del cual, la Cámara alta condenaba sin otra forma de procedimiento. "Inquisición ferocísima—dice a este respecto César Cantú—que multiplicaba las víctimas, pronunciando *setenta y dos mil* sentencias capitales durante aquel feroz reinado."

La persecución religiosa.

Si analizamos a la luz de la justicia y la razón todas las apostasías, las hallaremos inspiradas, no en pruritos de patriotismo y dignificación de la conciencia, mentido señuelo de esas claudicaciones, sino en los más bajos y groseros instintos.

El germen de las apostasías.

Hombres hipócritas, de fingida y desmentida virtud, rencorosos, sanguinarios, lujuriosos, fueron esos falsos apóstoles decantados por ese otro mentido instinto de ciudadanía en que funden en parte su proselitismo los pueblos que en esos errores perseveran.

Es la historia de todas las claudicaciones, de todos los apostolados bastardos que surgieron en el momento mismo en que se esparcieron por el mundo los apóstoles de Jesús, para sembrar la divina semilla. Es la historia de todas las apostasías y defecciones que han conmovido la conciencia humana desde los errores de Arrio, hasta la satánica rebelión de Martín Lutero.

La desertión de Inglaterra en el campo de la conciencia religiosa es dolorosísima. Porque es tan fuera de toda política y razón esa apostasía, que bien pueden las reliquias de sus reyes.



santos demandar ante la faz de la Historia estrechas cuentas a ese descendiente de tan excelsos monarcas, que arrastra en pos de sí, para dejarlas hechas añicos en el camino de la infernal tragedia de su vida, las conciencias de sus súbditos.

Contra todo error, un martillo de la fe.

Pero no hay que desfallecer. Pasarán las generaciones y quedará inmutable la palabra de Dios, que es justicia y es verdad, contra todas las maquinaciones y perfidias de los hombres. Contra el arrianismo surgieron los Hilarios, los Atanasios y los Basilio; un Santo Domingo de Guzmán contra los albigenses; "tres milicias de caballeros armados contra el odio cismático del dragón", según frase de Gregorio IX, al hacer el panegírico de canonización de San Francisco: las tres milicias franciscanas contra las tres grandes concupiscencias del hombre; un San Ignacio de Loyola contra las herejías y los errores del protestantismo; un martillo de la fe, enrojecido entre las brasas de las puras tradiciones teológicas, contra toda innovación racionalista...

Renacer católico.

Lenta, paulatinamente, va cediendo terreno el cisma en Inglaterra, ante el avance del Catolicismo, que retorna al dominio de las conciencias en una progresión que, si no arrolladora por el número, no deja de ser consoladora; progresión que se extiende desde la plenitud de los hogares, hasta la conquista de la diplomacia y la política.

Derechos morales de la Santa Sede, abolidos por el impío Enrique de Tudor, vuelven a ponerse en vigor en la tierra anglicana, como la institución de "La Unión Católica para el apoyo y mayor desarrollo del dinero de San Pedro." Más de diez mil conversiones se registran anualmente en aquella tierra de santos, según testimonio reciente de ilustre prelado inglés. La conservación de la embajada británica cerca del sucesor de San Pedro, después de la guerra que asoló recientemente al mundo, embajada mantenida contra todas las sugerencias por un gobierno laborista, es también elocuente testimonio de la reconquista de aquellos altísimos derechos.

La sangre de San Eduardo el mártir ha de ser sangre fecunda que torne a ese pueblo, como oveja descarriada, al redil donde le espera Cristo Jesús, el Pastor divino de las almas extraviadas, con los amorosos brazos abiertos...

LA CASTIDAD Y LA JUSTICIA
EN EL TRONO



I

San Enrique Emperador.—En San Enrique se resume el juicio de San Gregorio el Magno.—Desde la niñez le acompañaron los prodigios.—«Post Sex».—Matrimonio de santos.—La magnanimidad del emperador.—Su devoción filial al Pontificado.—Extinción de un cisma.—Legislador, guerrero y conquistador.—Tierno episodio.—Sus inefables visiones.—Su muerte.



ODRÍAMOS decir que la santidad real es un océano de luz. Y añadir que a medida que se adentra la inteligencia en el conocimiento de sus deslumbrantes regiones, crece y se agiganta la admiración que causan los rasgos de esas magníficas vidas sembradas de particularidades, que son, en ese mar de luz, las vistosas

Por la castidad, por la santidad y por la justicia.

algas y las codiciadas perlas.

Todos estos monarcas excepcionales lo han sido por la práctica de las más hermosas virtudes. Por la castidad fueron santos; por la santidad fueron justos; por la justicia fueron respec-

dos y fueron legisladores y evangelizadores y fundadores de reinos.

Piedad y clemencia.

En San Enrique, emperador de Alemania, II en la cronología de su nombre, primero por ser superior a todos sus predecesores, eran de admirar dos circunstancias que formaban la corona de sus virtudes, más valiosa que la corona de emperador que ostentaba en las sienes: su piedad, no superada por ningún otro monarca, y su magnanimidad y su clemencia.



SAN ENRIQUE EMPERADOR

De su piedad hablan elocuentemente sus actos de sujeción al Pontificado; sus fundaciones; el apogeo a que elevó el catolicismo en Alemania; la activa cooperación que prestó a la evangelización, con San Esteban, del pueblo húngaro. De su magnanimidad hablan con encarecimiento igual sus actos de perdón y tolerancia con sus enemigos; sus rasgos sublimes de olvido de las ofensas, actos contrastados de manera singularísima por las costumbres de aquellos féreos siglos.

En este santo emperador se resume el juicio que hizo San Gregorio el Magno de la perfección de los reyes, que consiste "en practicar la justicia, en hacer respetar los derechos de cada uno y no permitir a nadie el abuso de la fuerza, sino, antes bien, obligar a todos a observar la equidad y las leyes".

Nació Enrique en una magnífica residencia situada sobre el Danubio, el día 6 de mayo del año 972. Fueron sus padres Enrique, duque de Baviera y príncipe de Carintia, y Gisela, hija de Conrado, rey de Borgoña.

Le bautizó y se encargó de su educación el obispo de Ratisbona, San Wolfango, quien desde los primeros años advirtió en

El juicio de San Gregorio.

Nacimiento y educación.

el príncipe ostensibles anuncios de sus felices disposiciones para la virtud.

Pero murió el santo preceptor y quedó Enrique sin consuelo: tal era la ternura con que amaba al sabio prelado. Solamente en el llanto hallaba su hondo pesar algún lenitivo. Pasaba las horas en oración junto al sepulcro del preceptor, evocando sus sabias máximas, sus prudentes consejos, sus juiciosas exhortaciones, la bendita emulación con que le había inculcado las puras tradiciones de la religión de Jesucristo.

Enrique, sin consuelo en la tierra.

Ponían los coros angélicos guardia de honor en torno del candoroso príncipe. En cierta ocasión, vencido por el cansancio producido por el propio dolor, quedóse dormido. Y soñó, soñó cosas transcendentales, enigmáticas y misteriosas.

Ofrecíase a su vista una escena en algo parecida a aquella en que una mano invisible mostró a Baltasar, escritas en la sala del festín, las proféticas palabras: *Mane, Thecel, Phares*; frases de un sentido fatídico, comprendido sólo del profeta Daniel. Variaba aquí, empero, esencialmente la escena; porque, en vez de una mano oculta, era el propio obispo de Ratisbona quien mostraba al príncipe cierta escritura latina, ordenándole que la leyera. Pero por más esfuerzos que hacía Enrique, no lograba pasar de estas palabras: *Post sex*.

Visión enigmática. *Post sex*.

A nadie dió cuenta Enrique de lo acontecido, y por sí solo comenzó a discurrir qué podría significar aquel sueño.

Después de prolijas divagaciones, dedujo que acaso se le daba a entender que moriría después de seis días, pensamiento con el que se dispuso para el tránsito, añadiendo a sus devociones muchas limosnas y grandes penitencias.

Pero transcurrieron sin novedad los seis días, por lo que juzgó que se había equivocado, entendiendo por seis días lo que acaso fueran seis meses. Rindió infinitas gracias al Señor por el dilatado plazo que se le otorgaba para disponerse a morir, y pasó este lapso de tiempo en igual disposición de piedad y devoción, grandes penitencias y profusión de limosnas.

Al cabo de los seis meses, como tampoco se realizaran sus presunciones, achacólo a que aún no estaba en sazón para comparecer en la presencia de Dios. Creyó que su infinita misericordia le otorgaba aún seis años de vida.

Doctorado
de santo.

Los que, abroquelados en un impío racionalismo, niegan el providencialismo histórico, tienen aquí ancho campo de exploración para deponer su enervante materialismo. Porque, así como al impío Baltasar mostró una mano oculta aquellas ferrocíficas frases ya descritas, por las que Dios había contado sus días, le había pesado en la balanza de los réprobos y había decidido la ruina de Babilonia, así en este otro caso, por el sugerimiento de una decisiva permisión, en que se dilataban los plazos, hallóse el futuro emperador investido de un doctorado, al que inútilmente hubiera pretendido aspirar, sin las sensibles señales de aquel elocuente providencialismo.

La doble diadema.

Y acaso enlazaron dos fines los altos juicios de Dios en aquel plazo de seis años, por los que aparecía Enrique coronado, primero, con la diadema de la santidad y después, con una de las coronas más poderosas de la tierra.

Porque ejemplo elocuentísimo habían sido esos seis años de no interrumpida oposición para ganar la plenitud de la Gloria. Pero transcurrió ese plazo y tampoco plugo a Dios llevarle a su seno. Sucedió, por el contrario, que muerto Oton III, fué electo para sucederle Enrique, el primer día del año 1002, siendo difícil explicar el júbilo de toda Alemania al divulgarse la noticia de su proclamación (25).

Matrimonio
de santos.

Enrique, que había perdido a su padre en 995, sucediéndole en el ducado de Baviera, contrajo matrimonio en ese tiempo con la princesa Conegunda, hija de Sigfredo, conde de la Mosela. Estos santos esposos observaron continencia, heroica virtud de la santidad, altamente loable siempre y loable y disculpable en este caso, aun considerada esa virtud con el análisis de la razón fría y las conveniencias políticas y sociales, por tratarse de una corona electiva, que tal era entonces la del Imperio alemán (26).

Inmediatamente se dejó sentir la saludable influencia del nuevo reinado. Desde los primeros instantes, dedicó Enrique sus desvelos a favorecer el imperio de la justicia, conteniendo los desórdenes que turbaban la tranquilidad pública y la disciplina eclesiástica.

Rasgos de
clemencia.

Algunos príncipes se rebelaron contra tan prudentes medidas, singularmente Herman, duque de Suabia, pero las eminentes

tes virtudes de Enrique sofocaron esas rebeldías en sus mismos comienzos.

El referido Herman, hombre ambicioso y discolo; tuvo la osadía de retar a Enrique, cuando éste se hallaba descansando en una posesión situada en una isla del lago de Constanza Abandonó el emperador su refiro, y con su valor y prudencia acostumbrados se situó en una llanura en donde en vano aguardó a su competidor.

Acaso fiaba Enrique en el prestigio de su fama y el respeto que imponía su presencia, para reducir por la persuasión los ambiciosos cálculos de su enemigo. Viendo que éste no acudía, los cortesanos instaron al santo para que talase las posesiones de su contrario, como había hecho éste con Strasburgo, que había entregado al pillaje de sus tropas; pero Enrique respondió que Dios no le había otorgado el poder para practicar el mal.

¿Cómo no se habían de rendir los corazones a este soberano, que de modo tan magnánimo y prudente procedía? No es, pues, de extrañar que los descontentos, los discolos y los ambiciosos depusieran sus pasiones ante aquel conjunto de hermosas cualidades, y tampoco es de extrañar que en poco tiempo se declararan tributarios de Enrique Estados tan importantes como Polonia, Bohemia y Moravia.

Tributarios de la virtud.

Para llevar a término feliz el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, convocó en Francfort (1007) al Episcopado en Asamblea. Cuando se iban a inaugurar las tareas de ese célebre congreso, habiendo entrado Enrique en el local donde se reunía, postróse delante de todos aquellos Príncipes de la Iglesia y se mantuvo en esa humilde actitud, hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de la asamblea, a levantarse. Tomándole seguidamente de la mano, le condujo hasta el trono que se le tenía prevenido.

Asamblea del Episcopado.

La asamblea consintió unánimemente en todos los deseos de Enrique y adoptó los necesarios acuerdos para la ejecución de aquéllos.

A sus poderosos medios y gran influencia religiosa y política debióse también de principalísima manera la extinción del cisma suscitado por el antipapa Gregorio, quien disputaba el Pontificado a Benedicto VIII. Por esto, cuando en febrero de 1014

El antipapa Gregorio.

pasó Enrique con su esposa a Roma, recibióse a los santos esposos con honores que no se habían tributado a ningún otro príncipe.

Fueron conducidos los emperadores a la iglesia de San Pedro, seguidos de doce senadores romanos. El Papa les recibió en la puerta de la basilica, y haciendo jurar a Enrique fidelidad al Pontificado, les introdujo en el templo. Seguidamente, el Pontífice consagró a Enrique emperador y puso la corona de oro en sus sienes (27).

El santo monarca, que no perdía nunca su profunda piedad, aun en medio de los más insignes honores, quiso que la corona se colocase en el altar del Príncipe de los Apóstoles, para hacerle público y solemne homenaje de todo su poder y toda su grandeza.

El Pontífice le presentó, además, otra ofrenda: un globo de oro, sembrado de pedrería. En el centro se elevaba una cruz, símbolo de su imperial autoridad.

Legislador.

De vuelta a sus Estados, convocó Enrique en Strasburgo, el día 15 de junio de 1014, una asamblea general de los Grandes y principales magnates. Como consecuencia de la misma, se expidieron leyes y ordenanzas para mantener la policía en sus Estados, muchas de las cuales respiran tanta sagacidad, que aún están en vigor en Alemania.

Sus empresas guerreras. Sus magnanimidades

Múltiples y afortunadas eran, en tanto, sus empresas guerreras. Devastaban los esclavones la Polonia y la Bohemia, después de haber arruinado los templos en Hildesheim, Magdeboug, Strasburgo, Marseburgo y otras localidades. Para combatir a esos enemigos, tomó Enrique la espada de San Adrián, en Walbech, pero se deshizo milagrosamente el ejército contrario, sin esperar el encuentro.

Dominó a los longobardos y se hizo proclamar rey de Lombardía.

En esta campaña acaeció el siguiente episodio: maltrataron a ciertos oficiales del emperador los vecinos de una pequeña ciudad de Calabria, y resolvió Enrique castigarles severamente. Arrepentidos los delincuentes y conociendo los sentimientos caritativos de Enrique, juntaron los niños de la ciudad y les encaminaron a la presencia del monarca.

Se complacen muy justamente los historiadores en la descripción de esa tierna escena. Se postraron en tierra los niños y con sus voces angelicales cantaron: *Kyrie eleison, Kyrie eleison*. Eran tan conmovedoras aquella actitud y esas voces, que el santo emperador no pudo reprimir las lágrimas y otorgó en este mismo punto el perdón al pueblo, en memoria de las palabras del Salvador: *Misereor super turbam*.

—Unas lágrimas—dijo Enrique—capaces de desarmar la cólera del Señor, no pueden por menos de aplacar la mía.

Fiel a su honroso cometido de defender los intereses morales y materiales del Pontificado, acudió Enrique con urgencia a librarle de las irrupciones de griegos y sarracenos que devastaban las costas de Italia. Al frente de una poderosa escuadra, batió a unos y otros en diferentes encuentros.

Terminadas estas insignes proezas, sintióse enfermo Enrique del mal de piedra, sufriendo con su acostumbrada paciencia y resignación los agudos dolores de esa enfermedad. Como las medicinas de la tierra no resultaran eficaces, marchó a Mont-Cassin para implorar la asistencia de San Benito y Santa Escolástica; apareciéndosele San Benito una noche en sueños; después de lo cual, por un sorprendente milagro, sintióse Enrique enteramente curado. Esa gracia reavivó el fervor y la devoción que siempre había tenido a ese santo, fervor y devoción que tradujo desde entonces en los grandes favores que prodigó a la Orden Benedictina.

Curación
milagrosa.

Hizo un nuevo viaje a Roma, recibéndole el Papa con los debidos honores; pasando la primera noche en la iglesia de Santa María la Mayor, en donde recibió uno de los más altos favores del Cielo.

La visión
más her-
mosa.

Cuando era más grande el fervor de sus oraciones y plegarias, se le apareció visiblemente Jesucristo, revestido de hábitos pontificales y en todo el esplendor de su Gloria. Llegaba nuestro dulcísimo y amorosísimo Salvador para celebrar el adorable misterio de nuestra Redención, acompañado de San Lorenzo, de diácono, y de San Vicente, de subdiácono, y seguido de la Bienaventurada Virgen María y de multitud de apóstoles, vírgenes, mártires y confesores.

Cuando estuvieron todas las cosas dispuestas, comenzaron

los ángeles a cantar el Introito de la Misa: *Suscepimus Deus misericordiam tuam*; a lo que contestaba el coro: *Justitia plena est dextera tua*. Se creía Enrique, por el exceso de estas delicias anticipadas de la Gloria, en medio del Paraíso y en la plenitud de las eternas recompensas.

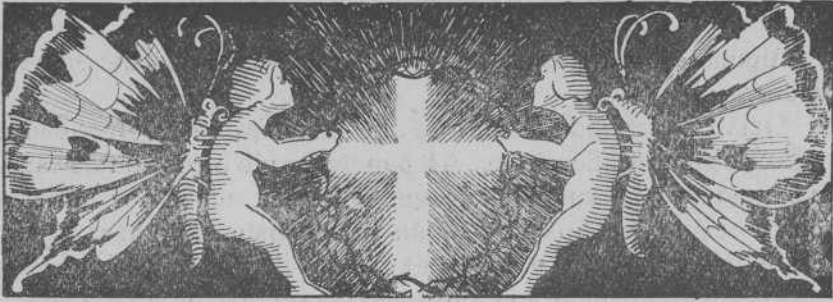
No paraba aquí la inefable visión. Después del Evangelio, un ángel se acercó con profunda reverencia a la Santísima Virgen y le presentó, para besarlo, el libro. La Santa Madre de Dios indicó al ángel que presentara también el libro a Enrique. Así lo hizo aquél, diciéndole: “Este es el signo del amor que el Hijo de Dios y su divina Madre te profesan, a causa de tu castidad y tu justicia.”

La muerte.

Murió Enrique el día 14 de julio de 1024, a los cincuenta y dos años de edad, y fué enterrado con extraordinaria pompa en Bamberg, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde hizo el Señor ver, con profusión de milagros, la gloria que disfrutaba el santo emperador.

Tal fué la vida y acaecimientos principales de este emperador, sol de la santidad, asombro de los pueblos, estrella polar de la virtud, vaso de predestinación, casto, justo, clemente, benigno, querido de Dios, evangelizador de dos florecientes imperios.





II

El juicio de Dios ⁽²⁸⁾.—En el trono alemán vierten unos áspides su ponzoñosa calumnia.—La emperatriz titubea en defenderse.—El triunfo de la terrible prueba.



UNTO a la rectitud ejemplar, a la devoción ardentísima, al valor legendario y a todas las virtudes que tejieron la más hermosa de las coronas a Enrique, floreció la flor más pura y esplendente de los jardines celestiales, la más luminosa estrella de las constelaciones de la Gloria: la emperatriz Conegunda.

Cómo se correspondían Conegunda y Enrique.

A su gran devoción unían ambos esposos una ardiente caridad, pudiendo asegurarse que su visita más grata eran los hospitales y los pobres sus amigos más dilectos.

Se engañaría quien creyera que esos tesoros de heroica virtud están enteramente a cubierto de los malvados tiros de la maledicencia.

La calumnia.

No vacila ésta en encaramarse en las más altas cimas del poder humano, arrastrándose, hasta lograr fabricar su nido en los corazones, ofuscándolos con la vacilación y la duda.

Alguna vibora destiló ese veneno en los oídos del emperador.

Quiso Conegunda devorar la afrenta sin protesta, ofreciendo a Dios esas mortificaciones. Así han devorado otros santos esas adversidades, persuadidos de que la verdad acaba por abrirse paso, acudiendo Dios con algún medio ostensible para hacer resplandecer la fama y honradez de sus elegidos. Pero en este caso hizose presente a la emperatriz la obligación en que estaba de desbaratar la calumnia. A ello se avino Conegunda, dispuesta a probar por medios heroicos la resolución inquebrantable de su pureza.

La prueba.

Ofreció la emperatriz justificar su conducta encomendando el testimonio de su inocencia a la prueba del fuego.

Se rodeaba esta prueba de todo el aparato del feudalismo medieval, con cortejos y cohortes de heraldos y hombres de armas, jueces y testigos y concurso numeroso del pueblo.

Como tantos santos se arrojaron denodados a las brasas, desafiando el poder de sus detractores y enemigos, la emperatriz de Alemania, entre el general clamoreo, primero de estu-
por, de victoria y triunfo después, recorrió aquel camino ardiente y abrasado, sin la más imperceptible señal en sus delicados pies.

Y así quedó probada la virtud y la inocencia de una santa emperatriz alemana, en esa tierra que habría de conmover al correr de los años, con su defección y su apostasia, el fraile lascivo y concubinario Martín Lutero.



LA SANTIDAD EN ESCANDINAVIA

(TRES REYES MARTIRES)



I

**Hermosas singularidades.—La Escandinavia moral.—
Origen de la armonía universal.—El bautismo, signo
de regeneración.—La historia de Escandinavia
comienza con estos santos reyes.**



XISTE una sorprendente trabazón política y filológica, superior a todas las demarcaciones topográficas, entre esos tres Estados poblados por la raza escandinava, pudiendo asegurarse, con un moderno historiador, que Suecia, Dinamarca y Noruega constituyen, por encima de todas las conveniencias circunstanciales, una federación natural.

Las grandes agupaciones raciales.

Pero si se inquiere en un mapa la configuración de esos países, se observa que la Escandinavia no está separada por la naturaleza de Rusia y Alemania. Mas lo está por el corazón, por la médula racial. A grandes rasgos, se compone la Escandinavia de una gran península que contiene a Noruega y a Suecia y de otra península menor, Jutlandia, que en unión de varias importantes islas, forman Dinamarca. Y no obstante esa trabazón in-

fina, racial, Suecia se halla separada de Noruega por una ancha faja de territorio desolado y casi inhabitable.

La gran armonía universal.

En la gran armonía del Universo, en que no surge un islote, perdido en la inmensidad de los mares, sin un providencial designio; en que se agrupan las razas de un mismo origen para defenderse mutuamente y auxiliarse, esos hechos, al parecer insignificantes, han influido poderosamente en el desarrollo y evolución de los pueblos. Pero sobre todas esas particularidades, que prestan a esas naciones una fisonomía peculiar, existe otra, que es la demostración más ostensible del influjo humanizador del cristianismo: Escandinavia, que se había hallado fuera de los límites del mundo romano, no recibió la civilización occidental hasta salir, muy adelantados los siglos, de las tinieblas de la idolatría y recibir las aguas regeneradoras del bautismo.

Caracteres peculiares.

Llamábanse los noruegos vikings, moradores del vik o bahía. Se organizaban en pequeños reinos y tardaron bastante tiempo en formar un solo Estado. Pero se hallaban, antes de su conversión al Cristianismo, siempre dispuestos a dejar sus costas para entregarse al saqueo más allá de los mares, llegando en sus correrías hasta las costas meridionales de España.

Estos piratas, de elevada estatura, color blanco, rubios cabellos, encendidas mejillas, carácter audaz y emprendedor, constituían el terror y el espanto en los pueblos indefensos marítimos del litoral europeo.

Particularizando estas observaciones en Noruega, podremos decir que hasta Haroldo no hubo en ese país un monarca verdaderamente nacional.

De ese Haroldo era nieto Olao Trygvesson, el viking—dicen los modernos historiadores—más famoso de su época. Pero un pariente y homónimo del rey Olao, era quien debía realizar la obra religiosa, social y política que demandaban los intereses morales y materiales del pueblo noruego.

Tal fué San Olao, Olaw u Olof, segundo de ese nombre.

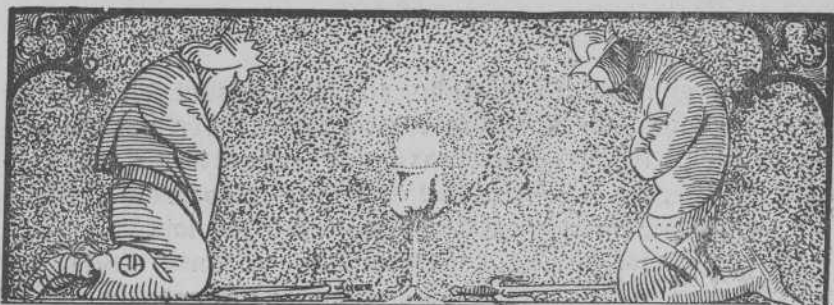
La misión de los reyes santos.

Con estos santos monarcas se rebustece un hecho: el de la iniciación altamente moral y civilizadora de los reyes santos; hecho singularmente advertido en las naciones que carecían de esa luz providencial. Rodea el misterio a esos países hasta que

sus reyes son ungidos del Señor con la predestinación y la gracia. Sus feogonías son bárbaras hasta entonces. Sus costumbres, crueles. Al cabo de muchos siglos—dice el historiador Red-daway--ninguna esposa cuidadosa hubiera emprendido el viaje de boda con el marido sin llevar consigo la mortaja.

Signo es maravilloso el martirio de esos santos reyes, que ofrendan su sangre fecunda para regar los orígenes de esas civilizaciones, como las aguas que surgen providenciales para fecundar la tierra pródiga que sustenta al hombre y le hace admirar y bendecir las maravillas de Dios...





II

Vida novelesca de un rey santo.—Sus andanzas por los mares.—Disputa Noruega a los suecos.—Se corona rey.—Su muerte gloriosa.

Orígenes de
Olao.



ACIÓ Olao a últimos del siglo x. Llámasele también Olao II u Olao el Santo, para distinguirle de Olao I de Noruega, que perdió el trono y la vida en guerra contra Suenón I, rey de Dinamarca, siendo nuestro santo hijo de Haroldo Grenska, príncipe de Westfald.

Ni las historias profanas ni las hagiografías consignan la fecha de su advenimiento. También son pocas esas fuentes en la relación de la gesta, pudiendo asimismo asegurarse que se observa alguna desorientación y contradicción entre unas y otras.

Capitán en
los mares.

Unos indicios nos dicen que era Olao simplemente capitán de tropas; que sintió el impulso de librar a su patria del odioso yugo de los suecos, que soportaba con gran repugnancia; que los grandes del país advirtieron esas predisposiciones y las fomentaron, proclamando a Olao rey de Noruega.

Pero otros indicios más novelescos nos inducen a escribir que, cuando a los veinte años, al frente de sus toscos navíos, devastaba y assolaba Olao las costas de Suecia, Alemania, Francia y hasta las de España, aquel ánimo juvenil, impetuoso y arrogante, estaría muy lejos de imaginar que para otras correrías le preservaba el Cielo. Como San Pablo y San Agustín, acaso oyera en su interior una voz providencial que le avisara de la caducidad de las cosas de la vida y le indujera a la magna empresa de evangelizar a su patria.

No pasó de esa época, en efecto, sin recibir los primeros avisos de su misión civilizadora. Porque hallándose el año 1017 en Normandía, se avistó con ciertos elementos británicos que concertaban disputar a Canuto de Dinamarca la corona de Inglaterra, y solicitaban el apoyo de Olao, prometiéndole, en cambio, el territorio de Northumberland. No dió la expedición el efecto apetecido; pero Olao recogió cuantioso botín con el que equipó nuevas naves, y se dirigió a las costas de Noruega con objeto de reivindicar sus derechos a esa corona y proclamarse rey.

Vencidos sus enemigos con el favor de numerosos partidarios que se le declararon en cuanto conocieron sus propósitos, juraron los noruegos fidelidad al nuevo monarca y comenzó la misión evangelizadora de éste.

Misión evangelizadora.

Florece la sanfidad en los Estados colindantes; se abre la civilización el camino del corazón con el emblema de la cruz; resonaba la voz de los ascetas, y los confesores, que instaban a abrazarse con el lábaro bendito; intentaba el paganismo sus últimos esfuerzos, y en estas circunstancias veía Olao la más favorable ocasión para asestar el golpe mortal a la idolatría.

Mandó venir de Inglaterra gran número de misioneros, entre los que se contaba San Sigfrido, y estuvo siempre atento a sus consejos y máximas saludables. Expidió buen número de leyes favorables al triunfo del Santo Evangelio, aboliendo todas las que le contrariaban, lo mismo en Noruega que en Islandia, adonde extendió sus conquistas.

En inteligencia, en esa sazón, el rey Canuto de Dinamarca, con algunos súbditos de Olao, descontentos de sus sabias medidas de gobierno (que siempre hallaron los reyes santos con-

Olao se refugia en Rusia.

tradictores en los audaces y los díscolos), quiso obligarle a reconocer su dependencia o vasallaje; proposición que desechó el santo rey, quien, en unión de los succos, devastó las costas



SAN OLAO DESTRUYENDO LOS IDOLO.—J. H. Valda pint.

danesas. Pero invadieron sus rivales el país, del que expulsaron a Oloa, que hubo de refugiarse en Rusia.

Después de ese desengaño quiso desasirse de las cosas de la tierra, para sólo pensar en las del Cielo. Se encaminaba a ese efecto a Jerusalén para hacerse monje, cuando una visión le animó a regresar a Noruega, en donde le aguardaba la muerte.

Volvió Oloa a Escandinavia, y con un ejército de 3.000 hombres que reunió en Suecia, penetró en Noruega y atacó a los invasores daneses y noruegos descontentos, que eran en número mucho mayor.

No obstante esa diferencia numérica, ya estaba a punto de obtener la victoria, cuando cayó herido por una flecha en 29 de julio de 1030.

San Oloa, considerado mártir, por haber muerto combatiendo contra los enemigos de sus propagandas evangélicas, alcan-

zó gran veneración en los países escandinavos y en Rusia, y en 1164 fué declarado Patrono de Noruega. En Trendhjem, ciudad fundada por el santo rey, se estableció su santuario. Y su hijo y sucesor Magno el Bueno (1035-47) fijó de un modo firme la unidad e independencia de su patria y su adhesión a la Fe.





III

San Ericio ⁽²⁹⁾ evangelizador de Suecia.—Orígenes de este reino.—Caritativo y piadoso.—Lleva la luz de la fe a Finlandia.—Su santidad suscita descontentos.—Su muerte.

*Orígenes.



AS regiones que rodean el gran lago Melar—observa Reddaway—, en cuyas márgenes se levanta Estocolmo, se hallan quizá más apartadas de la corriente principal de la vida que cualquiera otra de las razas europeas. En los albores de la Era Cristiana, las fértiles llanuras del Sur de la Península estaban habitadas por los daneses. Su completa conversión al cristianismo fué larga y dificultosa. Entre su patria, estéril, y las naciones cristianas había interpuesto la naturaleza fronteras casi infranqueables.

En el siglo IX—continúa observando el historiador citado—, Ausgur, el apóstol del Norte, condujo misioneros a orillas del Melar. Así comenzó la evangelización de tan intesante pueblo. Sin embargo, en esta época, la gran edad de los vikings, registra la Historia principalmente la contienda entre los reyes sue-



SAN ERICIO DESEMBARCA EN FINLANDIA.—F. Le Quesne pint.

cos y daneses, hasta que, hacia el año 1000, se unieron para vencer a Olao Trygvesson, en Svolder. San Olao restableció la independencia de Noruega y propagó el cristianismo por el Norte, secundado por San Sigfrido y otros misioneros ingleses.

Olao, hijo de Ericio, uno de los vencedores de Olao Trygvesson, en el año 1000, fué, según se afirma, el primer cristiano de Suecia. Completó la evangelización en 1157 San Ericio, quien extendió el cristianismo a Finlandia, en donde dejó al obispo inglés Enrique de Upsal, para que siguiera cristianizando el país.

Ericio. Pertenece, pues, Ericio a una de las más ilustres familias del país. El poderoso señor Iward fué su padre. Se aplicó aquél en su juventud a cultivar su espíritu en el estudio de las ciencias y a formar su corazón con todas las virtudes cristianas.

Esas virtudes le valieron que, a la muerte de Sverker II, los suecos se fijaran en él.

Caritativo y piadoso. No desmereció Ericio esa predilección. Sus pueblos tuvieron en él un padre que todo lo posponía porque imperase en sus Estados la justicia y el respeto a la ley. Visitaba diariamente a los pobres y les repartía abundantes limosnas. Erigió muchos templos.

Legislador. Hizo Ericio, ganoso de que los esplendores de la civilización iluminaran su reinado, compilar las antiguas leyes en un volumen que lleva el título de *Código del rey Ericio*. Devolvía a las mujeres suecas el puesto que habían ocupado en la familia; las concedía un tercio en la sucesión y las otorgaba, como dice el texto, "las llaves de la casa y la mitad del lecho"; preponderancia de la civilización de Jesucristo. En el siglo XIII confirmó esas leyes el sabio monarca Magno Ladulao.

Evangelización de Finlandia. Aunque de condición pacífica, no pudo evadirse Ericio de llevar la guerra a Finlandia, como se ha notado antes, por hallarse ese pueblo envuelto entre las nebruras del paganismo y constituir un motivo de constante intranquilidad por las frecuentes irrupciones que hacía en los Estados vecinos. Ericio consiguió sobre aquel pueblo una victoria completa. Pero no pudo reprimir sus lágrimas a la vista de tantos hombres sin vida tendidos en el campo del combate. Lamentaba que se perdieran tantas almas por carecer de la gracia del bautismo. Entonces

fué cuando se decidió a designar a San Enrique, Obispo de Upsal, para que emprendiera la evangelización de ese país.

Surgió, como no podía menos de esperarse, el partido de los descontentos y mal avenidos con el gobierno moralizador del rey Ericio. En esta ocasión se coaligaron la ambición, el despecho de los elementos apegados al paganismo y las pasiones más insanas, ofreciéndose todos esos factores a la codicia del príncipe danés Magno, que ambicionaba este trono.

Hallábase el santo rey oyendo misa, cuando le anunciaron que los rebeldes llegaban contra él. Ericio dió la siguiente contestación, que hubiera pasado a la Historia como ejemplo de espartana concisión, si no la hubiera animado un espíritu mucho más sublime:

—Acabemos la misa y lo demás ya pasará.

Terminado el incruento sacrificio, montó el rey a caballo y se puso al frente de sus fieles súbditos.

Los conjurados se lanzaron sobre él, le desmontaron, y después de cometer mil indignidades, le cortaron la cabeza.

Una fuente brotó en el mismo lugar en que derramó su sangre, fuente que después se hizo famosa por sanar muchos enfermos que bebieron de sus aguas.

Hay versiones distintas respecto a la fecha de su martirio, pero todas las versiones coinciden en que ocurrió en la década comprendida entre 1151 a 1160.

La muerte.





IV

Orígenes de Dinamarca.—Advenimiento del Cristianismo.—Canuto guarda fidelidad, contra todas las sugerencias, a su hermano.—Su santidad en el trono.—Estirpe de Santos.—Su hermano Olao le hace traición. La muerte del rey.

Orígenes.



A circunstancia de haber vivido los daneses separados por grandes selvas de godos y sajones, contribuyó, según los modernos historiadores, al desarrollo de sus acentuados caracteres nacionales, llegando aquella separación hasta el punto de hacer surgir una especie de muralla oriental en la conocida con el nombre de Dunevirk. La colisión con el imperio de Carlomagno consagró el Hider como frontera danesa.

Pero los obstáculos artificiales de los hombres no se han hecho para la luz del Evangelio.

Hacia mediados del noveno siglo comenzó en Dinamarca la predicación del Cristianismo; predicación que logró el punto culminante con el advenimiento de Canuto (el Grande), quien

entre 1018 y 1035, reinó sobre el mayor Imperio danés que registra la Historia, pues añadió a Dinamarca Inglaterra y la costa alemana del Báltico, y en 1028 Noruega.

A su muerte se desmembró ese Imperio. Pero la integridad de la nación danesa quedó estatuida desde el siglo xi al xiv merced al patriotismo y dotes singulares de mando de la dinastía de Svend y merced también a la consolidación de los sentimientos religiosos.

Canuto era hijo natural de Suenon II (el fundador de la dinastía llamada Svend por los historiadores modernos). Este Suenon había tenido trece hijos naturales, pero antes de morir los declaró a todos legítimos y les capacitó para la sucesión a la Corona. De ellos, cinco, llamados Haroldo, Canuto, Olao, Ericio y Nicolás, ocuparon sucesivamente el trono.

Canuto respeta la elección de Haroldo.

Estuvo Canuto señalado para suceder a su padre sobre las pretensiones de su hermano Haroldo, pero conspiraron muchos magnates y grandes del reino para alejar de sus sienes la corona, por temor de que las virtudes del postergado príncipe fueran obstáculo para el triunfo de sus pasiones.

Recibió nuestro santo esa decisión como héroe verdaderamente cristiano. Y desoyendo las sugerencias de sus parciales, que le instaban a la revuelta, fué el más leal súbdito de su hermano, hasta que, muerto éste, dos años después, le sucedió en la gobernación del Reino.

Fueron sus primeras medidas purgar los mares de los piratas que los infestaban.

Reinado de la justicia

Desoyendo toda consideración o conveniencia personal, se esforzó en defender a los oprimidos contra la tiranía de los grandes.

Como ejemplo eminente de ese espíritu de justicia, se refiere en Dinamarca el suplicio del famoso pirata Eigill, hijo de un hombre muy poderoso y querido del rey Suenon, al que había prestado grandes servicios. Este Eigill perpetró un hecho vandálico, que se atrajo la justa indignación del rey. Asaltó con sus hombres un barco cargado de ricas mercaderías, que encalló en la isla que aquél gobernaba, y pasó a cuchillo a la tripulación.

Canuto, que tanto había combatido la piratería, vió llegada la ocasión de sentar un ejemplar castigo, y sin otra consideración

que la de restablecer la escarnecida justicia, condenó a muerte a Eigill, que fué ejecutado, no obstante los esfuerzos que se hicieron para salvarle la vida.

Perseveró nuestro santo en desterrar de Dinamarca los desórdenes y los vicios, y por este tiempo recibió dos hermosísimas cartas del Pontífice Gregorio VII, exhortándole a imitar las virtudes de su padre y a no desmayar en su celo por la propagación de la fe.

Su casa-
miento.

Al volver de una gloriosa expedición emprendida para sujetar las provincias de Curlandia y Estonia, contrajo enlace con la princesa Adelaida, hija de Roberto, conde de Flandes, en quien tuvo a Carlos (el Bueno), digno heredero de las virtudes de su padre, pues mereció también ser contado en el número de los santos.

Su piedad

Todos los esfuerzos de este insigne monarca tendieron, principalmente, a la propagación de la religión cristiana, como áncora de amor y paz que había de prestar inconfundible sello civilizador a la nación danesa. Las teogonías del paganismo no volverían a retoñar en Dinamarca. A sus constantes esfuerzos en pro de la reforma de las costumbres, corregir los abusos, hacer respetar la justicia y restablecer la disciplina en todos los órdenes sociales, correspondía la piedad más acrisolada. Re-edificó los templos arruinados, y hallándose un día a los pies de una imagen de Cristo crucificado, se despojó de las insignias reales y declaró que moriría en el empeño de que la Religión reinase en Dinamarca con el esplendor debido.

Era imponderable el amor que profesaba a Jesucristo en el augusto sacramento de la Eucaristía y tiernísima su devoción a la Santísima Virgen, haciendo que todas las festividades de la Santa Madre de Dios se celebrasen en el Reino con la magnificencia debida.

A sobroso
martirio.

El príncipe Olao, hermano del rey, favorecido por éste con toda suerte de distinciones y honores, pagó esa magnanimidad con la más negra de las ingratitudes.

Con ocasión de una proyectada expedición contra Inglaterra, conspiró contra su hermano, al que hizo defección gran parte del ejército.

Conociendo el monarca el fin que le aguardaba, ordenó que

la reina y los príncipes se retirasen a Flandes y se encerró él en Odensea.

Se hizo fuerte en la iglesia de San Albano, y en ese santo refugio aguardó la muerte. Le había aconsejado el conde Ericio emprender la fuga y se había negado a ello. Se prosternó ante el altar e hizo humilde confesión de sus culpas, protestando que



MARTIRIO DE SAN CANUTO.—M. Devaston pint.

perdonaba a sus enemigos. Comulgó con la tranquilidad de un mártir, y cogiendo el libro de los Salmos, comenzó a leerles.

Dió comienzo entonces una serie de peripecias asombrosas, de un carácter tan extraordinario, que no se comprende cómo los genios de la dramaturgia no las han aprovechado para que sirvieran de lección perdurable a las gentes.

Se habían aproximado los rebeldes al templo y le embestían por todas partes. El príncipe Benito, hermano del rey, defendía las puertas con escasas fuerzas. Pero mientras Benito hacía prodigios de valor, el monarca recibió una pedrada en la frente, lanzada desde una de las ventanas de la iglesia.

Sin interrumpir su plegaria, el santo rey se limitó a contener con una mano la sangre que salía abundante de la herida.

El Rey, herido.

Los rebeldes recurrieron a la traición. Uno de sus jefes, llamado Edwind-Bifra, solicitó hablar con el rey para proponerle condiciones de paz. No obstante la oposición de Benito, el santo ordenó que fuese aquél conducido a su presencia. El traidor se inclinó profundamente en presencia de Canuto, pero al incorporarse blandía un puñal que sepultó en el seno del santo rey.

Los postre-
ros momen-
tos.

Saltó el traidor sobre el altar para huir por una ventana, pero Palmer, uno de los oficiales principales del rey, asestó al regicida un mandoble, dividiéndole en dos el cuerpo; de suerte que una parte cayó al exterior y la otra quedó dentro de la iglesia.

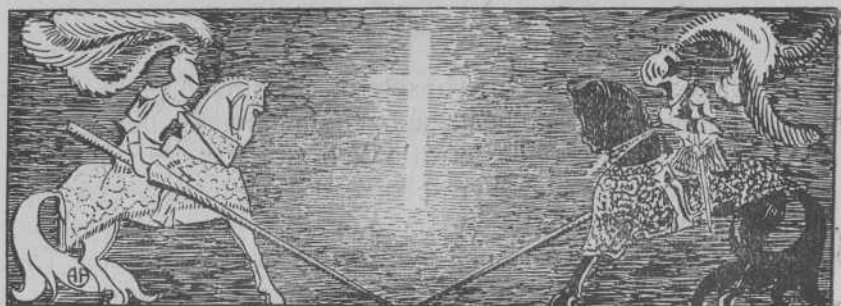
Reanimó este espectáculo el furor de los amotinados, quienes invadieron el sagrado asilo, profanando las reliquias de San Albano y San Oswald, que el rey había hecho traer de Inglaterra.

Entretanto, el santo monarca, con los brazos extendidos delante del altar, recomendaba su alma a Dios, y con resignación veía acercársele la muerte. Estaba todavía en esta actitud, cuando una jabalina lanzada desde una de las ventanas acabó de consumir su sacrificio.

Su fiel hermano Benito también pereció con diez y siete de sus partidarios.

Así subió al cielo este gran rey e insigne mártir, el día 10 de julio de 1086 u 87. A instancias de su hermano Ericio, fué canonizado en 1100, como profomártir de Dinamarca.

ESTRELLAS DE LA SANTIDAD



LA MUSA DEL IMPERIO

Oton I de Alemania tramó una página del Romancero.

Gemía en una torre del lago de Garda, en la Italia riente y meridional, la reina Adelaida viuda de Lotario, de Lombardia, envenenado por su competidor el cruel margrave Berenguer. Y deslumbrado el emperador por la aureola de tristeza, santidad y hermosura que ornaba la reputación de Adelaida, allá fué, caballero de un ideal de virtud, a redimirla del infame cautiverio.

Como los infanzones de los libros hermosos de la caballería, logró rescatarla de la torre de Garda, y para digno coronamiento de tan gentil hazaña, desposóse con la princesa.

Unió a esa determinación la proeza insigne de reconquistar el reino de Lombardia; pero tan valiente como magnánimo y generoso, aleccionado acaso por la princesa insigne, cuya virtud fué desde entonces su valiosa égida, dejó la corona de Lombardia a Berenguer.

Fué Adelaida la gran educadora de su hijo Oton II, quien reinó felizmente mientras se gobernó por los consejos de su santa madre. Pero ¿quién no sabe de esos perversos inductores que suelen anidar en los palacios reales, causa primordial de la perdición de muchos generosos príncipes? Por las bastardas

sagacidades de esos malos consejeros se extravió Oton, llevando a tal punto su desvío hacia su buena madre, que llegó hasta el inaudito extremo de desterrarla de la Corte.

Dios acudió providente en socorro de su sierva. Por medio del infortunio hicieron llamamiento en el corazón del soberano unos nuevos estímulos, apenas conocidos, los de la gracia. Tornó su pensamiento hacia su santa y perseguida madre, y persuadido de la injusticia con que había procedido, restituyóla a su lado. Dando entonces oídas a sus sabias indicaciones, reformó los abusos que se habían introducido en el Gobierno.

Derrotado Oton por los griegos en Calabria, murió en Roma en 983. Su viuda, la princesa Teofanía, que quedó gobernadora por su hijo Oton III, hizo también objeto de su animadversión a nuestra santa; pero Adelaida respondió a estos malos tratamientos con su amor, su mansedumbre y su paciencia.

Los altos juicios de Dios son más concluyentes que todas las metafísicas de los hombres. Una muerte repentina se llevó de este mundo a la emperatriz Teofanía, viéndose obligada Adelaida a echar nuevamente sobre sus hombros la regencia del Imperio.

Fué su vida, cumplidos los deberes de la gobernación del Estado, perfecto dechado de ardiente caridad y humildad evangélica.

Tres años antes que su nieto entregó el espíritu al Creador en Salces (Alsacia) el día 16 de diciembre del año 999.





«A GLORIOSA REINHA SANTA»

Lucía en el solio de Lusitania una estrella desgajada del manto imperial y santo de los reyes de Hungría: Isabel de Aragón, biznieta de la *Amada Santa Isabel*, “la primogénita de Pedro el Grande—dice un historiador, el conde de la Mortera—a quien mecieron en la infancia los nervudos brazos de su abuelo paterno el conquistador de Valencia y Mallorca, y que niña todavía, casó con don Dionis de Portugal, tan apuesto galán y óptimo rey, como detestable marido”; Isabel de Aragón, la Reina Santa—dice otro historiador, el señor Llanos y Torriglia—que supo hacer de la liviandad de su marido motivo de redentora mortificación para su espíritu”.

Llegaban a tal punto el candor y la inocencia de la soberana, virtudes contenidas en el áureo marco de una ardentísima devoción a la Santísima Virgen, que el rey, su padre, decía que Isabel era el ángel de la guarda de sus Estados, y que a ella eran debidas las bendiciones que derramaba el Cielo tan abundantemente en sus empresas.

“En ninguna parte es necesaria la mortificación—decía esta santa reina—como en donde las pasiones están más vivas y son



«A GLORIOSA REINHA SANTA»

mayores los peligros." Y a esa máxima ajustaba en todo su conducta.

Estaba su corazón tan inflamado en la caridad, que fué ésta, sin duda, la virtud más sobresaliente de su noble carácter, con poseer tantas virtudes y en grado tan eminente. Ese ejemplo que tanto nos asombra y nos consuela, del vencimiento de la repugnancia y resistencia de la carne en aras del amor a Jesucristo, practicólo Santa Isabel, como San Francisco de Asís; aquella otra Isabel, ascendiente gloriosa de esta reina santa, San Juliano y Santa Catalina de Génova...

Visitando a una menesterosa, que estaba cubierta de llagas, sintióse atraída a la enferma con caridad y humildad tan sublimes, que abrazóla la santa reina. Al influjo de ese abrazo, quedó instantáneamente curada la enferma.

Tenía esta azucena del jardín de Jesucristo la piadosa costumbre de lavar los pies a trece mujeres pobres todos los viernes de Cuaresma. Una de esas mujeres sufría una llaga en un pie. Quiso Santa Isabel curársela por sus manos, y llevada de otro transporte irresistible de amor celestial, besó aquella llaga que sanó en el mismo momento.

* * *

Zaragoza y Barcelona se disputan el honor de haber sido cuna de esta insigne mujer. Explícate perfectamente la disputa, si se tiene en cuenta que ninguna otra matrona ha podido superarla en santidad, en este suelo, pródigo y privilegiado, de Iberia.

Justifica ello también aquel arranque efusivo del Obispo Conde, cuando para proceder a la canonización de Isabel, abrióse el cofre argentífero que guardaba su cuerpo, tan fresco e incorrupto, que hizo exclamar a ese prelado, adelantándose a la declaración pontificia, que "exceptuando a la Virgen Nuestra Señora y a San Juan Bautista, podía probar en buena Teología que nunca hubo Santa como esta Santa".

Con la dulzura, con la mortificación, con la paz de su corazón caritativo, ganó el alma del rey Don Dionís. Ejercitaba de modo tan perfecto la virtud de la humildad paciente, que cuan-

do se la reprochaba la protección que concedía a los hijos bastardos de su marido, solía responder: “¿Queréis que, porque el rey peque, renuncie yo a la virtud de la paciencia, añadiendo a los suyos mis pecados?”

Cuando cayó Don Dionís mortalmente enfermo, le cuidó con desvelo y abnegación tan sublimes, que el monarca hubo de preguntarla si se había propuesto que la muerte les llevase a los dos al mismo tiempo.

Después de enviudar hizo Santa Isabel dos peregrinaciones a Santiago. La segunda, ya de sesenta y seis años, acompañada solamente de otras dos mujeres, a pie y pidiendo limosna durante todo el camino.

“¡Con razón dice uno de sus biógrafos—exclama el señor Llanos y Torriglia—que el juicio humano ha de sentenciar que hizo más la reina cuando pedía limosna que cuando la daba!”

Valiase de cierto paje la reina santa para la prosecución de sus empresas de caridad: tan apuesto de cuerpo como hermoso de alma; caritativo, piadoso, fidelísimo a su señora, digno colaborador, en suma, de las virtuosas obras de la buena reina.

Pero la envidia, mensajera maldita, despertó las más perversas pasiones en el corazón de otro paje de Palacio, quien denunció al rey aquella preferencia, induciéndola como constitutiva de la mayor injuria, de la más insufrible afrenta.

¡Escena espantosa aquella en que escuchó el monarca la terrible sugestión! Tan fieros debieron ser sus primeros arrebatos, que el paje delator se arrepintió un instante de su delito, por las consecuencias espantosas que pudieran derivarse de la irritabilidad del rey.

Momentos hubo en que amenazó el monarca con exterminar aquella vida miserable que le salía al paso con tamaña sugestión de su deshonra; pero caviloso por temperamento, acabó por acallar, después de furibunda batalla, todo colérico impulso, y se aprestó a tomar venganza: primero, del paje delatado; de la reina después.

Volviendo Dionís de caza, al pasar por cierto horno de cal, previno al sobrestante que le enviaría al día siguiente un paje que preguntaría si había hecho su encargo, y en ese mismo momento debía arrojarle en el horno.

Dió, en efecto, al siguiente día el mortal encargo al paje de la reina. Pero, fiel éste a una costumbre piadosa, fuése a oír misa primero, calculando, también, que no correría gran prisa el encargo del monarca.

Mientras el inocente servidor oía devotísimamente la misa, y elevaba el alma, conmovido, a Dios Padre, uniéndose con el sacerdote al sacrificio del Dios Hijo, librábale el Espíritu Santo de las redes de la traición, reteniéndole en el templo.

Mas como pasase el tiempo, e impaciente el monarca por saber si estaba todo concluído, envió a la calera al paje delator, para que preguntase si se había cumplido el encargo del rey. Llegó, y apenas pronunció las primeras palabras, fué arrojado en el horno.

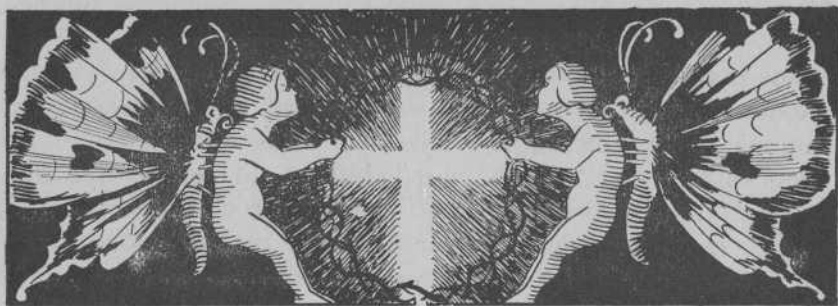
Presentóse ante el sobrestante poco después el paje de la reina, y preguntando si se había cumplido el encargo del rey, respondió el calero que se había hecho como había ordenado aquél.

Vuelto el paje inocente a Palacio, quedó don Dionís asombrado. Indagó lo acontecido, y descubierta la extraña y providencial equivocación, reconoció la justicia de Dios, que por medio tan extraordinario había hecho patente la inocencia de la santa reina.

Aturdido el rey por la terrible ejemplaridad de aquel suceso, nuevo Saulo en el camino de Damasco, como le llama aquí juiciosamente otro historiador, volvió de lleno al amor de su santa compañera, en cuyos brazos expiró arrepentido y contrito, esperando en la misericordia de Dios y en la eficacia de las oraciones de aquel ángel de paz que dejaba en la tierra.

Siguió la santa ejerciendo ese apostolado de paz en las desavenencias de sus familiares, con demostración ejemplar del influjo que ejerce la santidad en el ánimo de litigantes y pendencieros: así el monje de Clara; así Luis IX de Francia; hasta que, como dice el Sr. Llanos y Torriglia, "cerró los ojos suavemente, como para un sueño... y despertó en la Gloria".





EL GRAN ENAMORADO DE LA EUCARISTIA

Era una locura de amor, esa gran locura de amor que han sentido los más insignes santos, la que profesaba el buen duque de Bohemia, Wenceslao, por el misterio adorable de la permanencia sempiterna de Dios entre los hombres; locura tan ardiente y dulce y mansa, al mismo tiempo, que el propio duque cifraba su honor más grande en eribar por sus manos el trigo que había de servir para amasar las hostias y exprimía las uvas para el vino que se había de consumir en el santo sacrificio.

Era de estirpe de santos el duque Wenceslao. Nieto de Santa Ludmila, mártir, propúsose imitar los más ilustres ejemplos de santidad. Y a fe que supo cumplir su propósito. Su vida fué digno modelo que presentar a los demás para la imitación de los mayores extremos de mortificación, ardiente caridad y todas las demás virtudes que hacen una existencia esclarecidísima.

No debe omitirse entre sus mortificaciones las que le hizo sufrir el sectarismo de su madre y hermano Boleslao, este hermano perverso, que acabó quitando la vida al santo duque.

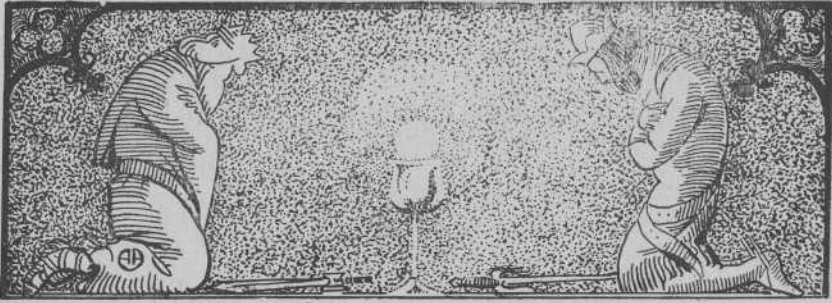
Tan valiente como piadoso, retó a su competidor Radislao, que le disputaba la corona, a singular combate, para no exponer

a sus respectivos ejércitos a una contienda en la que eran inocentes. Cuando se iba a librar el encuentro, Radislao se vió embarazado por una fuerza misteriosa, y cayendo a los pies de Wenceslao, le pidió perdón, que le otorgó el magnánimo duque.

Declaróse padre y protector de los pobres. ¿Cómo omitir el deleite que experimentaba el santo duque, disfrazándose por las noches, siendo portador de viandas y hasta haces de leña para los necesitados?

Algún secreto presentimiento le avisó de su trágico fin, y puesto en oración, le asesinó su hermano Boleslao, aquel que tanto había zaherido la piedad y las santas y abnegadas costumbres de Wenceslao. Pero el fratricida pereció miserablemente en su juventud. Y su hijo, Boleslao II, el Piadoso, tomó en todo por modelo, para la gobernación del Estado y para el arreglo particular de su vida, las costumbres y las virtudes eminentes de su santo tío.





LAS TRAILLAS DEL CIELO

Florencia Amadeo IX en el ducado de Saboya.

Su madre, la duquesa Ana, había educado a este príncipe en las más puras máximas de la moral evangélica, con éxito tal, con tan buen resultado, que la educación del príncipe más parecía haber sido encomendada a los ángeles que a persona alguna de la tierra.

Merece, pues, esta egregia dama un preeminente lugar entre las madres educadoras.

Pero el natural de Amadeo era decididamente inclinado a la virtud; constituyendo el distintivo más sobresaliente de su noble carácter una caridad ardentísima con los necesitados, en cada uno de los cuales veía la más exacta imagen de nuestro Señor Jesucristo.

Y no podía por menos de ser ello así, ya que la más frecuente, casi continua lectura de aquel príncipe era el Evangelio, libro que debieran adoptar, asimismo, para ser en todo momento consultado, todos los soberanos y príncipes de la tierra.

Pero ¡con qué fruto leía y releía Amadeo la pasión de Jesucristo! ¡Qué mares de sabiduría encontraba en ella; qué piélagos de consuelos inefables; qué aleccionamiento continuo! La-

tía su corazón enternecido y veían sus ojos raudales de llanto con la lectura de las dulzuras inefables del Cordero inmaculado, dulzuras que premian los hombres con el siempre renovado, más infamante y cruel de los suplicios.

Premió Dios en esta vida esas virtudes, otorgando al duque una mujer, Violante, hija de Carlos VII de Francia, en quien eran de admirar las más hermosas prendas cristianas, que la colocaban en el número de las más ejemplares esposas.

Cuando subió al trono Amadeo, puede decirse que estaba esa Corte gobernada por ángeles: tales eran la paz, honestidad, respeto, ejemplaridad que en aquélla resplandecían.

La joya más valiosa de la corona ducal era la caridad con los pobres.

Amadeo había hecho esa virtud la más esencial de su reinado. No delegaba en nadie la función augusta de socorrer a los necesitados. Todos los días dábbase de comer en Palacio a gran número de pobres. Los más andrajosos, los más míseros, los heridos por el estigma de las lacerias de la carne, los llagados, los conturbados por hediondas enfermedades, eran los preferidos del duque. Sentábase a la mesa y servíales personalmente la comida.

Estos rasgos de heroica caridad no dejan de suscitar contradictores indiscretos que jamás acaban de comprender lo heroico y excepcional que se oculta en aquéllos. Alguien debió advertir al duque que abafía con exceso en aquellas funciones el brillo de su corona. Amadeo preguntó a su interlocutor si creía firmemente el Evangelio de Jesucristo; y ante la afirmación del "prudente", díjole el duque:

—Acordaos de que Jesucristo asegura que lo que se haga con el más mísero de estos pobrecitos se hace con su misma persona.

Representóle, entonces, otro cortesano que acaso estarían mejor empleados aquellos dispendios en asegurar la defensa del territorio, que en mantener vagabundos.

—Alabo vuestro celo—confestó el duque, con su bondad habitual—. Pero tened entendido que los pobres sustentados por el príncipe son las mejores tropas y las mejores fortalezas de un Estado; no habiendo arbitrio más eficaz ni más seguro para

que reine en él la abundancia, que repartir largamente las limosnas.

Vencidos los contradictores, no volvieron a hacer objeción alguna al santo príncipe.

Cierto día, en conversación apacible con el embajador de una nación amiga, derivó aquélla hacia el tema de los entretenimientos que suelen ser esparcimiento y solaz de los poderosos. El embajador preguntó al duque si gustaba de la caza y si mantenía numerosa trailla de perros.

—Mucho gusto, en efecto—contestó Amadeo—, de ese deporte. Pero la caza en que me divierto es muy original y quiero que el señor embajador vea sus equipajes.

Diciendo esto, abrió una ventana que caía a un gran patio, donde se daba en aquel momento limosna a centenares de pobres, diciendo al embajador:

—Mire el señor embajador las traillas que se sustentan en mi Palacio.

— Ha pasado esta feliz escena a la posteridad, sublimando y envolviendo en un nimbo de imperecedera gloria el recuerdo de ese generoso príncipe, que, hasta cuando espiraba el 31 de marzo de 1472, no tuvo otro pensamiento que el cuidado de los pobres.





EL DONCEL DE LA VIRGEN

En la Corte de Polonia reinaba profunda conmoción.

Había llegado el príncipe Casimiro, hijo del tercer rey de ese nombre, a la edad en que se decide del porvenir temporal de los hijos de los reyes, y aquél se mostraba refractario a toda idea de matrimonial enlace.

En vano le mostraban su padre y los principales cortesanos las ventajas de un matrimonio con alguna princesa digna por su belleza y su fortuna de las cualidades del joven príncipe. Todos los consejos y todas las advertencias eran infructuosos. Acaso, quien únicamente comenzaba a sondear y entrever lo que pasaba en el corazón y la conciencia de Casimiro, era su madre, la piadosa reina Isabel de Austria, hija del emperador Alberto, rey de Hungría y de Bohemia.

Habíale inclinado desde la cuna hacia la virtud, de tal forma, que hizole peregrino de un sendero en que tejían las flores de la piedad sus más rosadas perspectivas, irradiando el alma sus místicas consolaciones. Y había correspondido el príncipe a las enseñanzas de su madre, con esa sencillez dulce y efusiva de las almas piadosas, con su piedad, con su caridad, con un inge-

nio maravilloso para practicar humilde y calladamente las obras buenas.

El mundo, no obstante, no juzgaba del todo bien de esas inclinaciones de Casimiro. Su constante repulsa al matrimonio le concitó las sospechas de algunos personajes palatinos; sospechas de amores tempranos, de enredos del corazón, de captación de la voluntad, sumida en otras taimadas voluntades.

Inducían o coadyuvaban en esas credulidades o sospechas, ciertas misteriosas salidas del hijo del rey, a deshora, de Palacio, singularmente en la hora del crepúsculo vespertino, acompañado solamente de un paje de toda su confianza, recatándose de la gente del alcázar, pero no lo suficiente para sepultar en la ignorancia de los demás aquellas salidas.

Y esta era la profunda conmoción que reinaba en la Corte de Polonia.

* * *

Sin anuencia de la reina, ajena completamente a estos conciliábulos, algo de acuerdo con el rey, extrañado con sus magnates de la conducta hermética de su hijo, organizóse un complot para sorprenderle en lo que todos juzgaban citas amorosas del joven príncipe.

Siguiósele en una de sus misteriosas salidas. Viósele alejarse del centro de la ciudad y llegar al arrabal de Varsovia. Como fugitivo, esquivando toda clase de encuentros con la gente humilde que pululaba por entre aquellas callejas sucias y torcidas, penetró Casimiro en un pobre oratorio de sencillísima traza...

¿Tendría allí sus amorosas citas?

Las tenía.

La curiosidad sintióse más y más acuciada en la mente y el corazón de sus perseguidores.

Así como Santa Cecilia tenía escondido en su pecho el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, así el joven príncipe de Polonia, santo y poeta, llevaba sobre su corazón un manuscrito que sacó al penetrar en el humilde templo. Y dirigiéndose a una imagen de la Virgen, muy milagrosa y venerada, puesto de rodillas y alzando a la altura de los ojos el manuscrito, dedicó a la

Santísima Virgen las flores más lozanas de su piedad y su inspiración.

Allí estaban, pues, los amores del príncipe.

Habíase consagrado doncel de tan gentil Señora y por su amor, en alas de la santidad, todo lo menospreciaba en la tierra. Doncel de esa azucena de los valles y vergeles floridos de la Gloria, tributábala la lectura de aquellas estancias inundadas de las más resonantes y poéticas expresiones de los libros santos, pasadas por el famiz armonioso, multícorde y meliflúo, de los más ilustres Padres de la Iglesia.

* * *

Desde aquel momento se extendió la fama de tan perfecta santidad por todo el reino de Polonia. Y nadie volvió a importunarle con mundanas sugerencias de amores terrenos.

Piadoso, caritativo y humilde, la Virgen, salvadora del reino de Polonia, era la dama de los pensamientos del príncipe poeta los pobres, sus hermanos preferidos; escabel el mundo propicio a sus plantas para escalar las alturas inefables de los Cielos...

Ofreciósele ser rey de Hungría, pero como tenía que ganar ese cetro a punta de espada, no quiso anegar ese reino en sangre y dejó que prosperase el partido de Matías Hugnades y no ambicionó dignidad alguna en la tierra.

Murió en Vilna, capital del ducado de Lituania, de que era Señor, en 1484, a los veintitrés años de edad.

Enterrósele con el manuscrito dedicado a la Virgen, debajo de su cabeza, y así se halló intacto contra la natural destrucción del tiempo, cuando, ciento cincuenta años después de su muerte, fué removido el cadáver de su primitiva sepultura.





EL PRINCIPE CAUTIVO

Así como tocó a la raza ibera ser audaz y emprendedora, tenaz y descubridora de dilatados mares y lejanos continentes en que alabar a Dios por el prodigio de sus hazañosas empresas así correspondióle también ser antemural de la barbarie islámica en una no extinguida guerra, en la que luchan, de un lado la cruz civilizadora, del otro la crueldad de la media luna.

Fué esta raza ibera víctima del choque de las hordas que en lejanos tiempos invadieron Europa. Pero fué también martillo de esas hordas, en un guerrear incesante, hasta arrojarlas a las abrasadas arenas del Desierto. Mas no satisfecha de la proeza insigne, buscó después en sus guaridas al feroz enemigo, correspondiendo, ora a España, ora a Portugal, la titánica empresa de sacrificarse en esta cruzada que aun perdura y de la que son elocuentes indicios los actos de abnegación y sacrificio que, en nombre de la civilización, soporta aún nuestra raza inmortal.

Una de las expediciones realizadas por Portugal, en la cuarta de los siglos, correspondió mandarla, con su hermano Enrique, a uno de los príncipes más generosos de que haga mención la Historia: al infante Don Fernando, quinto hijo de Don Juan I de Portugal.

Estrella de la santidad, ha dejado ese príncipe un renombre de mortificación y dolor, cautividad y martirio, en que culminaron los presagios de su nacimiento y su vida.

Vióse su madre, la reina Doña Felipa, tan en peligro de perder la vida, al darla a su hijo Fernando, que resolvieron los médicos acelerar el alumbramiento, con peligro del infante. No lo consintió la piadosa reina, que prefería la vida espiritual de la criatura a su propia vida corporal. Pero poniendo toda su confianza en el santísimo leño en que murió nuestro Redentor, uno de cuyos fragmentos poseían los caballeros de San Juan de Jerusalén; no bien tocó la santa reliquia, dió a luz felizmente al niño, el 29 de septiembre de 1411.

Padeció este príncipe muchos males en su juventud, pero no fueron obstáculo a sus fervores de piedad y a sus liberalidades con los pobres. Como si presagiara su fin, esmeraba sus solicitudes con los cautivos, interesándose en su rescate por todos los medios que le sugería su caridad sin límites. Agregaba a esto el rigor de sus continuas penitencias, en las que sobresalía un ayuno casi continuo, haciéndolo a pan y agua los sábados y en todas las festividades de la Santísima Virgen.

En 1437 emprendió el ejército portugués su expedición, desembarcando en Ceuta con toda felicidad; pero como Fernando había embarcado enfermo, que así se unían en este príncipe los rigores de la propia mortificación y las austeridades del soldado cristiano, agravóse el mal y tuvo que hacer cama, con gran peligro de su vida.

Sin duda pidióle al Señor dilatase sus días para el cumplimiento de la terrible y angustiada prueba que le aguardaba, y algo mejorado, púsose al frente de sus soldados, animándoles a pelear valerosamente contra el secular enemigo de nuestra fe; y por cierta estratagema de los moros, cayó el infante prisionero.

Desde ese instante hasta las lobregeces del calabozo de Fez, fué un calvario la vida del hijo delicadísimo de los monarcas lusitanos; calvario que tuvo su perdurabilidad mucho tiempo en el martirio y el dolor de las terribles horas de trabajos rudos, sin más compensación humana a tan inauditas torturas que la obscuridad y la hediondez de la mazmorra islamita; esos

encierros que sabe preparar la fantasía diabólica de esa raza de chacales.

En los jardines reales cavaban la tierra las manos exangües y enfermizas, finas y delicadas del príncipe cristiano, y después se le sometía a los horrores de la soledad y el abandono, sin otra compañía que sus amarguras y el recuerdo de su nacimiento y su vida entre las blanduras cortesanas.

Pero ¡ah!, no; no estaba solo el infante, ni le atenazaban esos recuerdos, ni hacían mella en su espíritu esos trabajos y ultrajes. Trabajaba durante el día con semblante tranquilo y pasaba las noches en el encierro, después de las contadas horas de sueño, en la oración, invocando los padecimientos de nuestro Redentor, consolado con inefables visiones de anticipadas delicias de la Gloria, en éxtasis divinos, que prestaban la energía necesaria a su corazón para soportar y triunfar de todos los trabajos, humillaciones y ultrajes.

Seis años duraron aquellas mortificaciones. Agraváronse sus males, y sólo entonces permitieron sus verdugos que penetrase en el calabozo el confesor del infante, quien habiéndole aplicado la indulgencia plenaria *in articulo mortis*, entregó Fernando tranquilamente el espíritu al Señor el día 5 de junio de 1443.



ADVERTENCIA FINAL



CONCLUSIÓN

Hemos dado cima a la tarea propuesta: tarea comparable en el orden natural, a la misión del astrónomo, que, al investigar en la inmensidad del espacio en busca de los fenómenos estelares, se aproxima, como ningún otro hombre de ciencia, a las más insignes obras de Dios.

Queríamos ofrecer al lector, como otras tantas constelaciones de las maravillas celestes, esos conjuntos de santidad que de modo tan extraordinario han influido en la marcha de la humanidad, señalando sus nacionalidades de origen con ejemplarísimo sello. Creemos haberlo conseguido. Pero no fuera completo nuestro trabajo, si a los soles y a las estrellas de la santidad que dejamos bosquejados, no agregásemos la mención siquiera de otros astros de no menor intensidad y magnitud en el todo acorde y armonioso de las maravillas de la gracia y el ejemplo de las virtudes cristianas más acrisoladas y excelsas.

Todo en este caso se perfecciona y se completa. De musical y divina hemos calificado en otro lugar la relación que guardan entre sí estos prodigios que observamos en los siervos de Dios, que han gobernado los pueblos. Efectivamente, divina y musi-

cal es la trabazón que encadena estas almas en el sorprendente desarrollo de sus virtudes, y no menos divina y musical es la armonía que se establece en el aspecto social, pudiendo asegurarse que con la exposición de estas vidas santas se establecen los acontecimientos más transcendentales de la historia del mundo.

Pero para satisfacer cumplidamente este propósito, aún falta una enumeración que no podría quedar inédita sin perjuicio de la totalidad que debe sobresalir en este libro. Porque ¿cómo omitir a la emperatriz Pulqueria, de la que dijo una dorada pluma, por lo sabiamente que gobernó el imperio de Oriente, “que fué un prodigio que Dios obró para honrar a la mujer a quien la sabiduría inspira y su gracia santifica?; ¿a Guntrado, nieto de Santa Clotilde, que extraviado en su juventud por sus malos consejeros, lloró, como otro David, sus extravíos e hizo una vida de santidad ejemplarísima?; ¿a Radegundis, esposa de Clotario, criada como Santa Clotilde, entre las tragedias familiares, fundadora del monasterio de Santa Cruz, de Poitiers, en donde acabó, en medio de las mayores penitencias, sus días?

¿Cómo no hacer mención de Segismundo de Borgoña, que huyó de la peste arriana que inficionaba su país, y vino a sepultar su santidad en las montañas de Cataluña, hasta que, muerto su padre, le sucedió en el trono y combatió denodadamente el arrianismo, y llevado de un arrebató mandó quitar la vida a uno de sus hijos; pero arrepentido en el mismo instante lloró con tal dolor su crimen, que Dios le otorgó el perdón a cambio del martirio que le dieron los hijos de Clodoveo en venganza de la muerte de Chilperico, padre de Santa Clotilde, asesinado por los parientes de Segismundo?

¿Cómo omitir en esta relación a Santa Eduvigis, duquesa de Sicilia y de Polonia, y a Bela IV, de Hungría, que atesoró entre sus excepcionales dones ser, además de un santo monarca, padre de Santa Conegunda, que conservó la virginidad en su matrimonio con Ladislao, duque de Polonia, y abrazó después la seráfica Orden de las Clarisas?

¿Cómo no extender este recuerdo al rey etíope San Elesbaan, en quien buscó Dios la confirmación de sus asombrosos prodigios, inspirándole tal desprendimiento de las cosas de la tierra,

que resignó el cetro en su hijo, y enviando la diadema real al sepulcro del Salvador, se retiró a una montaña desierta, donde acabó santamente sus días?

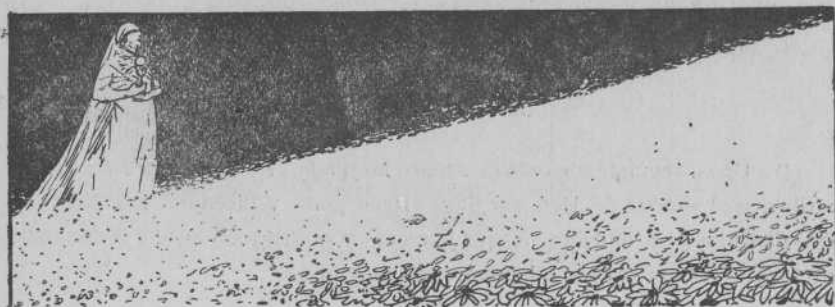
¿Cómo no enumerar a Santa Matilde, madre de Otón I, y a Santa Margarita, reina de Escocia, hija de San Eduardo de Inglaterra y de Agata, sobrina de San Esteban de Hungría: y a las hijas de D. Sancho I de Portugal, Santa Teresa y Santa Sancha, fundadoras, respectivamente, de los monasterios de Santa María de Lorvaón y de las Celdas?...

Insigne injusticia hubiera sido silenciar esos nombres, porque la enumeración de los mismos prueba, además de otras particularidades, cómo Dios lleva la virtud de la santidad a todas las razas y todas las edades, y cómo sobre los terribles conflictos familiares de los siglos más remotos, pone en la sangre de un mártir el bálsamo de la paz, que todo lo borra y lo purifica.

Séanos permitido exteriorizar nuestro cristiano alborozo al poner cima a un trabajo que siempre conceptuamos improbo y delicadísimo.



ANOTACIONES



(1) Según Montalembert, en su introducción a *La vida de Santa Isabel de Hungría*, el Primado de Inglaterra, Esteban Langton, escribió «el primer drama conocido de los modernos, cuya escena es en el Cielo, y en el cual la Justicia, la Verdad, la Misericordia y la Paz discuten acerca de la suerte de Adán después de la caída, y Jesucristo viene a reconciliarlas».

(2) Acaso han inferido de aquí «autores de clase», como les llama el P. Croisset, que Santa Elena nació en esa ciudad.

(3) «Nada, realmente, más tentador, tratándose de la madre del héroe victorioso contra Magencio, que enlazar el *In hoc signo vinces* con el hallazgo del Madero sangriento: son dos anillos que por sí mismos parecen buscarse con atracciones de imán misterioso.» P. Samuel Eijan: *Santa Elena y los Santos Lugares*.

Con respecto al milagro de la autenticidad del árbol sacrosanto de la Cruz, léase a continuación lo acontecido:

«Decubrióse su identidad—dice el P. Croisset—a virtud de dos prodigios que obró su contacto: uno, de la milagrosa curación de una señora en la agonia, y otro, de la resurrección de un cadáver, vuelto a la vida al contacto de la santa insignia.»

«Y ya visto Elena ser aquel el regio estandarte que triunfó de la muerte y del abismo, no caben en explicación las demostraciones de respeto que, toda bañada en lágrimas, tributó al sagrado madero, del cual trajo la mitad engastado en piedras preciosas a su hijo Constantino, y dejó la otra mitad en el magnífico templo que hizo construir en el mismo sitio.»

(4) Unos, según testimonio de Alonso Morgado, en su *Santorcl Hispalense*, atribuyen al nombre de Hermenegildo origen godo y dicen que significa: «El que distribuye los soldados.» Otros lo creen de origen teutónico, y le dan esta otra significación: «Aliado o hermano de la soledad.»

(5) El Sr. Alonso Morgado, en su citada obra, ilustra sabiamente la cuestión del supuesto parentesco de nuestro príncipe con San Leandro; demostrando, con el P. Flórez, el marqués de Mondéjar y D. Gregorio Mayans, la inexactitud del parentesco que se atribuye a San Leandro con la familia real de los godos.

(6) Contra la opinión de algunos autores, la crítica ha depurado la cuestión referente al lugar de la ejecución de Hermenegildo, demostrando, con datos irrecusables, que recibió en Sevilla la corona del martirio.

(7) En el *Año Cristiano* del P. Croisset, trasladado al castellano por el P. Isla, se dice lo siguiente, al hablar del nacimiento de San Fernando: «Ignórase el lugar, el día, el mes y aun el año de su nacimiento; vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por más que se quiera disculpar con algunas consideraciones en que tiene más parte el ingenio que la razón.»

Efectivamente, en las historias generales existía ese gran vacío. Pero al escudriñar en las monografías e historias particulares, hallamos aclarado el misterio, en el *Santoral Hispalense*, de Alonso Morgado, quien aporta los siguientes datos relativos a tan interesante cuestión:

«San Fernando vió la luz primera en la serranía que media entre Zamora y Salamanca, a fines del año 1199, o principios del siguiente, en el mismo sitio donde después trasladó el santo, siendo rey de León, el monasterio de Valparaíso, de la Orden Cisterciense, y fué bautizado en la iglesia mayor de León.»

Efectuó este inapreciable descubrimiento D. Diego Alejandro de Gálvez prebendado de la Santa Iglesia de Sevilla, y lo confirmó el historiador de Zamora D. Fernando Fulgerio.

(8) Al hablar D. Alfonso el Sabio del dolor de su padre, por la muerte de Doña Berenguela, decía: «Non era maravilla de haber gran pesar; ca nunca rey en su tiempo otro tal perdió de cuantas hayamos habido, ni tan comprida en todos sus fechos.»

(9) En la infancia padeció San Fernando una cruel y gravísima enfermedad, en que llegó hasta el punto de verse cubierto de gusanos, como presagio fatal

de un próximo fin. Pero su ejemplarísima madre le depositó en el altar de la Santísima Virgen de Oña y recobró la salud.

¡Con cuánta razón llevaba este insigne monarca una imagen de la Santa Madre de Dios delante de sí!

(10) Entre César Cantú y otros historiadores, que pretenden analizar con la razón cotidiana y fría, cuando no pasarlos en silencio, los milagros, y las hagiografías y las vidas particulares de los santos, como las de *Santa Isabel de Hungría*, de Montalembert, y la de *San Francisco de Asís*, de la señora Pardo Bazán, nos inclinamos al dictamen de estos últimos autores; no solamente por nuestra calidad de católicos y la firmeza inquebrantable de nuestra fe, sino por entender que despojar a esos reyes santos de ese aspecto sobrenatural, es lo mismo que despojarles de uno de los ornamentos más singulares que les engalanan.

Si nos inclinamos ante los fenómenos naturales que no comprendemos, ¿por qué no hemos de rendirnos ante los sobrenaturales, que no son otra cosa que la suspensión o modificación de las leyes naturales, a fin de asegurar y glorificar el triunfo de las leyes del orden moral y religioso?

El milagro de los milagros; milagro de amor, millares de veces todos los días renovado: el de la Eucaristía, ¿se puede negar sin destruir todo el fundamento, el prodigioso fundamento, de nuestra divina religión?

Este razonamiento, tan sencillo en apariencia, nos lleva a la conclusión que trazó el gran filósofo Augusto Nicolás, después de pulverizar todas las sutilezas que en relación con los milagros expusiera Rousseau: en el milagro interior de la curación de nuestra alma reconoceremos a aquel que decía a los paralíticos de Judea: «Levántate, coge tu lecho y anda.»

(11) «Los francos—dice un historiador—acudían a Tours, al sepulcro de San Martín, cuya capa servía de adorno a los reyes y de estandarte a los ejércitos.»

(12) «Amalarico quiso y obtuvo ser yerno y aliado de Clodoveo, pero como Clotilde, hija de éste, continuaba firme en la religión católica, el marido arriano la maltrataba villanamente. Como muestra de tales ultrajes, envió Clotilde a su hermano un paño empapado en su sangre e inmediatamente dirigió Childberto, rey de París, un ejército sobre Narbona, y habiendo vencido y muerto a Amalarico y devastado la Septimania, se llevó su hermana consigo.»—CÉSAR CANTÚ.

(13) César Cantú dice:

«El habitante del país de Gales abandonaba sus selvas abundantes en caza, el escocés, sus harapos; el danés, la embriaguez; el noruego, sus pescados asados; hasta los españoles olvidaban que tenían enemigos dentro de su territorio, para ir a buscarlos allende el mar.»

El P. Umbert alude en dos pasajes de su hermosa obra *Los héroes de las Cruzadas*, al esfuerzo de los españoles. En el segundo de esos pasajes, dice: «En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia y España, la cruz unió en un mismo pensamiento a todos.»

El historiador de la Tierra Santa, D. José C. de la Peña, inserta una nota demostrativa de que, a pesar de estar España empeñada en otra cruzada de siglos, contra los seculares enemigos de su religión y su nacionalidad, no faltaron ilustres españoles, tales los condes de Cerdania, el Arzobispo de Toledo y otros, que acudieron con bastante gente al llamamiento del Padre común de los fieles y tomaron el hábito de los cruzados para la conquista de Jerusalén.

(14) Con ambos nombres lo denomina César Cantú; pero el P. Umbert dice lo siguiente:

«Federico Barbarroja, deseando bañarse, o sencillamente pasar el Selef, entró en el agua, y un instante después sacáronle de ella sin vida.»

(15) Federico II, que no quiso aportar en un principio su colaboración a la empresa de las Cruzadas, rebeldía que le atrajo el entredicho de la Iglesia, prestóse después, por razones políticas, a tomar parte en las guerras de Oriente a favor del Sultán del Cairo Malek-Kamel, contra su hermano Malek-Moadan príncipe de Damasco.

Cuando, por virtud de esa ayuda, Federico recibió la ciudad de Jerusalén, «los cristianos—dice un historiador—se lamentaban de la libertad de la Ciudad Santa, como habían llorado en otro tiempo su cautividad».

(16) Cuando se concluyó el tratado que dió libertad a San Luis, el sultán de Egipto fué asesinado por los mamelucos.

El jefe de éstos, Octai, entró en la tienda de San Luis y, presentándole la espada de punta, le dijo:

—¡Hazme caballero, o mueres!

—Hazte cristiano y te haré caballero—le respondió con imperturbable tranquilidad el santo rey.

Respuesta sublime que apaciguó el furor del infiel.

(17) Bien a su costa ha aprendido España la exactitud de las observaciones que dejamos expuestas.

(18) Son famosos en la Historia los consejos que diera el kalifa Alhakem a su hijo el afeminado Hixem, antes de morir. Si aquellos consejos los hubiera inspirado el hábito fragante de la fe cristiana, habríalos señalado con el dedo omnipotente de su providencialismo la augusta mano de Dios.

También dió el santo rey francés a su sucesor juiciosas instrucciones antes de rendir el espíritu al Creador. Teníalas escritas. Llamóle junto a su lecho de muerte y le hizo depositario de ese magnífico documento, que decía, entre otras cosas, así:

«Mi muy caro hijo: El primer consejo que te voy a dar es que ames a Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, porque sin El nada podemos. Has de estar dispuesto a dejarte hacer pedazos antes que ofenderle mortalmente. Si te enviare alguna enfermedad o cualquiera otro trabajo, le debes dar muchas gracias, persuadiéndote a que mereces muchos mayores castigos por haberle servido mal y por haberle ofendido. Cuando recibieres de su mano algún favor, ríndeselas también con humildad y guárdate mucho de engreírte con él, sería gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle.

»Aconséjote que te confieses a menudo y que escojas confesores de vida ejemplar, para que te instruyan en tus obligaciones. A éstos y a tus amigos les has de tratar de manera que estén persuadidos a que con toda libertad y sin el menor recelo te puedan advertir de tus defectos. Vean tus vasallos que de buena gana asistes en la iglesia a los divinos oficios. Está siempre en ella con modestia y con atención, especialmente mientras se celebra el santo sacrificio de la misa.»

Seguía dictando severas admoniciones referentes a una vida ejemplarmente religiosa, y añadía: «Nunca sufras que en tu presencia se traten materias libres, escandalosas ni de murmuración. Y toda palabra injuriosa a Dios y a sus santos, castigala severamente.

»Declárate siempre antes en favor del pobre que del rico y da entera libertad a tus ministros para que hablen contra tus intereses cuando se trate de hacer justicia. Restituye sin dilación lo que no fuere tuyo, o pudieran haber usurpado tus predecesores; considera que en eso se atraviesa la quietud de tu conciencia y el descanso de sus almas...

»Ama y respeta a la reina tu madre y oye sus consejos. Estima a tus hermanos, cela sus intereses, pero nunca a expensas de la justicia...

»Evita, en cuanto te sea posible, hacer la guerra a los príncipes o señores

cristianos. Antes de empeñarte en ella, prueba los medios de paz, y el motivo que debes tener presente para esto, ha de ser evitar los innumerables males y pecados que trae consigo la guerra; pero si te hallares precisado a hacerla, sea de modo que no padezcan por el culpado una infinidad de inocentes. Sitia las plazas del que te niega justicia o te hace agravio, pero perdona a sus vasallos en cuanto te sea posible. Emplea toda tu autoridad en impedir la guerra entre tus propios vasallos; no puedes hacer cosa más agradable a los ojos de Dios.

»Procura tener siempre buenos magistrados para que te hagan justicia; en todos has de aborrecer lo malo, pero muy particularmente en aquellos en quienes has depositado tu autoridad y abusan de ella.

»Profesa siempre gran respeto a la Iglesia romana y al Papa, a quien debes venerar como a Padre espiritual. Estorba en tus Estados todos los males que puedas, sobre todo los juramentos, blasfemias, juegos de envite, la embriaguez y la impureza. Destierra de ellos a los herejes y a los desalmados. No hagas gastos superfluos ni cargues al vasallo con injustos impuestos; mira que te encomiendo mucho estos dos puntos.

»Yo te doy mi bendición, mi muy caro hijo, y tal cual la puede dar un padre a su hijo a quien ama tiernamente, y ruego a nuestro Señor Jesucristo que te conserve y te proteja con su gracia, concediéndote la de que jamás hagas cosa contra su voluntad, para que siempre le honres y le sirvas. La misma gracia le pido para mí, a fin de que ambos juntos podamos alabarle, verle y honrarle por toda la eternidad. Amén.»

(19) San Esteban de Hungría y San Enrique de Alemania se pueden ofrecer como la demostración más elocuente de los grandes beneficios que ha otorgado la Providencia de Dios a los reyes más respetuosos y sumisos al Pontificado.

Distintos ejemplos nos ofrece, por el contrario, la Historia, de la terrible sanción establecida por aquella misma divina Providencia contra los monarcas debeladores de los derechos del Pontifice.

Enrique IV de Alemania, «esclavo de la liviandad y la codicia», como le apellida el historiador Lord Winchester, se rebeló contra los sabios decretos del Papa Gregorio VII, dictados contra los simoníacos y contra las «investiduras», dirigiéndole una carta insultante en que tenía la audacia de deponer al Pontifice.

Muchos duques y señores negaron, en virtud de esos hechos, obediencia a Enrique, y para no perder éste el Imperio, que se bamboleaba, hubo de atravesar los Alpes en lo más crudo del invierno de 1077 y presentarse vestido de pe-

nitente, desnuda la cabeza y hundidos los pies en la nieve, ante el castillo de Canossa, en donde se había refugiado el Papa, implorando misericordia, que le otorgó el Pontífice.

Fué contumaz ese emperador. Ocho años después volvió a perseguir a Gregorio VII, confinándole en la ciudadela de Sant Angelo, mientras instalaba a un antipapa en la Basílica de San Juan de Letrán. El Papa murió amargado por tan inaudita persecución.

Pero Enrique IV fué depuesto por sus hijos Conrado y Enrique y poco después murió en Lieja en la mayor miseria (1106).

Federico II, el impío Federico II, tan amigo de los sarracenos como enemigo del Pontificado, perjuro a sus promesas de ayudar al Cristianismo en Palestina; Federico II, en quien el genio perspicaz de Montalembert vió el germen de las teorías luteranas, fué excomulgado dos veces por Gregorio IX.

Murió casi repentinamente en la Pulla (¿ahogado por su propio hijo?), cuando meditaba en 1250 caer con su guardia sarracena sobre Lyon, donde se celebraba el décimotercero Concilio general, que le había excomulgado.

(Véase el magnífico, edificante libro, intitulado *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia*, obra escrita por D. León Carbonero y Sol.)

(20) Promoviola Enrique IV contra el Pontífice Gregorio VII, quien desde muchos años antes de su elevación al Pontificado, trabajó arduamente para extirpar la simonía o comercio con las Dignidades de la Iglesia.

Convocó, al efecto, dos concilios en Roma; dictó el primero severísimos decretos contra los simoníacos, y el segundo prohibió absolutamente la «investidura» eclesiástica otorgada por los señores laicos y la «investidura» de los feudos anejos a las sedes episcopales, antes de la consagración de los obispos.

(21) De lo más extraordinario que se ha escrito concierne a la vida de un rey santo, juzgamos la *Historia de Santa Isabel de Hungría*, trazada por Montalembert, hasta tal punto, que después de leer esa obra, creeríamos insigne atrevimiento historiar esa interesante vida, si no entrara la inclusión de la misma en el plan general de nuestro libro.

Trasladaríamos aquí pasajes enteros de ese autor, que serían saboreados con delectación por nuestros lectores; pero ni aun eso nos es permitido, por lo sintético de nuestra labor. Únicamente podremos permitirnos seguir la historia de Montalembert y reconstruir nuestro relato sobre una fuente que conceptuamos tan ilustre.

Lo que también nos vamos a permitir es recomendar la lectura de esa historia a quien pretenda nutrir su corazón con la dulce emoción del sentimiento más dulce y afectuoso; pues difícilmente se habrán asociado tan acordadamente en ninguna otra obra la piedad y el genio.

(22) Muerto Edgar, entró San Dunstan en la asamblea, con la cruz en alto y excluyendo a los otros competidores, proclamó rey a Eduardo II, le consagró y le sirvió de padre en los dos años y medio que duró su reinado.

(23) La «gran Carta» base de la Constitución inglesa, lejos de ser una innovación, no era otra cosa más que la rehabilitación de las leyes de San Eduardo.

(24) Al separarse de la Iglesia Romana, pretendió Enrique el absurdo de permanecer fiel a la doctrina católica. El *bill de los seis artículos* definía las creencias que quiso imponer Enrique a sus súbditos y que eran casi iguales a las católicas. Los que no aceptaban el credo real, se hacían acreedores a la pena de muerte.

Como los católicos y los protestantes se resistieran a aceptar esa mezcla híbrida, Enrique mandaba ahorcar a los primeros por traidores y quemar a los segundos por herejes.

(25) Véase cómo lo expresa la relación de este áureo reinado, que «e contiene en *Les petits Bollandistes*, escrita con ayuda de un manuscrito de la biblioteca del monasterio de Windenberg, en Baviera, y la *Historia de los Santos de Alsacia*, del abate Hunckier: «Muerto Oton III, los príncipes alemanes se ocuparon de la elección de su sucesor, que fué San Enrique, duque de Baviera. Este príncipe conoció entonces lo que la visión de San Wolfango significaba y rindió gracias a Dios y al santo preceptor por la revelación que había tenido.»

(26) El reino no era hereditario, aunque se prefería la familia del antecesor. La elección se hacía por los magnates, y el pueblo de las diferentes razas la confirmaba en cierto modo con sus aplausos.—CÉSAR CANTÚ.

«A la muerte de éste—Luis IV, el Niño, último de los carolingios alemanes—(911), los duques y los obispos dispusieron de la monarquía, que pasó a ser electiva».—LORD WINCHESTER.

(27) Los reyes de Germania usaban tres coronas: la de Alemania, que era de plata y se ceñían en Aquisgrán; la de Italia, de hierro, que se ceñían en Monza, y la imperial, de oro, que recibían en Roma de manos del Pontífice.

«Durante los primeros siglos, los reyes de Alemania no podían llamarse emperadores hasta que no se hubiesen coronado en Roma. Por esto, una vez consagrados en Aquisgrán, emprendían al frente de un ejército el camino de Italia y pasaban los Alpes por el desfiladero de Brenner: esta era la llamada Ruta de la Coronación». — LORD WINCHESTER.

(28) En la Edad Media se usaron las pruebas del agua y del hierro candente.

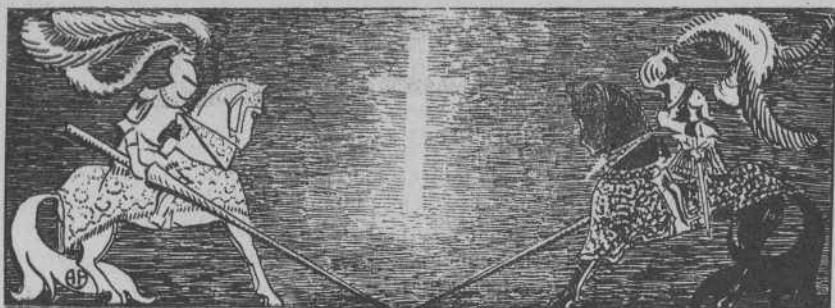
En la segunda, el acusado debía caminar descalzo sobre barras enrojadas al fuego. Sellábase un saquito alrededor de los pies, y abierto al cabo de tres días, si no aparecían en ellos lesión, quedaba absuelto el acusado.

«Conegunda, esposa del emperador San Enrique, anduvo sobre brasas candentes e igualmente Emma, reina de Inglaterra, para probar su castidad». — CÉSAR CANTÚ.

(29) Corresponde este nombre al originario de Eric, que los himnos de la Edad Media latinizaban llamándole Erius y que en castellano debe traducirse, por tanto, Erius.

Debe advertirse, sin embargo, que tanto el nombre de Eric como el de Erric, de origen teutónico, tienen igual significación en los pueblos del Norte y significan lo mismo que Enrique, o sea Señor Rico.





INDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	7
PRÓLOGO.	13
IN HOC SIGNO VINCES	
I.—Sobre las ruinas del paganismo estatuyó Jesucristo la redención social de la mujer.	27
II.—Astro rutilante de la Historia. Elena, princesa de la Isla de los Santos.	32
III.—Por el camino de la Cruz hallaron Santa Elena y Constantino el camino de la inmortalidad.	35
IV.—El lábaro en las batallas y el lábaro en el sepulcro de Jesucristo ..	37
UN PRINCIPE MARTIR Y UN REY CONFESOR	
I.—El mundo arriano. El arrianismo y los visigodos.	41
II.—Por qué se llaman los reyes de España Majestades Católicas. Luchas entre el arrianismo y el catolicismo. Fecunda sangre de un príncipe mártir.	46
III.—Cómo era Hermenegildo. El príncipe contrae matrimonio con princesa católica. Luchas domésticas en el alcázar real. Sevilla, la hospitalaria y la santa.	49
IV.—El providencialismo en la Historia. Sencillez y santidad. Persecución y martirio ..	53
V.—Paralelismo entre Fernando III, San Hermenegildo, Almanzor y San Luis de Francia.	58
VI.—La prudencia en la mujer cristiana.	63
VII.—Proezas de alto renombre. La vida y la muerte de un rey santo. ...	66

EL SEGUNDO PUEBLO DE DIOS

I.—Se acentúa la espiritualidad de la mujer en la Historia.....	75
II.—Cómo nació el pueblo francés a la gracia. El bautismo de Clodoveo. Este pone su corona a los pies del Vicario de Jesucristo.....	79
III.—En las Cruzadas lavó la cristiandad sus grandes culpas y se recogió el cumplimiento de las profecías de Jesucristo.....	83
IV.—El santo rey de la Francia medieval. Luis IX ante la Historia. Legislador, héroe y santo....	91
V.—San Luis, depositario de la corona de espinas de Jesucristo. San Luis se hace cruzado.....	96

ESTIRPE DE SANTIDAD Y FRAGANCIA DE LEYENDA

I.—La misión providencialista del pueblo húngaro. Sus orígenes. Antes de su conversión era el terror de Europa. San Esteban, vaso de predestinación.....	107
II.—Fundador, estadista y legislador. Las grandes tribulaciones de un rey santo. Job con corona y cetro. Por qué se llamó Esteban. La magnanimidad del Rey. Su muerte.....	112
III.—El de los tristes destinos. La realeza proscripta. España hospitalaria. Otra gran reina educadora.....	117
IV.—El segundo apóstol de Hungría. Conmociones en el país hasta el advenimiento de Ladislao. Sus proezas militares. Sus actos de penitencia. Cruzado de Jesucristo.....	119
V.—La castidad amada de Dios.....	123
VI.—La amada Santa Isabel.—La santidad y el arte. El ángel de los leprosos. Su caridad ardentísima. Ejemplos asombrosos de sus virtudes. Mientras vivió cobijó a Turingia la paz angelical de su alma excelsa. Sus mortificaciones. Sus desengaños. Su vida de dolor y su muerte gloriosa.....	12

CUNA DE REYES SANTOS. LA SANTIDAD Y LA REFORMA EN INGLATERRA

I.—Prolegómenos de la santidad. Inglaterra, patria de reyes santos. Siete reyes y cincuenta y tres princesas en los altares. La misión purificadora del Catolicismo. Irlanda, santuario de nuestras benditas creencias.....	137
II.—San Eduardo el mártir. Otra gran reina educadora. Cómo se deslizó la niñez de Eduardo. Una víbora anida en las gradas del trono. La juventud del príncipe. Su caridad. Otras eminentes virtudes.—Su afición a la caza. Su muerte cruel y alevosa.....	140
III.—San Eduardo el Piadoso. Los altos juicios de Dios. Ejemplo insigne de providencialismo histórico. La santa mansedumbre de un gran rey. Su magnanimidad. Su piedad. Jesucristo se le aparece en la Eucaristía. San Juan Evangelista le predice la muerte.....	145

IV.—Otros reyes santos ingleses. San Lucio. San Efelverto. San Oswaldo. San Ricardo. San Edmundo.	149
V.—El protestantismo en Inglaterra. La defección religiosa. Orígenes de la Reforma. Enrique VIII. Sus pasiones bastardas. Sus crueldades. La perdición de la conciencia. Albores de reconquista.	151

LA CASTIDAD Y LA JUSTICIA EN EL TRONO

I.—San Enrique Emperador. En San Enrique se resume el juicio de San Gregorio el Magno. Desde la niñez le acompañaron los prodigios. «Post sex». Matrimonio de santos. La magnanimidad del Emperador. Su devoción filial al Pontificado. Extinción de un cisma. Legislador, guerrero y conquistador. Tierno episodio. Sus inefables visiones. Su muerte.	157
II.—El juicio de Dios. En el trono alemán vierten unos áspides su ponzoñosa calumnia. La emperatriz titubea en defenderse. El triunfo de la terrible prueba.	165

LA SANTIDAD EN ESCANDINAVIA

I.—Hermosas singularidades. La Escandinavia moral. Origen de la armonía universal. El bautismo, signo de regeneración. La historia de Escandinavia comienza con estos santos reyes.	169
II.—Vida novelesca de un rey santo. Sus andanzas por los mares. Disputa Noruega a los suecos. Se corona rey. Su muerte gloriosa.	172
III.—San Ericio, evangelizador de Suecia. Orígenes de este reino. Caritativo y piadoso. Lleva la luz de la fe a Finlandia. Su santidad suscita descontentos. Su muerte.	176
IV.—Orígenes de Dinamarca. Advenimiento del Cristianismo. Canuto guarda fidelidad, contra todas las sugerencias, a su hermano. Su santidad en el trono. Estirpe de santos. Su hermano Olao le hace traición. La muerte del rey.	180

ESTRELLAS DE LA SANTIDAD

La musa del imperio.	187
«A gloriosa Rainha Santa».	189
El gran enamorado de la Eucaristía.	195
Las traillas del Cielo.	197
El doncel de la Virgen.	201
El príncipe cautivo.	205
ADVERTENCIA FINAL.	209
ANOTACIONES.	215







D
19

El Sa
1908

LA SANTI
EL 1908

D-2
19084